

A  
4  
45



2/434





**HISTORIA**  
**DE LOS**  
**MUSULMANES ESPAÑOLES.**

---



HISTORIA

LOS ANGELES HISTORICAL SOCIETY

HISTORIA

NO. 10

FOR

MEMBERS OF THE SOCIETY

R<sup>o</sup> 491

Sig. n.º 82545

BIBLIOTECA PROVINCIAL  
DE

SEGOVIA

# HISTORIA

DE

## LOS MUSULMANES ESPAÑOLES,

HASTA LA CONQUISTA DE ANDALUCÍA  
POR LOS ALMORAVIDES.

(711-1110.)

POR R. DOZY,

*Comendador de la órden de Carlos III, académico corresponsal de la de  
Historia de Madrid, socio extranjero de la Sociedad Asiática de Paris,  
profesor de historia en la Universidad de Leiden.*

TRADUCIDA Y ANOTADA

POR F. DE CASTRO,

*Ex-catedrático de Historia de España en la  
Universidad de Sevilla.*

SEGUNDA EDICION.

TOMO X.

MADRID

CÁRLOS BAILLY-BAILLIERE

Plaza de Topete (antes de Santa Ana), número 10.

1878.



HISTORIA

LOS INSULTANTES ESPAÑOLES

EN LA CONQUISTA DE AMERICA

POR LOS ALMIRANTES

(1492-1519)

POR R. BOY

Traducción de la obra de R. Boy, publicada en el año 1880, por el Sr. D. Juan de Dios...

EN LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

EN LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

EN LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

EN LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

EN LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

EN LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

MADRID

SEVILLA

En la imprenta de...

En la imprenta de...



**HISTORIA**  
DE LOS  
**MUSULMANES ESPAÑOLES**  
HASTA LA CONQUISTA DE ANDALUCÍA  
POR LOS ALMORAVIDES.

---

**PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.**

---

Esta obra, que ahora se traduce al castellano por primera vez, há tiempo que goza entre nosotros de grande y merecida celebridad.

Fruto de un trabajo de veinte años, durante los que su autor ha consultado todos los manuscritos relativos á la Historia de los Arabes que se conservan en Europa, es de aquellas que están llamadas á formar época en este género de estudios, hoy es considerada justamente como la mejor y lo será siempre como una de las clásicas en esta materia.

Hasta ahora, por lo menos, solo en ella

encontramos una esplicacion satisfactoria de esta maravillosa aventura de siete siglos, que comienza con la derrota de don Rodrigo en Wadi-Becca y termina cuando el conde de Tendilla tremola los estandartes castellanos en las torres de la Alhambra.

Unas hordas semi-salvajes, casi desconocidas á los historiadores clásicos que arrastraban penosamente su oscura existencia en las tristes soledades de la Arabia, inflamándose á la voz de un pobre camellero, cuyas extravagantes revelaciones no escitan al principio mas que la sonrisa ó el sarcasmo de aquel pueblo escéptico, conquistando á su nombre aquel Oriente, barquera infranqueable del poder romano, sometiendo á aquella Africa jamás sometida y haciéndose dueños en un dia de esta nuestra España, tierra en que se marchitan los láuros de todos los conquistadores, y que á despecho de las leyes mismas de la vida, habia balanceado durante siglos el poder incontrastable de la Ciudad Eterna; una

gente semi-bárbara, despreciadora de la agricultura, de la industria y del comercio, que estimaba profesiones indignas del hombre libre, cuya antigua ignorancia y cuyo nuevo fanatismo, le lleva á odiar los tesoros del saber acumulados por el trabajo de todos los génius, plantando esos incomparables jardines que se llaman las huertas de Valencia, de Orihuela, de Murcia y de Alicante, esas vegas de Córdoba, de Sevilla y de Granada que parecen soñados paraísos, y esos poéticos cármenes en que florecen plantas exóticas suspendidas del azul de los cielos, cubriendo el Mediterráneo con las blancas velas de sus naves cargadas con los ricos tegidos de algodón, de lana de sederías y de brocado que labran en Córdoba, en Sevilla, en Almería y en Granada millares de telares, edificando esa mezquita de Córdoba, esa Giralda de Sevilla, esa Alhambra de Granada que los ojos no se sacian de contemplar, enseñando á la asombrada Europa ese tan sábio como sencillo sistema de notacion aritmé-

tica que aprendieron de los indios, y á que el mundo agradecido ha bautizado con el nombre de numeracion arábica, inventando ó adelantando el Algebra y la Trigonometría, descubriendo en los cielos astros que habian escapado á las miradas de Hiparco y Tolomeo y en la tierra plantas salutíferas desconocidas á Aristóteles, Teofrasto, Hipócrates y Galeno, haciendo resonar en nuevas liras cantos hasta entónces no escuchados, creando la Química y penetrando más allá de lo visible en ese mundo de las eternas esencias, en cuya diamantina red están tejidos la Naturaleza y el Espíritu, que el sevillano Tofail y el cordobés Ibn-Rosch enseñan á Alberto el Grande, Santo Tomás y Escoto, y luego, cuando han llegado á domar la oposicion de los vencidos, cuando la inquieta aristocracia árabe ha sido refrenada por la fuerte mano del poder real, cuando han conseguido levantar un imperio tan poderoso que los Emperadores de Oriente y de Occidente para captarse su amistad le

envían presentes y embajadas, tan rico, que por el capricho de una favorita hace aparecer como por arte mágico, aquella poética Zahara en cuyos jardines corrian fuentes de buyente azogue y cuyas maravillas nos parecerían el sueño de un poeta á no atestiguar unánimes su existencia escritos y ruinas, tan ilustrado que sus sábios dirigen la cultura del mundo durante siglos, y nos asombra con el número de sus literatos y de sus academias, y lo rico de sus bibliotecas, cuando acaba de producir á su mayor guerrero aquel incomparable Almanzor, el debelador de Búrgos, de Leon y de Barcelona, el que hace conducir en hombros de cautivos las campanas de Santiago para fabricar con ellas lámparas que alumbren la mezquita cordobesa, entónces, en el apogeo al parecer de su pujanza, cuando apenas el héroe acababa de ser enterrado en el polvo de sus victorias, el califato se disuelve y unos pocos de aquellos vencidos en un día que se habian refugiado en las montañas asturianas donde, al principio, ajenos á toda

policía, vivían como fieras, persiguiéndolos de campamento en campamento y de ciudad en ciudad, acaban por obligarles á abandonar hasta el último aquella tierra enriquecida con su sudor que sus enemigos prefieren ver yerma y deshabitada, á dejar que les preste aquel asilo que piadosa no niega ni al esclavo; cosas son que mas parecen uno de esos cuentos de encantamiento con que las nodrizas se complacen en suspender la inquieta atención del niño, llevándola de asombro en asombro y de maravilla en maravilla, que sucesos cuya verdad la Historia ha comprobado con los delicados reactivos de la crítica, ántes de grabarlos para siempre en sus inmortales páginas.

Y sin embargo, cuando guiados por el sábio profesor de Leiden, sorprendemos bajo la móvil tienda del beduino, el espíritu individualista y aventurero de esas tribus que, no sin razón, han sido apellidadas los germanos de Oriente, fácilmente nos esplicamos cómo cuando las luchas entre

las diversas sectas cristianas y judias despiertan su hasta entónces dormido sentimiento religioso, y este sentimiento, concentrándose en un hombre nervioso y soñador como Mahoma, produce un libro que, dejando atrás literariamente considerado á la moallaca de Levid, ofrece á sus creyentes, en los cielos oasis nunca imaginados en las trabajosas jornadas del desierto, se lancen los musulmanes sobre los enervados imperios del Asia, con aquel claro presentimiento de sus destinos que hacia decir por boca de Khaleb al rey de los reyes: «de grado ó por fuerza recibirás nuestra ley, porque os será llevada por hombres que aman la muerte tanto como vos amais la vida.»

Cuando con su ojo sagáz nos descubre el historiador las miserias de la tan ponderada civilizacion visigótica, extraña mezcla de la sábia corrupcion romana, de la sana pero anárquica, como niña, vitalidad del germano, y de los generosos sentimientos del cristianismo que la Iglesia trae á las

leyes, y que el interés de clase y la intransigencia del sectario no tardan en convertir en instrumentos de opresion, puede concebirse cómo bajo aquella constitucion política en que la libre junta germánica ha cedido su puesto al áula régia ó consejo palatino, y en que los obispos que, como elegidos ántes por el pueblo entre los mas virtuosos, eran los verdaderos defensores de la ciudad, sacados cada vez más de entre los optimates, llegan á constituir otro cuerpo privilegiado que disputa al primero la direccion política, conviniendo solo con él, en impedir la consolidacion de la monarquía, único poder capáz de servir de centro á gentes de tan diversas tradiciones y costumbres, se conservan y aun se estreman todos los abusos de la época imperial, aquellos lati-fundios que perdieron la Italia y las provincias, aquellos privilegiados que aumentaban sus posesiones con la comun miseria, aquellos curiales, el nervio de la produccion, abrumados por los impuestos y envidiando la suerte de los esclavos, estos



esclavos, que al oír predicar la igualdad de los hombres ante Dios, habían soñado ser libres, y que viendo que la manumisión les concedía bajo una monarquía cristiana ménos derechos que les había otorgado una república gentílica, y que la Iglesia de quien esperaban su libertad los declaraba en sus Concilios y en las leyes su propiedad p erpetua, privándoles hasta de la esperanza, maldicen en secreto de su pátria, y reniegan de su fé, y más léjos todavía, y todavía más miserables los judíos   quienes les arrebatan los hijos para educarlos en una religion que no es la suya,   quienes se les convierte por decreto y luego se les castiga como ap ostas-  
tas:  qu e estraño pues, que donde se aji-  
tan tantos y tan encontrados intereses sin que la santa voz de la pátria se haga oir, para acallar y moderar aquellos egoismos, las rebeliones siguen   las rebeliones, los asesinatos   los asesinatos, y el Estado sea presa de desordenado movimiento como barco sin lastre,   cuerpo que no ha halla-

do su punto de equilibrio! ¡Qué extraño que los hijos de Witiza, representantes del espíritu gótico, busquen contra don Rodrigo, elegido por los elementos latinos la ayuda de los árabes, como los latinos habian buscado contra los godos la ayuda de los francos y de los imperiales! ¡Qué extraño que cuando vencido por la traicion, mas que por los berberiscos de Taric, muere ó desaparece el último rey de los visigodos único lazo que sugetaba, siquiera esteriormente, aquel haz de encontradas aspiraciones, se deshaga la unidad aparente de aquel Estado que no ha conseguido reunir á sus súbditos en un pensamiento é interés comun, ni aun establecer una ley de sucesion unánimemente reconocida y aceptada! Temerosos los unos de las antiguas cadenas, se apresuran á someterse y á favorecer á los invasores; pactan los otros por conservar algo de los antiguos privilegios, el ódio y la venganza mueven á los judíos á engrosar las huestes enemigas, y sin atender más que á su

mezquino egoismo, lo mismo el siervo que ayuda á escalar las murallas de Córdoba que el príncipe que les sirve de gobernador en Toledo; lo mismo el Metropolitano, que como mercenario abandona á sus ovejas en la tribulacion, que la Reina que no se avergüenza de compartir el lecho del Walí; todos igualmente traidores á su pátria, huyen, no ante el terror de las armas musulmanas, sino ante el que les inspira el espectro de su propia debilidad.

Mejorada, triste pero preciso es confesarlo, con la conquista, la suerte de los siervos, convertidos los más en libres por haber renegado de sus antiguas creencias, (tan escaso era el cuidado que se habia tenido de adoctrinarlos y de fortalecerlos en la fé) subdivididas las grandes propiedades de la Iglesia y de los reyes, diseminada por los campos la poblacion que á lo ménos en los últimos tiempos de la monarquía visigótica parece haberse concentrado en las ciudades, tranquilas las clases superiores y hasta el mismo clero por cierta

política, más que inteligente, obligada tolerancia, llevados unos por interés, otros por pereza y cobardía hácia el nuevo orden de cosas, y más aficionada la nueva generacion á los esplendores de la cultura arábigo que, en sentir de Alvaro y de otros piadosos varones, á godos y á cristianos conviniera, ni convidados por las discordias intestinas ni alentados por las repetidas victorias del primer Alonso, que apenas puede arrastrar algunos miles de muzárabes para replobar los riscos asturianos, pobre, pero gloriosa, cuna de la nueva monarquía, responden al grito de guerra virilmente lanzado por Pelayo y coronado por el triunfo en Covadonga; traen por el contrario á sus señores el saber conservado por la escuela Isidoriana, que, aun descartadas las exageraciones, no puede negarse despues de los trabajos de Simonet y Amador de los Rios que da cierto carácter á la literatura arábigo-occidental, y capacita á los musulmanes españoles para aprovechar los restos de la civilizacion clásica,

mientras que en la Persia, en la India y en la China encuentran otras mas antiguas y olvidadas, ó que nunca entraron en la corriente central de la vida europea, de las que aprenden métodos aun hoy admirados de irrigacion, y el cultivo de plantas aquí desconocidas para la agricultura, nuevas materias y procedimientos para las artes y las industrias y nuevos datos para la ciencia que hacen del califado árabe de Occidente el Estado mas rico, mas próspero y mas ilustrado del mundo.

Mas no es la roca en que se asientan los imperios la riqueza ni el poder, sino la justicia, y el pueblo arábigo trae á la historia un vicio original. Individualista, pero al modo del Oriente donde todas las ideas toman al punto un carácter absoluto y esclusivo, no piensa al individuo, como á quien por serlo necesita de los demás para vivir y desenvolverse, sino como el que bastándose asi mismo, todo lo fía de su valer. Con un Dios como en el que Mahoma idealizó á los suyos, único y sin com-

pañero, más tambien sin semejante, unidad simplísima en que hasta la propia perfeccion se desvanece, con un libro, libro, código á la par civil y religioso que dá la inmutabilidad de dogmas á las varias conveniencias de la política, con un Califa, sumo sacerdote y sumo imperante, no cabe concebir otro organismo interior, más que una série de unidades que mutuamente se repelan como en el proceso hegeliano, que si se consideran como irradiaciones del todo, conducen al despotismo, si con propia subsistencia, á la anarquía. Y en efecto, período de anarquía es aquel que sigue inmediatamente á la conquista. Ofrece la Península arábica entre sus habitantes oposicion semejante á la de germanos y latinos; pastores los unos, los otros agricultores y mercaderes, pero en vez de buscarse como aquellos, como el varon busca á la muger, para unirse ante el mismo altar, la obligada unidad de creencias, no sirve mas que para exacerbar los ódios, luchando por el poder «compañeros

y defensores» contra la antigua aristocracia, religiosos é inhábiles los unos, políticos y excépticos los otros, mirando aquellos en el gobierno, el lado de la Iglesia, estos el del Estado. Mayor contraste ofrece todavía el árabe aristócrata con el berberisco, que si al principio rechaza el Islam, que le ordena abluciones cuando no tiene agua, y limosnas cuando nada tiene que dar, enamorado al fin de las ideas democráticas que se hallan en el fondo de toda religion, las vuelve con sus lanzas contra los que fueron sus apóstoles y se convirtieron en sus tiranos; unos y otros ensangrientan la Península como habian ensangrentado la Meca y Medina, las llanuras del Irac y los desiertos del Africa. Y como cada afirmacion supone la negacion de todo el resto, y como cada miembro no existe sino por la anulacion de los demás, vivir es destruirse, y la guerra y la venganza, la ley de aquella sociedad. Para salir de aquel estado era preciso una individualidad que lo resumiera todo, una vo-

luntad que hiciera callar toda voluntad, que en pueblos que no tienen la conciencia del derecho, de la anarquía se pasa al despotismo, aspectos ambos de la fuerza ciega. Cada uno de los jeques habia intentado realizar este pensamiento en su provecho; algunos lo habian logrado hasta por algunos meses. Porque para dominar aquellas inquietas ambiciones se necesitaba algo de sobrehumano que se impusiera, que nadie se aviene á obedecer á sus iguales. Último vástago de una familia que habia ocupado con gloria el califado, milagrosamente escapado á las iras de los Abásidas, proféticamente anunciado desde la cuna como el restaurador de su familia, interesante por sus aventuras y desgracias «el sacre de Coreix,» Abderramen el desterrado, reunia todas las condiciones de un fundador de imperios; nobleza, tradicion, audacia, mision divina, valor y hasta belleza y juventud. Su reinado es un continuo combate; mas al morir deja sentada la Monarquía. Por su naturaleza y por su origen, esta



Monarquía estaba llamada á realizar el principio de unidad, lo que en el lenguaje del Oriente equivale á decir que estaba llamado á borrar toda diferencia. Y la primera con que se encontraba, era nada menos que una diferencia religiosa. ¿Cómo el Pontífice y el soberano habia de tolerar á sus súbditos creencias que en su sentir eran un pecado y un delito? Es preciso que los Cristianos se conviertan, que los Visigodos se arabicen, que se les lleve á las escuelas musulmanas; que se les prohíba su lengua. Mas ¿cómo los Muzárabes han de tolerar que se les arrebatase la lengua en que conservan el espíritu de su raza y los tesoros de su fé? No pueden luchar con la fuerza, porque no supieron fundar un Estado y son débiles, entregarán el cuerpo, pero pertenecen á una iglesia que les ha enseñado que el espíritu es incoercible, y desafiarán el martirio. Así la primera insurreccion que tiene que vencer la Monarquía es una insurreccion moral. A la insurreccion moral sigue la política; á

los martirios de Córdoba, la rebelion de los renegados.

Hafsum, de antigua estirpe gótica, semi-cristiano, semi-musulman, audáz, aventurero, soñador, proscripto, justiciero, y sobre todo, astuto, levanta el pendon de la rebeldia en las ruinas de Bobastro, y bajo él se agrupan todos los enemigos del Califado, todos los que quieren sacudir el yugo, lo mismo los Cristianos que los Renegados y los Arabes, lo mismo los oprimidos que los aristócratas; dominador del pais, sus algaras tocan ya en las puertas de Córdoba; pero aquellos elementos no se han reunido para aceptar un nuevo señor, sino para mantenerse cada cual independiente; estalla la discordia y un nuevo Abderramen, no menos poético, no menos hermoso, no menos desgraciado é interesante que el primero, arranca en un instante el imperio del borde de su ruina. En la lucha ha perecido la aristocracia y la union y la costumbre han moderado los ódios religiosos: la Monarquia ahora será

un hecho; ahora es cuando verdaderamente vá á nacer el Califado. Pero no es la representacion del pueblo, si pueblo puede llamarse aquella agrupacion de tribus, es una autoridad estraña, impuesta por sus guardias de mudos y esclavones. Cada vez mas aislada en los alcázares de una ciudad, creada espresamente para aislarse de sus súbditos, el Califa es una especie de mito, que no habla sino por la voz y la espada de sus hadjibes. Todo el mundo conoce á Almanzor, nadie conoce al último de los Hixem, que aparece y desaparece, muere y resucita misteriosamente. La Monarquía ha llegado á toda su unidad, es decir, á toda su abstraccion, y ha concluido. Cuando la gigante sombra del guerrero siempre victorioso, que la oculta, desaparezca, Arabes, Eslavos, Berberiscos, Omeyas Aimerías, se disputarán el mando; pero, ¿qué walí logrará hacerse obedecer de los demás walíes? En vano Gewar intentará crear un feudalismo á la manera germánica; la intransigencia individual del árabe

no lo permite. Se ha salido del despotismo, preciso es recaer en la anarquía.

En tanto, aquel Estado microscópico que habia nacido en una cueva, ha ido estendiéndose y fortificándose, buscando la fuerza en el derecho, de los elementos dispersos que perdieron el reino visigótico ha emprendido la noble tarea de formar un pueblo. Las discordias entre Arabes y Berberiscos permiten las algaras de Alonso el Católico, que fortifica los pasos de las sierras, y asegura aquel nido de aguilas, que puebla con los muzárabes, que arrastra en sus afortunadas correrías. El aumento de poblacion exige la mejora del cultivo, y se alienta el trabajo con las exenciones de las cartas pueblas; se necesita fortificar la fé, y se encuentra milagrosamente el cuerpo del Apóstol de las Españas, que será en adelante su invencible caudillo; se necesitan leyes, y Alonso el Casto, restaura todos los órdenes en la Iglesia y en el Estado. Pero que no se piense que se vá á estancar en la constitucion gótica. La voz

nacional personificada en Bernardo, dice elocuentemente que no es una guerra religiosa, sino una guerra nacional, la que se vá á emprender: el concilio tiende hacia las córtes; las tendencias feudales moderan la autoridad de la Iglesia y de la Monarquía, el siervo afloja sus cadenas, y cuando se llega á las llanuras de Castilla, cuando la necesidad de poblar establece una competencia de derechos, cuando en las ciudades fronterizas el bandido se convierce en héroe y S. Millan desenvaina aquella espada nunca ociosa, y resuenan esos romances que son nuestros salmos nacionales y cada hombre está sujeto á una piedra por el lazo inquebrantable de un derecho que la espada misma de Almanzor, con todo el poder de sus ejércitos y de sus victorias no acierta á quebrantar, el pensamiento de Cástilla triunfa del pensamiento del califado: Fernan-Gonzalez ha vencido á Almanzor, como con profunda verdad dicen los cantos de Gesta. Un paso más y se unirán Leon y Castilla, otro y se

tomará Toledo, y Alfonso VI se llamará «Rey de las tres religiones,» y la España árabe se reconocerá su tributaria, y brillará el Cid, y se oirán por primera vez en Toledo palabras en lengua española y alardes de independencia, que indican que el pensamiento de España empieza á germinar en la cabeza de todos. En vano los reyes de Taifas, aun á riesgo de ahogarse y perecer, abrirán las compuertas á las inundaciones del Africa; ya está formada la roca sobre que se han de estrellar todas esas oleadas. De cada inundacion saldrá aumentada con nuevo limo.

Los Arabes han cumplido su mision en Occidente: custodios de una inmensa caravana, han traído á Europa las riquezas estancadas de las civilizaciones orientales; ya no les queda más que levantar sus tiendas y volverse al desierto de donde partieron.

Grande y provechosa enseñanza ofrece al filósofo y al político la consideracion de época tan interesante de nuestra historia.

En ella se vé cómo la formación de las naciones no es producto de combinaciones arbitrarias, ideadas por la ambicion y ejecutadas por la violencia, sino que esos grandes matrimonios sociales que forman las naciones compuestas, necesitan que sus miembros procedan de una misma estirpe, y que cada uno de ellos se individualice, tan igual y tan contrariamente como la naturaleza humana se individualiza en el varon y en la mujer.

Y para llegar á tamaño resultado, que el lector atento fácilmente puede encontrar en las páginas de este libro, no necesita fatigarse leyendo largas disertaciones, ni caminar por el enmarañado dédalo de discusiones críticas. En él, el autor se ha limitado á presentar en breve y atractiva narracion el resultado de largos años de trabajo, señalando tan solo las fuentes al pié, como garantía de exactitud y guia para el estudioso.

¡Y cuánto arte no ha desplegado en su relato! Admirable conocimiento de los

lugares, de las costumbres, de los personajes y hasta de las mas pequeñas anécdotas de la vida íntima, le permiten formar una série continua de pequeños dramas de creciente interés, en que el ánimo se espacia dulcemente, sin apercibirse siquiera de la riqueza de noticias que tan sin trabajo vá adquiriendo. Si esta no fuera una obra notable de ciencia, seria una de las mejores de entretenimiento que se han escrito.

Pocas palabras hemos de añadir respecto á nuestra traduccion. Libro de ciencia y de arte el que traducimos, pero de ciencia lo primero, hemos debido atender en primer término á la exactitud. Tomada del árabe, que tanta analogía tiene con nuestro idioma y tan escasa con el frances, en muchos casos nuestra version no es más que una restitution á sus primitivas fuentes. Algo nos ha fatigado la incoerencia con que entre nosotros se emplean los nombres arábigos, espresando muchas veces uno mismo con diferentes



palabras, cuando se aplica á diversos individuos, y escribiendo el mismo sonido con diversas letras. ¡Ojalá que hubiera llegado á tiempo á nuestras manos el trabajo que sobre este punto prepara el Sr. Eguilaz! Faltos de él, hemos elegido un sistema, que si nó el mejor, tendrá al ménos la ventaja de ser constante.

Alguna vez diferimos en puntos esenciales históricos ó geográficos del autor; estas diferencias van razonadas por medio de notas. De este modo los lectores podrán ilustrar su juicio. Tambien hemos querido vindicar á Conde de acusaciones que nos parecen exageradas é injustas. No procedemos en esto por un mal entendido patriotismo; la ciencia es patrimonio universal y vive en un progreso continuo, pero tambien exige de los que la cultivan respeto á los predecesores y maestros.

---



## ADVERTENCIA. (1)

---

La historia de España y particularmente la de los Moros, ha sido durante veinte años mi estudio predilecto, mi preocupacion continua, y ántes de començar este libro, he pasado gran parte de mi vida en reunir sus materiales que se hallaban esparcidos en casi todas las bibliotecas de Europa, en examinarlos, compararlos y publicarlos en gran parte. Y sin embargo no doy á luz esta Historia sino con gran desconfianza. El asunto que he elegido es nuevo porque los libros que de él se ocupan, no son de ninguna utilidad, como he tratado de demostrarlo en otra parte, (2) tienen por base el tratado de Conde, es decir, el trabajo de un hombre que tenía á su disposicion pocos materiales, que falto de conocimientos gramaticales no estaba en el caso ni aun de entender los que tenía, y que carecía por completo de sentido histórico. No se trataba pues de rectificar aquí ó allí algunos hechos desfigurados por mis antecesores ó de presentar algunas cir-

---

(1) Del Autor.

(2) En la primera edicion de mis «Recherches sur l'histoire et literature de l'Espagne pendant le moyen âge.»

cunstancias desconocidas, sino de tomar las cosas de raíz, de hacer vivir por primera vez en la historia á los Musulmanes españoles, y si la novedad del asunto es uno de sus atractivos es al mismo tiempo origen de todo género de dificultades.

Creo haber tenido á mi disposicion casi todas las obras manuscritas relativas á la historia de los Moros que se encuentran en Europa, y he estudiado el asunto por todas sus faces; pero como no me había propuesto escribir una obra científica, severa y seca destinada á tal ó cual especie de lectores, me he guardado muy bien de referir todos los hechos que han llegado á mi conocimiento. Queriendo cumplir hasta donde me era posible con las reglas del buen gusto y de la composicion histórica que mandan poner en evidencia un cierto número de hechos, á los que los restantes solo sirven de adorno y de cortejo, me he visto obligado muchas veces á condensar en pocas líneas el resultado de muchas semanas de estudio y aun de pasar en silencio muchas cosas que aunque no dejáran de tener interés, bajo cierto punto de vista, no cuadraban con el plan de mi trabajo. En cambio me he esforzado en presentar con el mayor detalle las circunstancias que me parecian caracterizar mejor las épocas de que trataba y no he temido entremezclar algunas veces á los dramas de la vida pública los hechos íntimos, porque soy de los que piensan que muchas veces se olvidan demasiado esos matices pasajeros, esos curiosos accesorios, esas menudencias de las costumbres sin las que la gran historia queda pálida y desabrida. El método de la escuela que se aplica, ménos á poner en relieve los individuos que las ideas que representan, no creo pueda convenir al asunto que he elegido.

Por otra parte, aunque nada haya escusado para

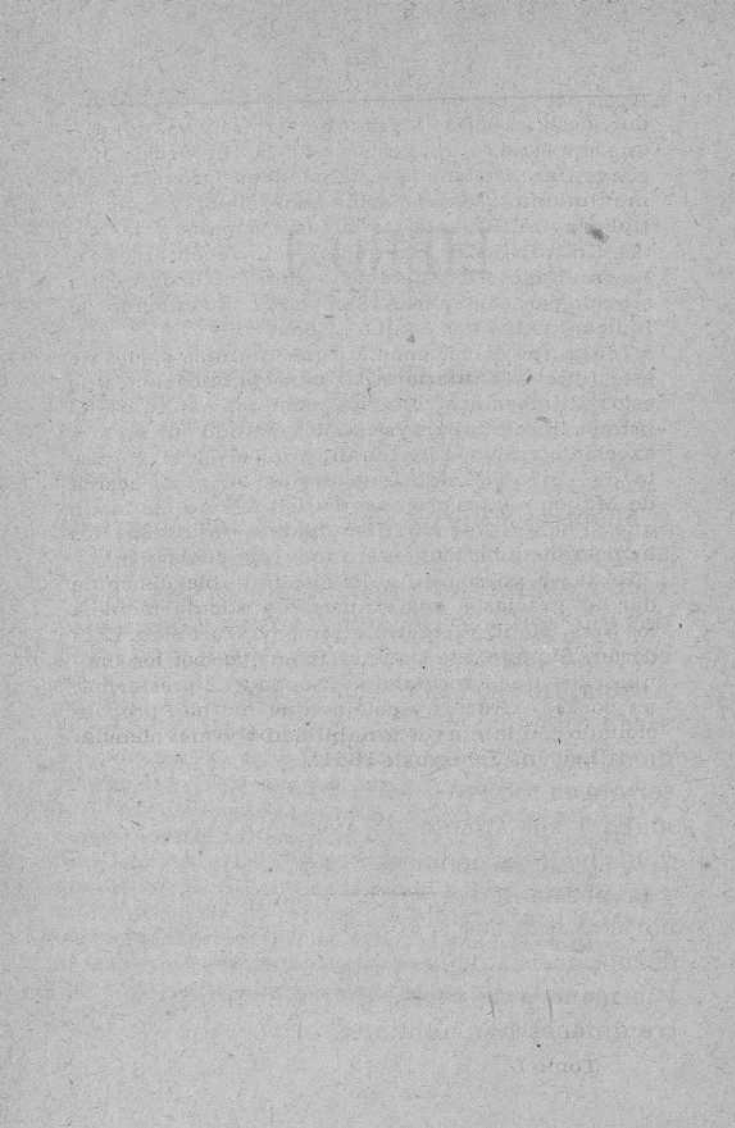
dar á esta historia el grado de certeza y realidad, á que me habia propuesto llevarla, he creido que convenia difrazar la erudicion en provecho del movimiento y de la claridad del relato, y no multiplicar inútilmente las notas, los textos y las citas. En trabajos de este género solo deben aparecer los resultados, libres del aparato científico que ha servido para obtenerlos. Solo he tenido cuidado de indicar las fuentes en que he bebido.

Tengo que hacer constar que algunas partes de este libro son anteriores á otras publicaciones de estos últimos años. Así los primeros capitulos del primer libro estaban ya escritos cuando mi sabio y excelente amigo, M. Renan, publicó en la Revista de Ambos Mundos su hermoso artículo acerca de Mahoma y los orígenes del Islamismo, de modo que si hemos llegado á los mismos resultados los hemos obtenido con entera independencia.

Réstame ya solo cumplir el agradable deber de dar las gracias á mis amigos, y particularmente á los Sres. Mohl, Wright, Defrémery, Tornberg, Calderon, Simonet, de Slane y Dugat, ya por los manuscritos que han tenido la bondad de prestarme, ya por los extractos y cotejos que me han proporcionado con la mayor amabilidad y benevolencia.

Leiden, Febrero de 1861.

---



---

# LIBRO I.

## LAS GUERRAS CIVILES.

### I.

Mientras Europa hace siglos que progresa y se desarrolla, la inmovilidad es el carácter distintivo de esas innumerables hordas que con sus tiendas y sus rebaños recorren los áridos y vastos desiertos de la Arabia. Hoy son lo que eran ayer, y lo que serán mañana; en ellas nada cambia ni se modifica: los Beduinos de nuestros días conservan en toda su pureza el espíritu que animaba á sus abuelos en tiempo de Mahoma, y los mejores comentarios sobre la historia y la poesía de los Árahes paganos, son las noticias que nos trasmiten los viajeros modernos acerca de las costumbres, los hábitos y la manera de pensar de los Beduinos, entre quienes han habitado.

Y sin embargo, este pueblo no carece ni de la inteligencia ni de la energía necesarias para conocer y mejorar sus condiciones, si quisiera. Si no progresa, si permanece extraño á toda idea de adelanto, es porque indiferente á el bienestar y á los goces materiales que ofrece la civilizacion, no quiere cambiar su suerte por ninguna. El Beduino en su orgullo se considera como el tipo mas perfecto de la creacion, menosprecia á los otros pueblos, porque no se le parecen y se cree infinitamente más feliz que el hombre civilizado. Cada condicion tiene sus inconvenientes y sus ventajas; pero la vanidad de los Beduinos se esplica y se comprende sin esfuerzo. Guiados nó por principios filosóficos, sino por una especie de instinto, han realizado de buenas á primeras la noble divisa de la revolucion francesa; la libertad, la igualdad y la fraternidad (a).

El Beduino es el hombre más libre de la tierra: «Yo no reconozco, dice, mas señor que el del Universo.» La libertad de que goza es tan grande, tan ilimitada, que comparadas con ella, nuestras más avanzadas doctrinas liberales parecen preceptos de despotis-

---

(a) Véase la nota I al fin de este tomo.



mo. En nuestras sociedades, un gobierno es un mal necesario, inevitable, un mal que es la condicion del bien, los Beduinos no lo tienen. Hay, es verdad, en cada tribu un gefe elegido por ella; pero este gefe no posee mas que una cierta influencia; se le respeta, se escuchan sus consejos, sobre todo si tiene el don de la palabra, pero no se le concede en manera alguna el derecho de mandar. En lugar de cobrar sueldo, tiene, y aun está obligado por la opinion pública, á proveer á la subsistencia de los pobres, á distribuir entre los amigos los presentes que recibe y á ofrecer á los extranjeros una hospitalidad mas suntuosa que cualquier otro miembro de la tribu. En todas ocasiones tiene que consultar el consejo de la tribu, que se compone de los gefes de las diferentes familias. Sin el consentimiento de esta asamblea no puede, ni declarar la guerra, ni concluir la paz, ni aun siquiera levantar el campo. (1) Cuando una tribu concede el título de jeque á uno de sus miembros, no es la mas veces sino un homenaje sin consecuencia; le dá con esto un testimonio públi-

---

(1) Burckhardt «Notes on the Bedouins» p. 66, 67; Burton «Pilgrimage to El Medinah and Meccah» t. II, pág. 112.

co de estimacion; reconoce solemnemente en él el más capáz, el más bravo, el más generoso, el más adicto á los intereses de la comunidad. «Nosotros, no concedemos á nadie esta dignidad, decía un Arabe antiguo, á menos que no nos haya dado todo lo que posee, que nos haya permitido hollar todo lo que le es querido, y todo lo que quisiera ver honrado, y que no nos haya servido como esclavo,» (1) pero la autoridad de este jeque es las mas veces tan mínima, que apenas se percibe. Habiendo preguntado uno á Araba contemporáneo de Mahoma de qué manera habia llegado á ser el jeque de su tribu, Araba negó al principio que lo fuera, é insistiendo el otro, Araba le respondió al cabo: «Si las desgracias aquejaban á mis contributos, yo les daba dinero, si alguno de ellos cometia alguna falta, yo pagaba la multa por él, y he establecido mi autoridad apoyándome en los hombres mas dignos de la tribu. Aquél de mis compañeros que no puede hacer otro tanto, es ménos considerado que yo, el que lo puede es mi igual, y el que me escede es mas estimado que yo.» (2). En efecto, entonces como ahora se de-

---

(1) Mobarrad pag. 71.

(2) Mobarrad «ibid». Consúltese tambien á Ibn-

ponía al jeque, si no sabía mantener su rango, ó si había en la tribu un hombre mas generoso ó mas valiente que él. (1)

La igualdad, aunque no es completa en el Desierto, es sin embargo mayor que fuera. Los Beduinos no admiten ni la desigualdad de las relaciones sociales, porque todos viven de un mismo modo, usan los mismos vestidos, y consumen los mismos alimentos; ni la aristocracia de fortuna, porque la riqueza no es á sus ojos un título de pública estimacion. (2) Menospreciar el dinero y vivir al día del botin conquistado por su valor, despues de haber repartido su patrimonio en regalos, es el ideal del caballero árabe. (3) Este desden de la riqueza, es sin duda, prueba de grandeza de alma y de verdadera filosofia; preciso es sin embargo, no perder de vista que la riqueza no puede tener para los Beduinos el mismo valor que para los otros pueblos, pues que entre ellos es estremadamente precaria, y cambia de dueño con asombrosa facilidad. «La riqueza

---

Nobáta «apud» Rasmussen, «Addit. ad hist. Arabum» pág. 18 del texto.

(1) Burckhardt pág. 68; Causein t. II, p. 634.

(2) Burckhardt pág. 41.

(3) Caussin, t. II, págs. 555, 611.

viene por la mañana y se vá por la tarde» ha dicho un poeta árabe, y en el desierto esto es estrictamente verdadero. Estraño á la agricultura, y no poseyendo una pulgada de tierra, el Beduino no posee mas bienes que sus camellos y sus cabalios; pero es una posesion con la que no puede contar un solo instante. Cuando una tribu enemiga ataca á la suya y le quita todo lo que posee como sucede todos los dias el que ayer era rico, se encuentra reducido de pronto á la miseria (1) mañana tomará la revancha y volverá á ser rico.

Sin embargo la igualdad completa no puede existir sino en el estado de la naturaleza, y el estado de la naturaleza no es mas que una abstraccion. Hasta cierto punto, los Beduinos son iguales entre sí, pero en primer lugar sus principios equalitarios no se estienen á todo el género humano; ellos se estiman muy superiores, no solo á sus esclavos y á los artesanos, que ganan el pan trabajando en sus campos, sino aun á todos los hombres de otras razas; tienen la pretension de haber sido amasados de un barro diferente al de todas las otras criaturas humanas.

---

(1) Burckhardt, pág. 40.

Luego, las desigualdades naturales acarrearán distinciones sociales, y si la riqueza no dá al Beduino consideracion ni importancia alguna, tanto mas se la dán la generosidad, la hospitalidad, la bravura, el talento poetico y el don de la palabra. «Los hombres se dividen en dos clases, ha dicho Hatim: las almas bajas se complacen en amontonar dinero, las almas elevadas buscan la gloria que procura la generosidad.» (1) Los nobles del desierto, los «reyes de los árabes,» como decía el Califa Omar, (2) son los oradores, y los poetas, son aquellos que practican las virtudes beduinas; los plebeyos son los necios ó malvados que no las practican. Por lo demás los Beduinos no han conocido nunca ni privilegios ni títulos, á menos que no se considere como tal el sobrenombre de «Perfecto» que se daba antiguamente al que juntaba al talento de la poesía la bravura, la liberalidad, el conocimiento de la escritura, la destreza en nadar y en tirar el arco. (3) La nobleza de nacimiento que bien comprendida impone grandes deberes y hace las generaciones solidarias unas de otras

---

(1) Caussin tomo II. pág. 627.

(2) Tabari, t. II, p. 254.

(3) Canssin, t. II, p. 424.

existe tambien entre los Beduinos. La multitud, llena de veneracion hácia la memoria de los grandes hombres á quienes rinde una especie de culto, rodea á sus descendientes de su estimacion y afecto, con tal que, si estos no han recibido las mismas dotes que sus abuelos, conserven al menos en su alma, el respeto y el amor á los hechos heróicos, á el talento y á la virtud. Antes del Islamismo se consideraba nobilísimo el jeque de tribu cuyo padre, abuelo y bisabuelo le habian precedido sucesivamente en el mismo puesto. (1) Nada mas natural. Puesto que no se daba el título de jeque sino al más distinguido, se debía creer que las virtudes beduinas eran hereditarias en una familia que durante cuatro generaciones habia estado á la cabeza de su tribu.

En una tribu todos los Beduinos son hermanos; este es el nombre que se dan entre sí cuando cuentan la misma edad; si es un anciano el que habla á un jóven le llama: hijo de mi hermano. Si uno de sus «hermanos» se halla reducido á la mendicidad y viene á implorar su socorro, el Beduino matará si

---

(1) Ibn-Kaldun «Prológomenes» (XVI), p, 250; «Rahian» p. 146. r.

es preciso hasta su última oveja para alimentarlo; si su «hermano» ha sufrido una afrenta de un hombre de otra tribu, sentirá esta afrenta como una injuria personal y no se dará punto de reposo hasta que no haya obtenido la venganza. Nada puede dar una idea bastante clara, bastante viva de esta «azabia» como él la llama, de esa adhesión profunda, ilimitada, inquebrantable que el Árabe siente hácia sus contribuyentes, de esa absoluta adhesión á los intereses, á la prosperidad á la gloria y al honor de la comunidad que lo ha visto nacer y que lo verá morir; no es un sentimiento parecido á nuestro patriotismo, que parecería al ardiente Beduino frío en extremo, es una pasión violenta y terrible y al mismo tiempo el primero, el más sagrado de los deberes, la verdadera religión del Desierto. Por su tribu, el Árabe está siempre pronto á todos los sacrificios, por ella comprometerá á cada instante su vida en esas empresas arriesgadas en que solo la fé y el entusiasmo pueden realizar portentos; por ella peleará hasta que su cuerpo deshecho no tenga figura humana..... «Amad á vuestra tribu, ha dicho un poeta, porque estais unidos á ella por lazos más fuertes que

los que existen entre el marido y la mujer (1)».....

Hé aquí de qué manera comprende el Beduino la libertad, la igualdad y la fraternidad. Estos bienes le bastan, no desea, no imagina otros, está contento con su suerte. (2) La Europa no está jamás contenta con la suya, ó no lo está mas que durante un dia. Nuestra febril actividad, nuestra sed de mejoras políticas y sociales, nuestros esfuerzos incesantes para llegar á un estado mejor ¿no son en el fondo los síntomas, la confesion implícita del tédio y mal-estar que entre nosotros corroen y devoran la sociedad? La idea del progreso preconizada hasta la saciedad en las cátedras y en la tribuna es la idea fundamental de las sociedades modernas; ¿pero habla sin cesar de cambios y mejoras el que se encuentra en una situacion normal, el que se halla feliz? Buscando siempre la felicidad sin conseguirla, destruyendo hoy lo que edificamos ayer, caminando de ilusion en ilusion y de desengaño en desengaño, acabamos por desesperar de la tierra y decimos en nuestros momen-

---

(1) Mobarrad, p. 233.

(2) Véase Burckhard p. 141,



tos de abatimiento y debilidad que el hombre tiene otro destino que los Estados, y aspiramos á bienes desconocidos, en un mundo invisible.... Completamente tranquilo y fuerte, el Beduino no conoce esas vagas y enfermizas aspiraciones hácia un porvenir mejor, su espíritu alegre, expansivo, indiferente, sereno como su cielo, no comprendería nuestros cuidados, nuestros dolores, ni nuestras confusas esperanzas. A nosotros con nuestra ambicion ilimitada en el pensamiento, en los deseos y en el movimiento de la imaginacion, esta vida tranquila del desierto nos parecería insoportable por su monotonía y su uniformidad y preferiríamos pronto nuestra sobre-excitacion habitual, nuestras miserias, nuestros sufrimientos, nuestras sociedades conturbadas y nuestra civilizacion por concluir, á todas las ventajas que poseen los Beduinos en su inmutable tranquilidad.

Es porque entre ellos y nosotros, existe una diferencia enorme, somos demasiado ricos de imaginacion para gustar del reposo del espíritu; pero es tambien á la imaginacion á la que debemos nuestro progreso, ella es la que nos ha dado nuestra superioridad relativa. Donde quiera que falta, el

progreso es imposible; cuando se quiere perfeccionar la vida civil y desarrollar las relaciones de los hombres entre sí, es preciso tener presente en el espíritu la imagen de una sociedad mas perfecta que la existente; ahora bien, los Árabes á despecho de un prejuicio acreditado no tienen sino muy escasa imaginacion. Tienen la sangre mas impetuosa, mas ardiente que nosotros y pasiones mas fogosas; pero son al mismo tiempo el pueblo menos inventivo del mundo. Para convencerse de ello, basta examinar su religion y su literatura. Antes que se hicieran musulmanes, tenian sus Dioses representantes de los cuerpos celestes; pero nunca han tenido mitología, como los Indios, los Griegos y los Escandinavos, sus Dioses no tenian pasado, no tenian historia y nadie ha intentado componerles una. En cuanto á la religion predicada por Mahoma, simple Mono-teismo al que han venido á juntarse algunas instituciones y algunas ceremonias tomadas del judaismo y del antiguo culto pagano, es sin disputa, de entre todas las religiones positivas la mas simple y la mas desnuda de misterio, la mas razonable y la mas depurada, dirian aquellos que excluyen lo sobrenatural en cuanto es posible y que des-

tierran del culto las demostraciones exteriores y las artes plásticas. En la literatura, la misma falta de invencion, la misma predileccion por lo real y positivo. Los demás pueblos han producido epopeya en que lo sobrenatural juega un gran papel. La literatura árabe no tiene epopeya, no tiene tampoco poesía narrativa; exclusivamente lírica y descriptiva, esta poesía no ha expresado nunca mas que el lado práctico de la realidad. Los poetas árabes describen lo que ven y lo que experimentan; pero no inventan nada, y si alguna vez se permiten hacerlo, sus compatriotas en vez de complacerse en ello, los tratan secamente de embusteros. La aspiracion hácia lo infinito, hácia lo ideal, les es desconocida y lo que vale mas á sus ojos, desde los tiempos mas remotos, es lo preciso y lo elegante de la expresion, el lado técnico de la poesía. (1) La invencion es tan rara en su literatura que cuando se encuentra en ella un poema ó un cuento fantástico, se puede casi siempre asegurar desde luego, sin temor de equivocarse, que tal produccion no es de origen árabe, que es

---

(1) Véase á Caussin t. III, pág. 314 y siguientes, 345, 509 y sig. 513.

una traduccion. Así, en «Las mil y una Noches» todo los cuentos de hadas, esas graciosas producciones de una imaginacion fresca y riente que han encantado nuestra adolescencia, son de origen persa ó indico; en esta inmensa coleccion, las únicas narraeiones verdaderamente árabes son los cuadros de costumbres, las anécdotas tomadas de la vida real. En fin, cuando los Árabes establecidos en inmensas provincias conquistadas con la punta de su espada, se han ocupado de materias científicas, han mostrado la misma falta de poder creador. Han traducido y comentado las obras de los antiguos, han enriquecido ciertas especialidades con observaciones pacientes y minuciosas; pero no han inventado nada, no se les debe ninguna concepcion grande y fecunda.

Existen, pues, entre los Árabes y nosotros diferencias esenciales. Acaso tienen ellos mas elevacion de carácter, mas grandeza de alma y un sentimiento mas vivo de la dignidad humana; pero no llevan consigo el germen del desarrollo y del progreso y con su necesidad apasionada de independendencia personal y con su carencia adsoluta de espíritu político parecen incapaces de plegarse á las leyes sociales. Lo han ensayado con

todo: arrancados por un profeta, de sus desiertos, y lanzados por él á la conquista del mundo, lo han llenado con la fama de sus hazañas; enriquecidos con los despojos de cien provincias, han aprendido á conocer los goces del lujo; puestos en contacto con los pueblos que habian vencido, han cultivado las ciencias y se han civilizado tanto como era posible. Sin embargo, aun despues de Mahoma ha trascurrido un periodo bastante largo antes de que perdieran su carácter nacional. Cuando llegaron á España, eran todavia los verdaderos hijos del Desierto y era natural que á las orillas del Tajo ó del Guadalquivir, no pensáran al principio sino en proseguir las luchas de tribu á tribu, de horda á horda comenzadas en la Arabia, en la Siria y en el África. De estas guerras es de lo que primero debemos ocuparnos y para comprenderlas bien es necesario subir hasta Mahoma.

---

## II.

Una infinidad de tribus, algunas sedentarias, la mayor parte nómadas, sin comunidad de intereses, sin centro comun, en guerra de ordinario las unas con las otras, hé aquí lo que era la Arabia en tiempo de Mahoma.

Si la bravura bastára para hacer á un pueblo invencible, los Árabes lo hubieran sido. En ninguna parte era mas comun el espíritu guerrero. Sin guerra no hay botin y es de el botin de lo que principalmente vive el Beduino. (1) Además, era para ellos un placer embriagador manejar la lanza negra y flexible, y la brillante espada, hender el

---

(1) Véase Burckhardt, pág. 41.

cráneo ó cercenar el cuello á los contrarios; pulverizar la tribu enemiga como la «piedra pulveriza el trigo,» é inmolar víctimas «de aquellas cuya ofrenda no agrada al cielo.» (1) La bravura en los combates era el mejor título á los elogios de los poetas y al amor de las mujeres. Estas habian tomado algo del espíritu marcial de sus hermanos y de sus esposos. Marchando á retaguardia cuidaban á los heridos y animaban á los guerreros recitando versos llenos de una salvaje energia. «Valor, les decian, valor, »defensores de las mujeres! Herid con el filo »de vuestras espadas!..... Nosotras somos »las hijas del lucero de la mañana, nuestros »pies huellan blandos cojines, nuestros cue- »llos están adornados de perlas, nuestros ca- »bellos perfumados con almizcle. Nosotras »estrechamos en nuestros brazos á los va- »llientes que hacen frente al enemigo; á los »cobardes que huyen los desdeñamos y les »negamos nuestro amor.» (2)

Sin embargo un observador atento, fácilmente hubiera podido apercibirse de la es-

---

(1) Moallaca d' Amr, ibn. Colthum.

(2) Caussin, t. II, p.281, 391; t. III, p. 99. Compárese con Abu-Ismael al-Bazri, «Fotuh as-Cham,» p. 77, 198, 200.

trema debilidad de este pais, debilidad que provenia de la falta absoluta de unidad y de la rivalidad permanente de las diversas tribus. La Arabia hubiera sido infaliblemente subyugada por un conquistador extranjero sino hubiera sido demasiado pobre para merecer el trabajo de la conquista. «Qué teneis vosotros, decía el rey de Persia á un príncipe árabe que le pedia soldados y le ofrecía la posesion de una gran provincia? «Qué teneis? «ovejas y camellos. No quiero aventurar en «vuestros desiertos un ejército persa por tan «poco.»

Sin embargo, la Arabia al fin, fué conquistada; pero lo fué por un Árabe, por un hombre extraordinario, por Mahoma.

Acaso el enviado de Dios como él se llamaba, no era superior á sus contemporáneos, pero de seguro no se les parecia. De constitucion delicada, impresionable y estremadamente nerviosa, que había heredado de su madre; dotado de una sensibilidad exagerada y enfermiza; melancólico, silencioso, amigo de paseos interminables y de prolongadas meditaciones nocturnas en los valles mas solitarios, siempre atormentado por una vaga inquietud, llorando y gimiendo como una muger cuando enferma-



ba, sujeto á ataques de epilepsia y falto de valor en los campos de batalla; su carácter formaba un extraño contraste con el de los Árabes, robustos, enérgicos y belicosos que no entendían de ensueños y miraban como una debilidad vergonzosa, que un hombre llorara aunque fuera por los objetos de su mayor cariño. Por otra parte Mahoma tenía más imaginación que sus compatriotas y un alma profundamente religiosa. Antes que los sueños de la ambición mundana vinieran á alterar la pristina pureza de su corazón, la religión era para él lo único, lo que absorbía todos sus pensamientos, todas sus facultades y esto era sobre todo lo que le distinguía de la multitud.

Sucede con los pueblos lo que con los individuos; unos son esencialmente religiosos, otros no. Para ciertas personas, la religión constituye el fondo de su naturaleza, así que si su razón se revela contra las creencias en que han nacido se crean un sistema filosófico mucho más incomprensible, mucho más misterioso que sus creencias mismas. Pueblos enteros viven así por la religión y para la religión, ella es su único consuelo y su única esperanza. El Árabe por el contrario, no es religioso por naturaleza y hay bajo este pun-

to de vista entre él y los otros pueblos que han adoptado el Islamismo, una diferencia enorme; no debemos admirarnos de ello. Considerada en su origen, la religión tiene mas influencia sobre la imaginación que sobre el entendimiento, y en el Árabe, como lo hemos notado ya, no es la imaginación lo que predomina. Ved á los actuales Beduinos. Aunque se llaman musulmanes apenas se cuidan de los preceptos del Islamismo, deben orar cinco veces al dia, no lo hacen jamás. (1) El viajero europeo que mejor los ha conocido, atestigua que es el pueblo mas tolerante del Asia. (2) Su tolerancia data de antiguo porque pueblo tan celoso de su libertad, consiente difícilmente la tiranía en materia de creencias. En el siglo IV Martahd, rey del Yemen acostumbraba á decir: «Yo reino sobre los cuerpos, y no sobre las opiniones: yo exijo de mis súbditos que obedezcan á mi gobierno; en cuanto á sus doctrinas júzuelos Dios que los crió.» (3) El Emperador Federico II no hubiera dicho más. Esta tolerancia tocaba muy de cerca

---

(1) Burckhardt p. 160.

(2) El mismo. *ibid.*

(3) Caussin, t. I, p. 111.

á la indiferencia y al escepticismo. El hijo y sucesor de Martahd habia profesado primero el judaismo, despues el cristianismo y acabó por fluctuar entre las dos religiones. (1) En tiempo de Mahoma tres religiones se dividian la Arabia: la de Moisés, la de Cristo y la politeísta. Las tribus judáicas eran acaso las únicas sinceramente adictas á su culto, las únicas tambien que eran intolerantes. Las persecuciones son raras en la antigua historia del pais, pero de ordinario los culpables son judíos. El cristianismo no contaba muchos adeptos y los que lo profesaban no tenian de él sino un conocimiento muy superficial. El Califa Alí no exageraba demasiado cuando decia de una tribu que era sin embargo aquella en que habia echado mas raices: «Los Taglib no son cristianos, ellos no han tomado del cristianismo mas que la costumbre de beber vino.» (2) La verdad es que esta religion encerraba demasiados misterios y milagros para agradar á este pueblo burlon y positivo. Bien lo experimentaron los obispos que hácia el año

---

(1) Causin, t. I, p. 114.

(2) Baidhawi, «Comentarios sobre el Coram» sur 5, vs. 7.

513 quisieron convertír á Mondhir III rey de Hira. Cuando los hubo escuchado atentamente, uno de sus oficiales vino á decirle una palabra al oído, al punto Mondhir muestra una profunda tristeza y preguntándole los prelados respetuosamente la causa: «¡Ay! les dijo: ¡cuán funesta noticia!... Acabo de saber que el Arcángel San Miguel ha muerto!—¡Pero príncipe no veis que os engañan! Los ángeles son inmortales.—Y qué, ¿no quereis vosotros persuadirme de que el mismo Dios ha sufrido la muerte? (1)

Los idólatras, en fin, que constituían la mayor parte de la nación, que tenían divinidades peculiares para cada tribu, y casi para cada familia, y que admitían un Dios supremo, Aláh, cerca del cual las otras divinidades eran intercesoras,—estos idólatras tenían algún respeto á sus adivinos y á sus ídolos y sin embargo degollaban á los adivinos si sus predicciones no se cumplían ó cuando imaginaban que los delataban; engañaban á los ídolos sacrificándoles una gacela cuando les habían prometido un cordero, y los injuriaban si no respondían con arreglo á sus deseos ó á sus esperanzas. Yendo Amrulcáis contra los Beni-

---

(1) Caussin, t. II. p. 78.

Asad para vengar la muerte de su padre, se detuvo en el templo del ídolo Dhu-'l-Kholosa á fin de consultar la suerte por medio de tres flechas llamadas «la órden, la prohibicion y la espera.» Habiendo salido la «prohibicion» consultó de nuevo, pero la «prohibicion» salió tres veces seguidas. Entónces rompiendo las flechas y tirando los pedazos á la cabeza del ídolo: «Miserable! le dijo, si fuera tu padre el muerto, no me prohibirias ir á vengarlo!»

En general, la religion, cualquiera que ella fuese, ocupaba poco lugar en la vida del Árabe embebido en los intereses de esta tierra, en los combates, el vino, el juego y el amor. «Gocemos de lo presente decian los poetas, que bien pronto la muerte nos alcanzará.» (1) Y tal era en verdad la divisa de los Beduinos. Estos hombres que se entusiasmaban tan fácilmente con una noble accion ó un bello poema, permanecian de ordinario indiferentes, frios, cuando se les hablaba de materias religiosas. Así sus poetas, fieles intérpretes de los sentimientos nacionales, no hablan de ellas casi nunca. Escuchemos á Tarafa: «Por la ma-

(1) Moallaca de Amr ibn-Colthum.

«ñana, cuando vengas, te ofreceré una copa  
«llena de vino, y no te importe el beberte el  
«licor de un solo trago; volverás á comen-  
«zar conmigo. Los compañeros de mis pla-  
«ceres son, nobles jóvenes de rostros bri-  
«llantes como luceros.—Una cantadora,  
«con su vestido de rayas y su túnica de co-  
«lor de azafran, viene todas las noches á ale-  
«grarnos. Su túnica descotada deja que las  
«manos amorosas se paseen libremente por  
«su seno..... Estoy entregado al vino y al  
«placer; he vendido lo que poseia, hé disi-  
«pado los bienes adquiridos y los que habia  
«heredado. Censor que vituperas mi aficion  
«á los placeres y á los combates, dime: ¿tie-  
«nes la receta para hacerme inmortal? Si tu  
«sabiduría no puede alejar de mí el fatal  
«momento, déjame que todo lo prodigue en  
«los placeres, ántes que me alcance la muer-  
«te. El hombre que tiene inclinaciones ge-  
«nerosas, bebe en ancha copa, durante su  
«vida. Mañana censor ríjido, cuando los dos  
«muramos, veremos á cual de nosotros  
«consume sed mas ardiente.»

Un escaso número de hechos habia de-  
mostrado sin embargo, que los Árabes, y  
sobre todo, los Árabes sedentarios, no eran  
inaccesibles al entusiasmo religioso. Veinte

mil cristianos de la ciudad de Nejran, teniendo que elegir entre la hoguera y el judaismo, prefirieron perecer entre las llamas á abjurar de su fé. Pero el celo era la excepcion; la indiferencia, ó por lo menos la tibieza, la regla general. La tarea que Mahoma se habia impuesto declarándose Profeta, iba pues á ser doblemente dificil. No podia limitarse á demostrar la verdad de las doctrinas que predicaba. Debia ante todo triunfar de la indolencia de sus compatriotas; despertar entre ellos el sentimiento religioso, y persuadirles de que la religion no es una cosa indiferente, de la que en rigor pudiera prescindirse. Le era preciso, en una palabra, transformar, metamorfosear una nacion sensual, escéptica y burlona. Empresa tan dificil hubiera desanimado á cualquiera otro menos convencido de la verdad de su mision. Mahoma no recogia donde quiera mas que burlas é insultos. Sus conciudadanos, los de la Meca, lo compadecian ó lo zaherian, y se le consideraba ya como un poeta inspirado por un demonio, ya como un adivino, un májico ó un loco. «Hé «aquí el hijo de Abdallab que viene á traernos «noticias del cielo,» decian cuando le veian venir. Algunos le proponian con aparente

buena fé traer á sus espensas médicos que lo curaran. Le arrojaban inmundicias, y cuando salia de su casa, hallaba su camino cubierto de ramas espinosas. Se le prodigaban los epítetos de bribon y de impostor. Ni habia sido mas afortunado fuera de la Meca. En Taif espuso su doctrina delante de los jeques reunidos; allí tambien se burlaron de él. «No podia Dios hallar un apóstol mejor que tú?» le dijo uno. «Yo no quiero discutir contigo,» añadió otro. «Si tú eres un profeta, eres demasiada persona para que yo me atreva á responderte; «si un impostor, no mereces que te hable.» Con la desesperacion en el alma, Mahoma abandonó la reunion, perseguido por las injurias y los insultos del populacho, que le tiraba piedras.

Mas de diez años se pasaron así. La secta era poco numerosa, y todo parecia indicar que la nueva religion acabaria por desaparecer, sin dejar huella, cuando Mahoma halló un apoyo inesperado, entre los Aus y los Khazradj, dos tribus que hácia el fin del siglo V habian quitado la posesion de Medina á otras judias.

Los Mequeses y los Medineses se odiaban porque pertenecian á razas enemigas. Ha-



bía dos en la Arabia; la de los Yemenitas y la de los Maáditas. Los Medineses pertenecían á la primera. A el ódio, los de la Meca juntaban el desprecio. A los ojos de los Arabes, que juzgaban la vida pastoral y el comercio como las solas ocupaciones dignas de un hombre libre, cultivar la tierra era una profesion envilecedora. Ahora bien, los Medineses eran agricultores y los Mequeses mercaderes. Y además habia gran número de judios en Medina; muchas familias de los Aus y de los Khazradj habian adoptado esta religion, que los antiguos señores de la ciudad, reducidos ahora á la condicion de «clientes,» habian conservado, Así, aunque la mayor parte de las dos tribus dominantes, parece haber sido idólatra como los Mequeses, estos miraban á toda la poblacion como judía, y la menospreciaban por consiguiente.

En cuanto á Mahoma participaba de las prevenciones de sus conciudadanos, contra los Yemenitas y los agricultores. Se cuenta que oyendo recitar á uno este verso: «Yo soy Himyarita, mis abuelos no eran ni de Rabia ni de Modhar,» Mahoma le dijo: «Tanto peor para tí este origen te eleja de Dios y de su Profeta.» (1) Se dice tambien

(1) «Raihan», fól. 105 v.

que viendo la reja de un arado en la morada de un Medinés, dijo á este último: «Nunca semejante objeto entra en una casa sin que la deshonra no entre con él.» (1) Pero desesperado de convertir á su doctrina á los mercaderes y á los nómadas de su propia raza, y creyendo su vida amenazada despues de la muerte de su tio y su protector Abu-Talib, se vió reducido á olvidar sus prejuicios y á aceptar apoyo de cualquiera parte que viniera. Recibió, pues, con alegría, las insinuaciones de los Arabes de Medina, para los cuales, las malas pasadas y las persecuciones que habia sufrido de los Mequeses, eran su mayor recomendacion y su mejor título.

El gran «juramento de Acaba» unió para siempre la suerte de los Medineses, á la de Mahoma. Rompiendo un lazo que los Arabes respetan mas que ningun otro el Profeta se separó de su tribu, vino á establecerse en Medina con sus sectarios de la Meca que tomaron desde entonces el nombre de «Refugiados,» desencadenó contra sus contributos la lengua mordáz de los poetas Medineses, y proclamó la guerra Santa. Animados por un celo entusiasta y menospreciando la

---

(1) Ibn-Khaldum, «Proleg.» (XVII.) p. 296.

muerte, porque estaban seguros de ir al Paraiso si eran muertos por los idólatras, los Aus y los Khazradj, confundidos entonces bajo el nombre de «Defensores,» hicieron prodigios de valor. La lucha entre ellos y los paganos de la Meca, se prolongó durante ocho años. En este intervalo, el terror que las armas musulmanas difundian por todas partes, decidió á muchas tribus á que adoptasen la nueva creencia; pero las conversiones espontáneas, sinceras y durables, fueron pocas. En fin, la conquista de la Meca vino á poner el sello al poder de Mahoma. Los Medineses se habian prometido hacer pagar caro en este dia á los orgullosos mercaderes su insoportable menosprecio: «Hoy es el dia de la matanza; el «dia en que nada será respetado!» habia dicho el jefe de los Karzradj. La esperanza de los Medineses fué burlada: Mahoma quitó el mando á aquel jefe, y ordenó á sus generales la mayor moderacion. Los Mequeses asistieron silenciosos á la destruccion de los ídolos de su templo, verdadero panteon de la Arabia que encerraba 360 divinidades, adoradas por otras tantas tribus, y con la ira en el pecho, reconocieron en Mahomo al enviado de Dios; prometiéndose inte-

riormente, vengarse un dia de aquellos rústicos, de aquellos judios de Medina, que habian tenido la insolencia de vencerlos.

Despues de la toma de la Meca, las tribus aun idólatras, pronto conocieron que ya la resistencia era imposible, y la amenaza de una guerra de esterminio les hizo adoptar el Islamismo, que los generales de Mahoma les predicaban con el Coran en una mano y la cimitarra en la otra. Una conversion bastante notable fué de los Thakif, tribu que habitaba en Taif, y que antes habian arrojado á pedradas al Profeta. Por boca de sus enviados anunciaron que estaban dispuestos á hacerse musulmanes; pero á condicion de conservar á su ídolo Lat, durante tres años y de no orar. «Tres años de idolatria es demasiado, y ¿qué es una religion sin oraciones?» les dijo Mahoma. Entónces los enviados redujeron su demanda, se regateó mucho tiempo, en fin, las dos partes contratantes se fijaron en condiciones tales como estas: los Thakif no pagarán diezmos, no tomarán parte en la guerra Santa, no se prosternarán durante la oracion; conservarán á Lat un año, y pasado este término no serán obligados á destruir este ídolo con sus propias manos. Sin embargo, Mahoma con-

servaba algunos escrúpulos; temia el qué dirán. «Que semejante consideracion no os «detenga, le digeron entonces los enviados. «Si los Árabes os preguntan porqué habeis «hecho semejante tratado, no teneis mas «que contestarles: «Dios me lo ordenó.»

Habiendo parecido al Profeta este argumento parentorio, se puso en seguida á dictar un acta que comenzaba así: «En el nombre de Dios clemente y misericordioso: por «este acto ha sido convenido entre Mahoma «el enviado de Dios y los Thakif, que estos «no serán obligados ni á pagar diezmos ni á «tomar parte en la guerra Santa.....»

Habiendo dictado estas palabras, la vergüenza y los remordimientos impidieron proseguir á Mahoma. «Ni á prosternarse durante la oracion,» dijo entonces uno de los enviados. Y como Mahoma persistiera en guardar silencio: «Escribe, es lo convenido,» replicó el Thakifita, dirigiéndose al escribiente. Este miró al Profeta de quien esperaba la orden. En este momento el fogoso Omar, testigo hasta entonces mudo de esta escena, tan ofensiva para el honor del Profeta, se levantó, y tirando de su espada: —Habeis mancillado el corazon del Profeta, dijo; que Dios abraze los vuestros con el fuego.

—No hablamos con vos, replicó el diputado Thakifita, sin inmutarse, sino á Mahoma.

—Bien, dijo entonces el Profeta: no quiero semejante tratado. Teneis que abrazar el Islamismo, pura y simplemente, y observar todos sus preceptos sin escepcion; de lo contrario preparaos á la guerra.

—Por lo menos permitidnos guardar á Lat todavia, durante seis meses, dijeron los Thakifitas, contrariados.

—No.

—Durante un mes siquiera.

—Ni durante una hora.

Y los enviados volvieron á su tribu acompañados de soldados musulmanes que destruyeron á Lat, en medio de las lamentaciones y de los gritos de desesperacion de las mugeres. (1)

Y sin embargo, esta estraña conversion fué la mas dudadera de todas. Cuando mas tarde la Arabia entera, abjuró el Islamismo, los Thakifitas le permanecieron fieles. ¿Qué debe, pensarse pues, de las otras conversiones?

Para apostatar solo se esperaba la muerte de Mahoma. Muchas provincias no tuvie-

---

(1) Sprenger, «Life of Mohammed,» p. 186; Causin. t. III, p. 288.

ron paciencia para tanto; las nuevas de su enfermedad bastaron para hacer estallar la revolucion, en el Nadjad, en el Yemana y en el Yemen. Cada una de estas tres provincias tuvo su pretendido profeta, émulo y rival de Mahoma, quien supo en su lecho de muerte, que el jefe de la insurreccion del Yemen Aihala el negro, señor que juntaba á inmensas riquezas una elocuencia arrebatadora, habia arrojado á los empleados musulmanes y se habia apoderado de Nadjran; de Sana, de todo el Yemen en fin.

Así vacilaba ya el inmenso edificio cuando Mahoma lanzó el último suspiro. (632) Su muerte fué la señal de una insurreccion formidable y casi universal. Donde quiera, los insurgentes llevaban la mejor parte; todos los dias se veian entrar en Medina empleados musulmanes, Refugiados y Defensores arrojados por los rebeldes de sus distritos, y las tribus mas próximas se preparaban á sitiar á Medina.

Digno sucesor de Mahoma, y lleno de confianza en los destinos del Islamismo, el Califá Abu-Becr no vaciló un momento, en medio de la gravedad del peligro. No tenia ejército. Fiel á la voluntad de Mahoma, lo habia enviado á la Siria, apesar de las re-

clamaciones de los musulmanes, que previendo los riesgos que les amenazaban, le habian suplicado dilatara esta expedicion. «No revocaré una órden dada por el Profeta, habia contestado. «Aunque Medina quedara espuesta á la invasion de las fieras, esas tropas han de cumplir la voluntad de Mahoma.» Si hubiera consentido en transigir, hubiese podido comprar con algunas concesiones la neutralidad ó la alianza de muchas tribus del Nadjd, cuyos diputados vinieron á proponerle que, si queria eximirlos del impuesto, continuarian rezando las oraciones musulmanas. Los musulmanes principales eran de opinion de no disgustar á estos diputados. Solo Abu-Becr rechazó toda clase de transaccion, como indigna de la santa causa que iban á defender. «La ley del Islamismo, dijo, es una é indivisible, y no admite distincion entre sus preceptos.» —«Tiene él solo mas fé que todos nosotros juntos», dijo entónces Omar. Decia bien, el secreto de la fuerza y de la grandeza del primer Califa consistia en esto. Segun el testimonio del mismo Mahoma, todos sus discipulos habian dudado un instante antes de reconocer su mision, excepto Abu-Becr. Sin una originalidad bien caracterizada, sin ser



un grande hombre, era el hombre de la situacion, peseia lo que en otro tiempo habia dado á Mahoma la victoria, lo que faltaba á sus enemigos: una conviccion inquebrantable.

Hubo poca union en el ataque de los insurgentes, que ya divididos entre sí, se degollaban unos á otros. Abu-Becr, que habia hecho armar á todos los hombres que se hallaban en estado de combatir, tuvo tiempo de rendir á las tribus mas vecinas. Luego, cuando las tribus fieles del Hidjaz hubieron suministrado su contingente de hombres y caballos, y volvió del Norte el ejército principal, trayendo de su expedicion un botin considerable, tomó atrevidamente la ofensiva y dividió sus tropas en muchas divisiones, que poco numerosas al partir engrosaron en el camino por la reunion de una multitud de Árabes á que el miedo ó la esperanza del despojo atrajeron á las banderas musulmanas. En el Nadjd, Khalid, tan sanguinario como intrépido, atacó las hordas de Tolaiha, que antes «contaba por miles «los hombres en su ejército,» pero que esta vez, olvidando su deber de guerrero y no recordando mas que su papel de profeta, esperaba lejos del campo de batalla, y en-

vuelto en su manto, inspiraciones del cielo. Por mucho tiempo las esperó en vano; pero cuando sus tropas comenzaron á huir recibió la inspiracion. «Haced lo que yo si podéis» gritó á sus compañeros, y saltando sobre su caballo escapó á rienda suelta. Aquel dia los vencedores no hicieron prisioneros. «Destruid á los apóstatas sin piedad, «con el hierro, con el fuego, con todo género «de suplicios!» hé aquí las instrucciones que Abu-Becre habia dado á Khalid.

Precedido de la fama de sus victorias y de sus crueldades Khalid, marchó contra Moselima, el Profeta del Yemana, que acababa de derrotar dos ejércitos musulmanes, uno en pos de otro. La pelea fué terrible. Al principio los insurrectos llevaron ventajal penetrando hasta la misma tienda de Khalid. Sin embargo, este general logró rechazarlos á la llanura que separaba entrambos campos. Despues de muchas horas de tenáz resistencia, los insurgentes fueron derrotados en todas partes. «¡Al campamento! ¡al campamento!» gritan, y se retiran á un vasto recinto ceñido de un grueso muro, y defendido por una puerta sólida. Siguenlos los musulmanes, sedientos de sangre. Con una audacia inaudita; dos de ellos escalan la muralla,

y se dejan caer en el interior para abrir la puerta. El uno acribillado de heridas sucumbe al instante; mas feliz el otro, coje la llave y la arroja por el muro á sus compañeros. Abrese la puerta, y los musulmanes penetran como un torrente. Entónces comienza una horrible carniceria en esta palestra en que era imposible la fuga. En esta «Palestra de la muerte» los insurgentes en número de diez mil fueron degollados hasta el último.

Mientras que el feróz Kalid ahogaba así en torrentes de sangre, la insurreccion de la Arabia Central, otros generales hacian otro tanto en las provincias del Mediodia. En el Bahren el campamento de los Bacritas fué sorprendido durante una orgía, y ellos pasados á cuchillo. Sin embargo, algunos que tuvieron tiempo de huir, alcanzaron la orilla del mar y se refugiaron en la isla de Daren. Pronto los musulmanes vinieron á sitiarnos y los degallaron á todos. Igual carniceria en el Oman y en el Mahra, en el Yemen y en el Hadhramot. Aquí los restos de las bandas de Aihala-el-Negro despues de haber pedido en vano cuartel al general musulman, fueron esterminados; allí el comandante de una fortaleza, no pudo obte-

ner, rindiéndose, mas que una promesa de amnistía para diez personas, el resto de la guarnicion perdió la vida; en otra parte, un camino entero quedó por mucho tiempo infestado por las emanaciones pútridas que exhalaban los innumerables cadáveres de los insurgentes.

Si estos mares de sangre no convencieron á los Arabes de la verdad de la religion predicada por Mahoma, les hicieron reconocer al ménos en el Islamismo un poder irresistible, y en algun modo sobrenatural. Diezmados por la espada, llenos de terror y de asombro se resignaron á ser musulmanes, ó al menos á parecerlo, y el Califa para no dejarles tiempo de volver del susto, los lanzó de seguida sobre el imperio romano y la Persia, es decir, sobre dos Estados fáciles de conquistar, porque estaban hacia mucho tiempo desgarrados por la discordia, enervados por la servidumbre, ó gangrenados por todos los refinamientos de la corrupcion. Inmensas riquezas y vastos dominios indemnizaron á los Arabes de su sumision á la ley del Profeta de la Meca.

No se pensó ya en apostatar:—la apostasía era la muerte;—sobre este punto la ley de Mahoma era inexorable—mas tambien se

pensó rara vez en la piedad sincera, en el celo por la fé.—Por los medios mas horribles y mas atroces se habia obtenido la conversion aparente de los Beduinos; era lo suficiente, era todo lo que se tenia derecho á esperar de parte de estos desgraciados, que habian visto perecer á sus padres, á sus hermanos y á sus hijos por la espada de Khalid ó de otros piadosos verdugos émulos suyos. Por mucho tiempo las masas neutralizaron con su resistencia pasiva las medidas que tomaban los musulmanes fervientes para instruirlos; no conocian los preceptos de la religion, y no se cuidaban de conocerlos. Bajo el Califado de Omar I un Arabe anciano habia convenido con un jóven que le cederia su muger cada dos noches y que el jóven en cambio le guardaría su rebaño. Habiendo llegado á oidos del Califa este pacto singular, hizo comparecer á los dos y les preguntó si nó sabian que el Islamismo prohibia dividir su muger con otro. Ellos juraron que no lo sabian. (1) Otro se habia casado con dos hermanas: «No sabes, le preguntó el Califa, que la religion no permite hacer lo que has

---

(1) Abu-Ismael al-Bazri, «Fotuh as Cham,» p. 238, 239.

hecho?—Nó, le respondió el otro: lo ignoraba completamente, y confieso que no veo nada de reprehensible en el acto que condenais. —El texto de la ley es sin embargo terminante. Repudia enseguida una de las dos hermanas, ó te corto la cabeza.—¿Hablais formalmente?—Muy formalmente.—Pues es una religion detestable la que prohíbe semejantes cosas, y yo jamás he sacado de ella provecho alguno! »El infelíz no presumia tan grande era su ignorancia, que hablando así se esponía á ser decapitado como blasfemo ó como apóstata. (1) Un siglo despues ninguna de las tribus árabes establecidas en Egipto sabia aun lo permitido ni lo prohibido por el Profeta: se hablaba con entusiasmo de los antiguos tiempos, de las guerras y de los héroes del paganismo, pero ninguno hablaba de religion. (2) Hacia la misma época los Arabes acantonados en el norte del Africa, estaban en el mismo caso, poco más ó menos. Estas buenas gentes bebian vino sin sospechar siquiera que Mahoma lo hubiera prohibido. Lo estrañaron mucho cuando los misioneros enviados

---

(1) Abu-Ismael al-Bazri, p. 237.

(2) Abu-'l-mahasin, t. I, p. 343.

por el Califa Omar II fueron á decirselo. (1) Habia tambien musulmanes que no conocian del Coran más que las palabras: «En el nombre de Dios clemente y misericordioso,» (2)

¿Hubiera sido mayor el celo para la fé si los medios empleados para la conversion hubieran sido ménos execrables? Es posible, pero nó seguro. En todos tiempos ha sido sumamente difícil vencer la tibieza religiosa de los Beduinos. En nuestros dias los Wahabitas, secta rígida y austera que proscribela el lujo y las supersticiones con que el Islamismo se ha manchado con el trascurso del tiempo, secta que ha tomado por divisa: el Coran y nada mas que el Coran,» como Lutero habia tomado por la suya «la «Biblia y nada más que la Biblia,»—en nuestros dias los Wahabitas han ensayado, pero en vano, arrancar á los Beduinos de su indiferencia religiosa. Raras veces han apelado á la violencia, y si han encontrado devotos partidarios entre los Arabes sedentarios, nó así entre los Beduinos, que han conservado el carácter árabe en toda su pureza. Aunque convinieran en miras políticas con los nova-

---

(1) Ibn-Adhari, t. I, p. 34.

(2) Noeldeke, »Geschichte des Qoráns, p. 204.

dores, aunque las tribus colocadas más inmediatamente bajo la inspeccion de los Wahabitas, se vieran obligadas á observar con mas exactitud los deberes religiosos, y aunque algunos de ellos, por su interés aparentasen un celo próximo al fanatismo— los Beduinos no se hicieron por eso mas religiosos en el fondo, y tan luego como el poder de los Wahabitas fué anonadado por Mohammed-Alí, se apresuraron á dejar unas ceremonias que los aburrían en estremo. (1) «Hoy dice un viajero moderno, poca ó ninguna religion se encuentra en el Desierto: allí nadie se cuida de las leyes del Coran.» (2)

Por lo demás, si los Arabes aceptaron la revolucion como un hecho consumado, del que era imposible retroceder, no perdonaron á los que la habian realizado, ni menos se conformaron con la gerarquía social que de ella derivaba. La oposicion tomó, pues, otro carácter, de lucha de principios se trocó en querrela personal.

Hasta cierto punto las familias nobles, es decir, aquellas que durante muchas gene-

---

(1) Burckhardt, p, 160.

(2) Burton, «Pilgrimage,» t. II, p. 86, 109.



raciones habian estado á la cabeza de sus tribus, no sufrieron á consecuencia de la revolucion. Ciertó es que la opinion de Mahoma sobre la existencia de la nobleza habia vacilado. Ya predicaba la igualdad completa, ya reconocia la aristocracia. Habia dicho: «No mas soberbia pagana, no mas orgullo fundado en los abuelos! Todos los hombres son hijos de Adan, y Adan fué formado del polvo: el mas estimable á los ojos de Dios es el que lo teme mas.» (1) Habia dicho tambien: «Los hombres son iguales como los dientes de un peine; la fuerza de la constitucion produce solo la superioridad de los unos sobre los otros.» (2) Pero en cambio tambien habia dicho: «Los que eran nobles bajo el paganismo, quedan nobles bajo el Islamismo, si ellos prestan homenaje á la verdadera sabiduria,» (es decir, si se hacen musulmanes.) (3) Así Mahoma tuvo alguna vez el capricho de abolir la nobleza pero no se atrevió ó no pudo hacerlo. Subsistió pues la nobleza, conservó sus prerrogativas y permaneci6 á la cabeza de las tri-

---

(1) Caussin, t. III, p. 231.

(2) Caussin, t. III, p. 507.

(3) Ibn-Khaldum «Prologeménes» (XVI). pág. 243.

bus; porque Mahoma lejos de pensar en hacer de los Árabes una verdadera nacion, lo que hubiera sido imposible, conservó aquella organizacion que hizo emanar de Dios mismo. (1) y no viviendo mas que para sí, cada una de estas pequeñas sociedades, solo de sí misma se ocupaba, no interesándose por otros negocios que los que les concernian. En la guerra formaban cuerpos separados, con bandera propia, que llevaba el jeque ó el guerrero designado por él, (2) en las ciudades, cada tribu tenia su barrio (3) su caravanserrallo, (4) y hasta su cementerio. (5)

Verdad es que el derecho de nombrar jeque de tribu pertenecia al Califa; pero es necesario distinguir aquí entre el derecho y el hecho. En primer lugar, el Califa no podia

---

(1) Véase el Coram, sur 49, vs. 13.

(2) Véanse los ejemplos que he citado en mis «Recherches» t. I, p, 87, nota 2.

(3) Véase el «Cartás» p. 25, Iztakhri, p. 26, Ahmed ibn-abi-Yacub, «Kitab al-boldan» fól. 52 v. (artículo sobre Cufa.)

(4) Ahmed ibn-abi-Yacub, fól. 64 v.: dja ála li-colli cabílatin mahrasan.

(5) Ahmed ibn-abi-Yacub fól. 53. v.: wacanaticolli capílatin djabbanaton to'rafo bihim wabi-roasa-ihim.

dar el mando de una tribu mas que á persona que formará parte de ella, porque los Arabes obedecian á regañadientes á un «extrangero,» ó no le obedecian. Asi Mahoma y Abu-Becr, conformándose casi siempre á esta costumbre, (1) investian con esta autoridad aquellos hombres cuya influencia personal era ya conocida, y bajo Omar se vé á los Arabes exigir como derecho no tener por jeques más que contribunos. (2) Pero de ordinario las tribus elegian por sí sus jeques, (3) y el Califa se limitaba á confirmar su eleccion, (4) uso que én el siglo presente ha sido observado tambien por el príncipe Wahabita. (5)

La antigua nobleza habia conservado su posicion; pero sobre ella se levantaba otra.

---

(1) véanse los ejemplos en Ibn-Cotaiba, p. 121, Tabarí, t. I, p. 80, t. II, p. 4.

(2) Véase Tabarí, t. II, p. 206, 208, 210, 224.

(3) Véase Abu-Ismael al-Bazri, «Fotuh as-Cham,» p. 208, 209,

(4) Así es como debe entenderse la frase: «fulano se presentó con sus contributos á Omar, que le dió «el mando de su tribu,» frase que se encuentra en diversas ocasiones en Tabarí, t. II, p. 210, Véase tambien Abu Ismael al-Bazri, «Fotuh as-Cham,» pág. 45.

(5) Burckardt p. 295.

Mahoma y sus dos inmediatos sucesores confiaron los puestos mas importantes, tales como el mando de los ejércitos y el gobierno de las provincias á los antiguos musulmanes, á los Emigrados y á los Defensores. (1) Bien lo necesitaba, pues que eran casi los únicos musulmanes sinceros, los únicos, á los que pudieran confiarse el gobierno temporal y espiritual. ¿Qué confianza podia tenerse en jeques de tribus siempre poco ortodoxos y á veces ateos; como aquel Oyena jeque de los Fazara, que decia: «Si Dios existiera yo le juraría por su nombre que nunca «hé creído en él?» (2) La preferencia concedida á los Emigrados y Defensores, era pues, natural y legitima, pero no menos ofensiva para el orgullo de los jeques de tribu, que se veian postergados á ciudadanos, á agricultores, á hombres salidos de la nada. Sus contributos que identificaban siempre su honor con el de sus jeques, se indignaban igualmente esperando con impaciencia una ocasion favorable para apoyar con las armas las pretensiones de aquellos y acabar con esos devotos que habian degollado á sus parientes.

---

(1) Véase Tabari, t. II, p. 164 y passim.

(2) Tabari t. I, p. 110.

Iguales sentimientos de envidia y de ódio implacable animaban á la aristocracia de la Meca, de que eran jefes los Omeyas. Arrogante y orgullosa veia con mal disimulado despecho que los antiguos musulmanes formaban exclusivamente el Consejo del Califa. (1) Cierta que Abu-Becr quiso hacerla tomar parte en las deliberaciones, pero Omar se opuso enérgicamente á este designio, y su opinion prevaleció. (2) Veremos ahora cómo esta aristocracia trató primero de apoderarse del mando, sin recurrir á la fuerza, pero bien puede predecirse que si su tentativa se frustrara, habrá de encontrar fácilmente aliados contra Emigrados y Medineses, entre los jeques de las tribus beduinas.

---

(1) Véase Abú-Ismael al-Bazri, p. 106, 162 1, 3.  
(2) Abú-Ismael al-Bazri, p. 37-39.

---

### III.

El Califa Omar, herido de muerte por el puñal de un artesano cristiano de Cufa, habia nombrado en sus últimos momentos candidatos al imperio, á los seis compañeros mas antiguos de Mahoma, entre los que se distinguia Ali, Othman, Zobair y Talha. Cuando Omar hubo lanzado su último aliento esta especie de cónclave se prolongó durante dos dias sin llegar á un acuerdo, pensando solo cada cual en hacer valer sus títulos y denigrar los de sus cólegas. Al tercer dia se convino en que uno de los electores que habia renunciado á sus pretensiones, nombrára Califa. Con gran disgusto de Ali, de Zobair y de Talha designó al Onmiada Othman (644).

La personalidad de Othman no justificaba esta eleccion, verdad es, que rico y generoso habia ayudado á Mahoma y á su secta con sacrificios pecuniarios; pero si á esto se añade que rezaba y ayunaba mucho, y que era la honradéz y la modestia misma, se han enumerado casi todos sus méritos. Su inteligencia, que no tuvo nunca gran altura, se encontraba ya debilitada por la edad, tenia setenta años, y su timidéz era tanta que cuando subió a la cátedra por primera vez, le faltó el valor para comenzar su plática. «Comenzar es muy difícil,» murmuró suspirando, y se bajó.

Desgraciadamente, este viejo septagenario tenia un gran flaco por su familia, y su familia era la aristocrácia de la Meca, que durante veinte años habia insultado, combatido y perseguido á Mahoma. Bien pronto ella lo dominó completamente. Su tio Haquem, y sobre todo Merwan, hijo de este último, gobernaron de hecho, no dejando á Othoman mas que el título de Califá y la responsabilidad de medidas comprometedoras que ignoraba la mayor parte de las veces. La ortodoxia de estos dos hombres, sobre todo la del padre, era bastante sospechosa. Haquem no se convirtió hasta el

dia en que fué tomada la Meca, y luego habiendo revelado secretos que Mahoma le confiára, éste lo maldijo y lo desterró. Abubecr y Omar habian mantenido esta sentencia. Por el contrario Othman, despues de haber levantado al reprobó su destierro, le dió cien monedas de plata y una tierra que no era suya, sino del Estado. Además nombró á Merwan su secretario y su visir, lo casó con una de sus hijas y lo enriqueció con el botin de Africa. Prontos á aprovecharse de la ocasion, otros Onmiadas, jóvenes tan inteligentes como ambiciosos, pero hijos de los mas encarnizados enemigos de Mahoma, se apoderaron de los empleos mas lucrativos, con gran satisfaccion de las masas, contentas con cambiar viejos devotos, severos, rígidos, desapacibles y tristes, por caballeros alegres y divertidos; pero con gran disgusto de los musulmanes sinceramente religiosos, que esperaban hácia los nuevos gobernadores de las provincias una invencible aversión. ¿Quién entre ellos no recordaria con horror que Abu-Sofyán, padre de ese Moáwia que Othman habia elevado al gobierno de toda la Siria, mandaba el ejército que batió á Mahoma en Ohod y el que le habia asediado



en Medina? Jeque principal de los de la Meca, no se sometió sino cuando vió su causa perdida, cuando diez mil musulmanes iban á degollarlo á él y á los suyos, y aun entónces respondió á Mahoma que le intimaba lo reconociese como el enviado de Dios: «perdona mi sinceridad, sobre este punto yo conservo todavia alguna duda. —Dá testimonio del Profeta ó tu cabeza vá á rodar,» se le dijo entónces, y solo bajo esta amenaza, Abu-Sofyán se hizo musulman. Un momento despues, tan corto era de memoria, habia olvidado que lo era.... Y ¿quién no se acordaba de Hind, madre de Moawia, deaquella mujer atróz que se habia hecho con las orejas y las narices de los musulmanes muertos en la batalla de Ohod, collar y brazaletes, que habia abierto el vientre de Hamza, tio del Profeta arrancándole la hiel que habia despedazado con sus dientes? El hijo de tal padre y de tal madre, el hijo de «la comedora de hígado,» como se la llamaba, podia ser un sincero musulman? Sus enemigos negaban á voz en grito que lo fuera.

En cuanto al gobernador de Egipto (1)

---

(1) Abdallah ibn-Sad-ibu Abí-Sarh.

hermano de leche de Othman, era peor todavía. Su bravura no era contestable, pues había batido al gobernador griego de la Numidia y obtenido una brillante victoria sobre la armada griega, muy superior á la suya; pero había sido secretario de Mahoma, y cuando el Profeta le dictaba sus revelaciones, cambiaba de palabras, desnaturalizando el sentido. Habiéndose descubierto este sacrilegio emprendió la fuga, y volvió á la idolatría. El día de la toma de la Meca, Mahoma había ordenado á los suyos matarle, aunque se hallare debajo de los velos que cubrían el templo. El apóstata se puso bajo la protección de Othman, quien lo llevó al Profeta, solicitando su perdón. Mahoma guardó un prolongado silencio.... «Le perdono, dijo al fin; pero cuando Othman se hubo retirado con su protegido, lanzando Mahoma á los que le rodeaban miradas de cólera, les dijo: «¿por qué se me comprende tan mal? guardaba silencio para que uno de vosotros se levantara y matara á ese hombre....» Y ahora era gobernador de una de las mas hermosas provincias del imperio.

Walid, hermano uterino del anciano Califá, era gobernador de Cufa; domó la rebe-

lion de Adzerbaidjan, cuando esta provincia trató de recobrar su independendencia; sus tropas, reunidas á las de Moawia, tomaron á Chipre y á muchas ciudades del Asia menor: toda la provincia alababa la sabiduria de su gobierno, (1) pero su padre Ocba habia escupido en el rostro á Mahoma; en otra ocasion pretendió estrangularlo; luego, hecho prisionero por Mahoma, y condenado á muerte por él, habia exclamado: «¿quién recojerá á mis hijos cuando muera? El Profeta le respondió;—«El fuego del infierno.» Y su hijo, «el niño del infierno,» como se le llamaba, parecia haberse propuesto justificar esta prediccion. Una vez, despues de una cena, que, alegraba con el vino y la presencia de hermosas cantarinas, se habia prolongado hasta el clarear del alba, oyó al muecin anunciar desde lo alto del minarete la hora de la oracion matutina. Turbada aun la cabeza con los vapores del vino y sin otro vestido que su túnica, fué á la mezquita y recitó ,mejor que pudiera esperarse, la oracion acostumbrada, que por lo demás no dura mas que tres ó cuatro minutos, mas cuando la terminó, preguntó á la reunion,

---

(1) Véase Weil, «Geschichte del Chalifen» t. I, pág. 171, nota 2.

probablemente para demostrarle que no habia bebido demasiado: «quereis otra?—Por Dios, gritó entonces un piadoso musulman que se hallaba detrás de él en primera fila: no esperaba otra cosa de un hombre como tú, pero no pensé que se nos enviára de Medina semejante gobernador»; y enseguida comenzó á desempedrar la Mezquita. Su ejemplo fué seguido por los concurrentes, que participaban de su celo y Walid, para no ser apedreado, tuvo que volver precipitadamente á su palacio, donde entró coñ paso vacilante, recitando estos versos de un poeta pagano: «Podeis estar seguros de en-  
«contrarme donde haya vino y cantadoras,  
«que no soy duro pedernal insensible á las  
«cosas buenas.» El gran poeta Hotaia parece haber encontrado la aventura muy graciosa. «El día del juicio, dice en sus versos,  
«Hotaia podrá certificar que Walid no mere-  
«ce en ningun modo la censura con que se  
«le abruma, que hizo despues de todo? Terminada la oracion, dijo, «quereis más?» Es  
«que estaba un poco alegre y no sabia lo que  
«se decia. ¡Afortunadamente te detuvieron,  
«Walid! Á no ser por eso hubieras estado  
«rezando hasta la consumacion de los siglos.» Verdad es que Hotaia, aunque poeta de pri-

mer orden, no era despues de todo mas que un impio, que abrazó y abjuró sucesivamente la fé musulmana. (1) Hubo, sin embargo en Cufa un pequeño número de personas que pagadas acaso por los santos varones de Medina, no pensaron como él. Dos de ellos marcharon á la capital para acusar á Walid. Othman reusó al principio escuchar su denuncia, pero intervino Alí y Walid fué destituido de su gobierno con gran disgusto de los Árabes de Cufa. (2)

No era la eleccion de gobernadores lo único que el partido piadoso echaba en cara al anciano Califa: reprochábale además haber maltratado á muchos compañeros del Profeta, haber renovado una costumbre pagana abolida por Mahoma y pensar en trasladar su residencia á la Meca, pero lo que menos le perdonaba era la nueva redaccion del Coran hecha por orden suya, no por los hombres mas instruidos, (pues hasta aquél que Mahoma habia designado como el mejor «lector» del Coran fué estraño á ella,) sino por los que le eran mas adictos y preten-

---

(1) Véase sobre Hotaia la nota de M. Caussin, «apud» de Slane. traduccion inglesa de Ibn-Kallikan, t. I, p. 209.

(2) Masudi, man. 127, p. 185; «al-Mokhtar min nawadir al-akhbar» man. de Leiden 495, fol. 28 v.

der sin embargo, que esta redaccion era la única buena, habiendo ordenado quemar todas las restantes.

Resueltos á no tolerar por mas tiempo semejante estado de cosas, los antiguos competidores de Othman, Ali, Zobair y Talha que gracias al dinero destinado á los pobres que se habian apropiado, se habian enriquecidos tanto que no se contaba sino por millones, (1) sembraban oro á manos llenas á fin de suscitar revueltas en todas partes. Sin embargo no lo consiguieron mas que á medias, hubo aquí y allí algunos levantamientos parciales, pero las masas permanecieron fieles al Califa. En fin, contando con la voluntad de los Medineses, los conspiradores hicieron ir á la capital algunos centenares de esos Beduinos de estatura colosal y de rostro cetrino, que se hallaban siempre dispuestos á asesinar hasta á su padre por dinero. (2) Los que se apellidaban vengadores de la religion ultrajada, despues de haber maltratado al Califa en el templo, llegaron á sitiario en su palacio que solo estaba defendido por quinientos hombres,

---

(1) Véase Weil, t. I, p. 166.

(2) Véase Tabarí t. II, p. 250, 252.

esclavos la mayor parte, mandados por Merwan, Esperábase que Othman renunciaria voluntariamente al trono; esta esperanza fué defraudada: creyendo que no se atreverian á atentar á su vida ó contando con el socorro de Moawia, el Califa desplegó una gran firmeza. Fué, pues, preciso recurrir á los medios extremos. Despues de un asedio de muchas semanas, los bandidos penetraron en palacio por una casa contigua y degollaron al anciano octogenario que leia entonces piadosamente el Coran, y para coronar su obra saquearon el tesoro público. Merwan y los demás Onmiadas tuvieron tiempo de escaparse. (656)

Los Medineses, los Defensores (porque este título pasó de los compañeros de Mahoma á sus descendientes,) dejaron hacer y la casa por donde los asesinos penetraron en palacio pertenecia á los Beni-Hazm, familia de los Defensores, que se señaló mas adelante por su ódio contra los Omeyas. Esta neutralidad intempestiva bastante parecida á la complicidad, le fué duramente reprochada por su poeta Hassan-Ibn-Thábit, decidido partidario de Othman, temeroso con razon de que los Onmiadas vengasen en sus contributos la muerte de su pariente. «Cuan-

do el venerable anciano vió levantarse á la muerte delante de sí, los Defensores no hicieron nada para salvarlo. ¡Ay! que bien pronto vá á resonar en nuestras moradas el grito de: Dios es grande! Venganza, venganza Othman! (1)»

Elevado Alí al Califado por los Defensores, destituyó á todos los gobernadores de Othman, y los reemplazó con musulmanes de antigua estofa, con Defensores sobre todo. Triunfaban los ortodoxos, iban á recobrar el poder y á anonadar á los nobles de las tribus y á los Onmiadas, aquellos convertidos de ayer, que creían ser los pontífices y los doctores de mañana.

Poco duró su regocijo; la division estalló en el mismo cenáculo. Comprando á los asesinos de Othman, cada uno de los triunviros habia contado con el califato. Engañados en sus esperanzas Talha y Zobair despues de haber sido obligados, puñal al pecho, á prestar juramento á su feliz competidor, dejaron á Medina para juntarse á la ambiciosa y pérfida Aixa, viuda del Profeta, que antes habia conspirado contra Othman, pero que escitaba ahora al pueblo á vengar-

---

(1) Masudi, p. 194; Ibn-Badrún, p. 148.



le y á levantarse contra Alí, á quien odiaba con toda la intensidad del orgullo herido, porque una vez en vida de su esposo se había atrevido á dudar de su virtud.

Cuál sería el resultado de la lucha que se iba á empeñar? Ninguna prevision bastaba para adivinarlo. Los confederados no tenían sino un escaso número de soldados; Alí no contaba bajo sus banderas mas que á los asesinos de Othman y á los Defensores. Era la nacion quien debía pronunciarse por uno de los dos partidos.

Y la nacion permanecía neutral. Á la noticia del asesinato del buen anciano, un grito de indignacion resonó en todas las provincias del vasto imperio, y si hubiera sido menos conocida la complicidad de Zobair y de Talha, acaso estos hubieran podido contar con la simpatía de las masas, ya que pretendian castigar á Alí. Pero su participacion en este crimen no era un misterio para nadie. «¿Será pues preciso, respondieron los Árabes á Talha, en la mezaquita de Basora, será preciso enseñarte la carta en que nos escitabas á levantarnos contra Othman?—Y tú, dijeron á Zobair, no has inducido á la rebellion á los habitantes de Cufa?» Apenas hubo, pues, quien qui-

siera batirse por ninguno de estos dos hipócritas á quienes confundian en su comun desprecio. Esperando, procuraban conservar cuanto fuera posible el estado de cosas establecido por Othman y los gobernadores nombrados por él. Cuando el oficial á quien Alí habia dado el gobierno de Cufa, quiso presentarse en su destino, salieron á su encuentro los Árabes de esta ciudad y le declararon sin rodeos que exigian el castigo de los asesinos de Othman, que pensaban conservar al gobernador que tenian, y que á él le romperian la cabeza si no se marchaba al momento. El Defensor que debía gobernar la Siria fué detenido por algunos caballeros en la frontera. «Á qué vienen aquí?» le preguntó el gefe.—Á ser tu emir.—Si es otro que Othman quien te envía, lo mejor que puedes hacer es volver piés atrás.—Acaso se ignora aquí lo que há pasado en Medina?—Lo sabemos perfectamente, y por eso te aconsejamos volverte por donde has venido.» El Defensor fué lo bastante prudente para aprovecharse del consejo.

En fin, Alí halló amigos de accidente, servidores de ocasion entre los Árabes de Cufa que ganó á su cáusa no sin trabajo, prome-

tiéndoles establecer en esta ciudad su residencia, elevandola así al rango de capital del imperio. Con su auxilio ganó «la batalla del camello» que le libró de sus competidores; Talha fué herido de muerte, Zobair asesinado en la fuga y Aixa solicitó y obtuvo su perdón. Fué principalmente á los Defesores que formaban la mayor parte de la caballería, á quienes se atribuyó el honor de esta victoria (1).

Desde entonces quedó Alí dueño de la Arabia, del Irac y del Egipto, lo que quiere decir que su autoridad no era declaradamente desobedecida en estas provincias; pero si se le servía era con una frialdad extrema y una evidente aversion. Los Árabes del Irac, cuyo concurso le importaba más, sabian siempre encontrar pretextos para no marchar cuando se les ordenaba: en invierno hacía demasiado frio, en verano demasiado calor. (2)

Solo la Siria reusaba constantemente reconocerle. Aunque Moawia hubiera querido no hubiese podido hacerlo sin mancillar

---

(1) Véase Masudi, p. 204-206

(2) Palabras del mismo Alí, hablando con los Árabes del Irac («apud» Reiske, nota sobre Abufeda, t. I, p. 67.)

su honor. Aun hoy dia el Fellah egipcio tan degenerado y oprimido como está, venga la muerte de sus parientes, mas que sepa ha de pagar con la cabeza (1) su venganza. ¿Podia, pues, Moawi dejar impune el asesinato de aquél cuyo abuelo era hermano del suyo? Podia someterse á el hombre que contaba entre sus generales los asesinos? Y sin embargo, no le arrastraba la voz de la sangre, sino una ardiente ambicion. ¿Quererlo hubiera podido salvar acaso á Othman, marchando con un ejército en su ayuda. Pero de qué le hubiera servido esto? Salvado Othman, hubiera quedado como estaba, gobernador de la Siria. Él mismo lo ha confesado: desde que el Profeta le dijo: «si obteneis el gobierno conduciros bien;» no habia tenido más fin, más anhelo, ni más pensamientos que obtener el califato. (2) Ahora le favorecian admirablemente las circunstancias; despues de haberlo esperado todo á todo podia atreverse. Su designio iba á cumplirse: no mas temor, no mas escrúpulo, tenia á su disposicion una justa cáusa, y podia contar con los Árabes de la Siria, suyos en cuerpo y alma. Cortés,

---

(1) Burckhardt, p. 178.

(2) Nawawí, p. 565.

amable, generoso, conoedor del corazon humano, dulce ó severo segun las circunstancias, habia sabido conciliarse su afecto y su respeto por sus cualidades personales. Habia además entre ambos comunidad de miras, sentimientos é intereses. Entre los Sirios el Islamismo habia quedado letra muerta, una fórmula vaga y confusa, cuyo sentido en ningun modo trataban de profundizar; repugnaban los deberes y los ritos que impone esta religion, profesaban ódio inveterado á los nuevos nobles que no tenían otros títulos para mandarlos, que el de haber sido compañeros de Mahoma, y echaban de menos la preponderancia de los jeques de tribu. Si los hubieran dejado, hubieran caido sobre las dos ciudades santas para saquearlas, incendiarlas y pasar sus habitantes á cuchillo. El hijo de Abu-Sofyan y de Hind, participaba de sus deseos, de sus aprensiones, de sus resentimientos y de sus esperanzas. Hé aquí la verdadera razon de la simpatía que reinaba entre súbditos y príncipe, simpatia que se mostró de una manera conmovedora cuando Moawia, despues de un largo y glorioso reinado, exhaló el último suspiro y fué preciso tributarle los últimos honores. El emir á quien

Moawia habia confiado el mando hasta que Yezid, heredero del trono llegara á Damasco, ordenó que el féretro fuera llevado por los parientes del ilustre difunto; pero cuando en el dia de los funerales comenzó á desfilar el cortejo, dijeron los Sirios al emir: «Mientras que vivió el Califa hemos tomado «parte en todas sus empresas; nuestros han «sido sus goces y sus penas. Permitidnos «pues, que tambien ahora reclamemos nues- «tra parte.» Y cuando el emir accedió á su peticion, todos quisieron tocar, aunque no fuera mas que con la punta de los dedos la caja en que descansaban los restos mortales de su amado príncipe, tanto, que desgarraron el paño mortuario. (1)

Desde los primeros pasos Alí pudo convencerse de que los Sirios hacian suya la causa de Moawia. «Cada dia, le decian, vienen cien mil hombres á la Mezquita á llover sobre la túnica ensangrentada de Othman, y todos han jurado vengarle de tí.» Seis meses habian pasado desde el asesinato, cuando Alí, vencedor en la «batalla del camello», intimó la sumision á Moawia, por última vez. Este, enseñando la túnica ensangrentada á los Árabes reunidos en la

---

(1) «Rahian,» fol. 200 r.

mezquita, les pidió su parecer. Mientras habló se le escuchó con un silencio respetuoso y solemne; cuando hubo concluido, uno de los nobles tomando la palabra en nombre de todos le dijo con esa deferencia que viene del corazón. «Príncipe, á tí te toca aconsejar y mandar; á nosotros obedecer y obrar.» En seguida se publicó por todas partes esta orden: «Que todo individuo que se halle en estado de tomar las armas, marche sin demora á sus banderas, y el que á los tres días no se presente en su puesto, sea castigado con pena capital.» Ninguno faltó al llamamiento. El entusiasmo fué general y era sincero; íbase á combatir por una causa verdaderamente nacional. La Siria sola suministró mas soldados á Moawia, que dieron á Alí todas las otras provincias juntas. Este comparaba con dolor el celo y la lealtad de los Sirios á la tibia indiferencia de sus Árabes del Irac. «Cambiaría de buena gana diez de vosotros por uno de los soldados de Moawia, les dijo. (1) Por Dios! ha de triunfar el hijo de la comedora de hígado! (2).»

Parecia que la diferencia debia ventilarse

---

(1) Masudi, man. 537 «d.» fól. 159 r.

(2) Weil, t. I, p. 217, en la nota.

con la espada en las llanuras de Ciffin, en la orilla occidental del Eufrates. Sin embargo, desde que los dos ejércitos enemigos se encontraron frente á frente, pasaron muchas semanas en negociaciones infructuosas y en escaramuzas, que aunque sangrientas, no produjeron resultado alguno. Por ambas partes se evitaba todavía un combate general y decisivo. En fin, cuando fracasó toda tentativa de avenencia, se dió la batalla. Los antiguos compañeros de Mahoma combatieron en esta ocasion con la misma rabia fanática que cuando forzaban á los Beduinos á elegir entre el Mahometismo y la muerte. Á sus ojos, los Árabes de Siria eran verdaderamente paganos. «Os lo juro, decia Ammar, nonagenario entonces; nada podrá ser mas meritorio delante de Dios que combatir á esos impios. Si sus lanzas me matan moriré mártir de la verdadera fé. Seguidme compañeros del profeta! Las puertas del cielo se abren para nosotros, las huris nos esperan!» (1) Y lanzándose en lo mas recio de la pelea combatió como un leon hasta que espiró acribillado de heridas. Por su parte los Árabes del Irac, viendo que

(1) Weil, t. I, pág. 225.





se trataba de su honor combatieron mejor de lo que se hubiera creído, y la caballería de Alí dió una carga tan vigorosa que los Sirios perdieron terreno. Viendo la batalla perdida, Moawia ponía ya el pié sobre el estribo para emprender la fuga, cuando se le acercó Amr hijo de Ací.

—Y bien le dijo el príncipe, tú que te vanaglorias de saber salir siempre de un apuro, has hallado algun remedio á la desdicha que nos amenaza? Acuérdate que te he prometido el gobierno del Egipto en caso de que triunfara, y dime lo que debo hacer. (1)

—Preciso es, le respondió Amr, que mantenía inteligencia en el ejército de Alí, preciso es ordenar á los soldados que tengan un ejemplar del Coran, que lo aten á la punta de sus lanzas, y vos direis al mismo tiempo que apelais á la decision del libro. El consejo es bueno, yo os respondo de ello.

En la hipótesis de una derrota eventual, Amr había concertado ántes esta escena teatral con muchos gefes del ejército enemigo, (2) de los cuales el principal era

---

(1) «Raihan,» fól. 197, Masudi, fól. 231 r.

(2) Véase á Weil, t, I, p. 227.

Achath, el hombre mas pÉrfido de esta Épo-  
ca. No tenia motivo para estar demasiado  
ligado al Islamismo ni á sus fundadores;  
este Achath que cuando era todavia paga-  
no y gefe de la tribu de Kinda llevaba orgu-  
llosamente el título de rey, y cuando hubo  
adjurado el Islamismo bajo Abu-Beer, vió  
á los musulmanes cortar la cabeza á todos  
los que guarnecian su fortaleza de Nodjair.

Moawia siguió el consejo que le habia  
dado Amr, y ordenó atar los Coranes á las  
lanzas. El santo libro era escaso en aquel  
ejército de ochenta mil hombres; apenas se  
hallaron quinientos ejemplares. (1) Pero es-  
to bastó á los ojos de Achath y de sus ami-  
gos que, cercando al Califa le dijeron:

—«Aceptamos la decision del libro de  
Dios, queremos una suspension de armas!

—Es un ardid, un lazo infame dijo Alí  
trémulo de indignacion; ¿acaso saben lo que  
es el Coran esos Siríos que violan sin cesar  
sus mandamientos?

—Pero puesto que combatimos por el li-  
bro de Dios, es fuerza que no le recusemos.

—Nos batimos para obligar á estos hom-  
bres á someterse á las leyes de Dios; ellos

---

(1) Maeudi, fól. 231 r.

se han levantado contra el Omnipotente y arrojado léjos de sí su santo libro. ¿Creeis que ese Moawia, y ese Amr, y ese «hijo del infierno» y todos los que le siguen, creeis que se cuidan ellos de la religion ni del Coran? Yo los conozco mejor que tú, yo los he conocido cuando niños, y los he conocido cuando hombres, y hombres y niños fueron siempre unos malvados. (1)

—No importa, ellos apelan al libro de Dios y vos á la espada.

—Ay! bien veo que quereis abandonarme. Id, pues, id á juntar los restos de la coalicion formada en otro tiempo para combatir á nuestro Profeta! Idos á reunir con esos hombres que dicen: «Dios y su Profeta impostura y mentira!»

—Enviad inmediatamente á Achtar (el general de caballeria) la órden de batirse en retirada, si nó os espera la suerte de Othman. (2)»

Conociendo que no retrocederian, caso de necesidad, ante la egecucion de esta amenaza, Alí cedió. Dió la órden de retirada al general victorioso, que entretanto perseguía á los enemigos, picándoles la retaguardia.

(1) Masudi, fól. 232 r y v.

(2) Chahrastani, p. 85, 86.

Pero Achtar reusó obedecer. Entónces comenzó un nuevo tumulto. Alí reiteró su órden. «Mas el Califa no sabe, contestó el bravo Achtar, que la victoria es nuestra? Me obligará á volver atrás en el momento mismo en que el enemigo vá á experimentar una completa derrota?—Y de qué serviría tu victoria? le respondió uno de los mensajeros, Arabe del Irac, si Alí fuera muerto entretanto?»

Á despecho suyo, el general mandó tocar retirada.

Este dia, el ex-rey de los Kínda pudo saborear las dulzuras de la venganza; él fué el que comenzó la ruina de aquellos piadosos musulmanes que le habian despojado de su reino, y degollado á sus contributos en Nodjair. Alí lo envió á Moawia, para preguntar á este cómo entendia que la discordia se habia de decidir por el Coran. «Alí y yo, respondió Moawia, nombrarémos un árbitro cada uno. Estos dos árbitros decidirán, segun el Coran cuál de nosotros tiene mas derecho al califato: «en cuanto á mí, elijo á Amr hijo de Ací.»

Cuando Achath hubo trasmitido esta respuesta á Alí, éste quiso nombrar á su primo Abdallah hijo de Abbás. No se le permitió:

este próximo parlante le dijeron, será demasiado parcial. Después cuando Alí propuso á su bravo general Achath: Quién sino él lo ha puesto todo en combustion? dijeron. «No queremos, decia el pérfido Achath, no queremos mas árbitro que Abu-Muza.

—Pero este hombre me guarda rencor porque le he quitado el gobierno de Cufa, contestó Alí, me ha hecho traicion, ha impedido á los Árabes del Irac seguirme á la guerra, cómo puedo confiarle mis intereses? —No queremos mas que á ese, le contestaron, renovando las amenazas mas horribles. En fin, Alí cansado de la porfía, dió su consentimiento.

Al punto, doce mil soldados abandonaron su causa, después de haber intentado en vano, hacer que declarase nulo el tratado que acababa de concluir, que consideraban un sacrilegio, pues que la decision de la diferencia no pertenecía á los hombres, sino solo á Dios. Acaso habia traidores entre ellos, si es cierto como se asegura que Achath era de aquel número; mas la mayor parte eran «piadosos lectores del Coran,» muy devotos de la religion, muy ortodoxos, pero que comprendian la ortodoxia de otro modo que Alí y la nobleza medinesa. Indig-

nados hacia mucho tiempo, de la depravacion y de la hipocresía de los compañeros de Mahoma, que se servian de la religion como medio para realizar sus proyectos de ambicion mundana, estos «no-conformistas,» (1) habian resuelto separarse de la iglesia oficial á la primera ocasion. Republicanos y demócratas en religion como en política, y moralistas austeros pues que asimilaban el pecado grave á la incredulidad, presentaban muchos puntos de contacto con los Independientes ingleses del siglo XVII, con el partido de Cromwel. (2)

El árbitro nombrado por Ali, fué engañado por su colega, segun unos; segun otros, engañó á su señor. Sea lo que quiera, la guerra volvió á comenzar, Ali experimentó desgracia sobre desgracia, revés sobre revés. Su feliz rival le quitó primero el Egipto, luego la Arabia. Dueño de Medina, el general sirio dijo desde el púlpito: «Ausitas «y Kazradjitas! ¿Dónde está ahora el venerable anciano que ocupaba este lugar?..... «Por Dios! si no temiera la cólera de Moawia mi señor, no habia de perdonar á nin-

---

(1) En árabe «Khawaridj.»

(2) Mas adelante, tendremos ocasion de volver á ocuparnos de esta notable secta.

«guno de vosotros!... Prestad juramento á «Moawia, sin segunda intencion y os recibirá en su gracia.» La mayor parte de los Defensores estaban entonces en el ejercito de Alí; los demás se dejaron arrancar el juramento. (1)

Poco despues Alí pereció victimade la venganza de una jóven no conformista, cuyo padre y hermano había hecho decapitar y que pedida en matrimonio por su primo exigió como precio de su mano la cabeza del Califá. (661)

Su hijo Hasan fué el heredero de sus pretensiones al califato. Era poco á propósito para jefe de un partido: indolente y sensual, prefería una vida dulce, tranquila y opulenta, á la gloria, al poder y á los cuidados del trono. El verdadero jefe del partido fué desde aqui en adelante el Defensor Cais, hijo de Sad, hombre de colosal estatura, de formas atléticas, tipo magnifico de la fuerza material, y que se habia distinguido en cien batallas, por su gran valor. Su piedad era ejemplar: en ocasiones cumplia sus deberes religiosos con peligro de su vida. Un dia que se inclinaba haciendo oracion, vió una gran serpiente en el sitio

---

(1) Weil, t. I, p. 246.

en que iba á poner la cabeza. Demasiado escrupuloso para interrumpir su plegaria, la continuó, colocando tranquilamente la cabeza al lado del reptil. La serpiente le rodeó el cuello, pero sin hacerle daño. Cuando concluyó su rezo, cogió la serpiente y la arrojó á lo léjos. (1) Este devoto musulman odiaba á Moawia, no solo porque lo miraba como el enemigo de sus contributos en general, y de su familia en particular, sino tambien porque lo tenia por incrédulo, no habiendo nunca querido convenir en que Moawia fuese musulman. Estos dos hombres se detestaban tanto, que cuando Cais era todavia gobernador de Egipto por Alí, entablaron correspondencia únicamente para tener el gusto de injuriarse. El uno ponía á la cabeza de su carta: «Judio, hijo de judio!» y el otro le contestaba: «Paganos, hijo de paganos! Has adoptado el Islamismo á tu pesar, por miedo, pero lo has abandonado con plena voluntad. Tu fé; si tienes alguna, es de ayer, pero tu hipocresia es ya antigua.» (2)

Desde el principio Hasan disimuló muy mal sus intenciones pacíficas. «Tended la

---

(1) Masudi, p. 278.

(2) Mobarrad, p. 304, 305; Masudi, p. 277.



«mano, le dijo Cais, yo os prestaré juramento cuando hayais jurado antes conformaros al libro de Dios como á leyes dadas por el Profeta y combatir á nuestros enemigos.— «Juro, respondió Hasan, conformarme á lo que es eterno, al libro de Dios y á las leyes del Profeta. Vos os obligareis por vuestra parte á obedecerme, combatiréis á los que yo combata y haréis la paz cuando yo la haga.» Se le prestó juramento, pero sus palabras habian producido muy mal efecto. «No es este el hombre que necesitamos, se decian, no quiere la guerra.» Para los Defensores todo estaba perdido si Moawia triunfaba. No tardaron en realizarse sus temores. Durante muchos meses, aunque Hasan pudo disponer de un ejército bastante considerable, permaneció inactivo en Madaín; probablemente trataba ya con Moawia. Al fin envió á Cais hácia la frontera de Siria, pero con tan pocas tropas que el bravo defensor fué abrumado por el número. Habiendo llegado los fugitivos á Madaín en el mayor desorden, maltrataron á Hasan que si no los habia entregado al enemigo, jugaba por lo menos un papel ambigüo. Entonces Hasan se apresuró á concluir la paz con Moawia, obligándose á no preten-

der el califato. Moawia le aseguró una magnífica pensión y prometió la amnistia á sus partidarios.

Todavía sin embargo, Cais contaba bajo sus órdenes cinco mil hombres, que á la muerte de Alí se habian afeitado la cabeza en señal de duelo. Con esta pequeña hueste queria continuar la guerra, pero no conociendo si sus soldados participaban de su ardiente entusiasmo les dijo: «Si quereis seguirnos combatiendo y nos haremos matar hasta el último ántes que rendirnos, pero si quereis pedir «el aman» yo os lo procuraré; elegid.» Los soldados optaron por el aman. (1) Cais acompañado de sus principales contributos, marchó cerca de Moawia y pidió gracias para él y los suyos, recordándole las palabras del Profeta que en su lecho de muerte habia recomendado á los Defensores, á los otros musulmanes diciendo: «Honrad y respetad á estos hombres que han dado asilo al profeta, y preparado el triunfo de su causa.» Al concluir su discurso, dió á entender que los Defensores se creerian dichosos si queria aceptar sus servicios, pues que á pesar de su devocion á

---

(1) Abu-'l-mahasin; t. I, p. 113.

pesar de su repugnancia á servir á un incrédulo, no podian conformarse con la idea de perder sus puestos elevados y lucrativos. Moawia respondió en estos términos: «No «concibo, Defensores, qué títulos teneis á mis «bondades. Por Dios! no habeis sido mis «mas encarnizados enemigos? ¿No sois vos- «otros los que en la batalla de Ciffin habeis «estado á pique de causar mi ruina cuan- «do vuestras refulgentes lanzas llevaban la «muerte á las filas de mis soldados? Las sá- «tiras de vuestros poetas han sido para «mí otros tantos alfilerazos, y cuando Dios «ha afirmado lo que queriais destruir me «decís: Respetad la recomendacion del Pro- «ferá? Nó, nosotros somos incompatibles.» Herido en su orgullo Cais cambió de tono: «Nuestro título á vuestras bondades es, di- «jo, el de ser buenos musulmanes, y á los «ojos de Dios esto basta; verdad es que los «que se coaligaron para combatir al Profeta, «tienen otros títulos para vos; no se los en- «vidiamos. Hemos sido vuestros enemigos, «es cierto, pero si hubieseis querido, hubié- «rais podido evitar la guerra. Nuestros poe- «tas os han perseguido con sus sátiras; bien «está; lo que han dicho de falso será olvi- «dado; lo que han dicho de verdadero, que-

«dará. Vuestro poder se ha asegurado, lo  
«sentimos. En la batalla de Ciffin, cuando  
«estuvimos á punto de causar vuestra pér-  
«dida, combatiamos bajo la bandera de un  
«hombre que pensaba obrar bien obedecien-  
«do á Dios. En cuanto á la recomendacion  
«del Profeta, el que creé en él se conforma  
«á ella, mas pues que decís que hay incom-  
«patibilidad entre nosotros, solo Dios podrá  
«impediros ¡oh Moawia! hacer el mal en ade-  
«lante.—Retiraos al punto!» le gritó el Ca-  
lifa indignado de tanta audacia. (1)

Los Defensores habian sucumbido. El poder volvía naturalmente á los jeques de tribu, á la nobleza antigua, y sin embargo, los Sirios no estaban satisfechos, habian esperado saborear el placer de una venganza completa. La moderacion de Moawia no se lo permitió, pero ya llegará el dia en que se comience de nuevo; ellos lo esperan, y cuando llegue, habrá un combate á muerte. En cuanto á los Defensores, el despecho, la cólera y la rábía les devoraban las entrañas. Mientras que viviera Moawia, el poder de los Omeyas estaba demasiado sólidamente establecido, para que pudiesen

---

(1) Masudi, p. 277, 278.

intentar nada; pero Moawia no era inmortal, y lejos de estar desalentado los Medineses se preparaban á nueva lucha.

En este intervalo de forzada inaccion, la tarea de los guerreros pasó á los poetas; por ambas partes el ódio se exhalaba en sangrientas sátiras. Además se porfiaba sin cesar, habia continuos chismes y vejaciones incesantes; los Sirios y los príncipes Onmiadas no perdonaban ocasion de mostrar á los Defensores su ódio y su menosprecio, y estos les pagaban en la misma moneda. (1)

---

(1) Véase «Rahian», fól. 138 r;—139 r. «Noaveau Journ. asiat.», t. XIII, p. 265-297; «Raihan» fól. 139 r. y v. 140 r.; Masudi, 537 «d», fól. 141 r. y v.

---

## IV.

Moawia, antes de su muerte, habia recomendado á su hijo Yezid que tuviera constantemente fijos los ojos sobre Hosain, hijo segundo de Alí (Hasam el primogénito habia muerto), y sobre el emigrado Abdallah, hijo de aquel Zobair que habia disputado el trono al yerno del Profeta. Estos dos hombres eran en efecto, peligrosos. Habiendo Hosain tropezado con Abdallah en Medina, donde ambos vivian, le dijo: «Tengo motivos fundados para creer que el Califa ha muerto.—¿Qué vás ha hacer en este caso?» le preguntó Abdallah.—Nunca, replicó Hosain, nunca reconoceré á Yezid por soberano; es un borracho, un libertino y tiene una pasion frenética por la caza.» El otro

se calló, pero el pensamiento de Hosain era tambien el suyo.

Yezid I no tenia ni la moderacion de su padre ni su respeto á las conveniencias, ni su amor al ócio y á las comodidades. Era la fiel imágen de su madre, altiva Beduina, que como ella decia en hermosos versos, prefería el silbido de la tempestad en el Desierto á la mejor música, y un pedazo de pan, bajo la tienda, á los manjares esquisitos que la ofrecian en el soberbio palacio de Damasco. Educado por ella en el Desierto de los Beni-Kelb, Yezib trajo al trono las cualidades de un jóven jeque de tribu, más bien que las de un monarca y un soberano pontífice. Menospreciando el fáusto y la etiqueta, afable con todo el mundo, (1) jovial, generoso, elocuente, buen poeta, amante de la caza, el vino, el baile y la música, tenia pocas simpatías por la fria y austera religion, de que el azar le habia hecho jefe, y contra la que su abuelo habia combatido inutilmente. La devocion, muchas veces falsa, la piedad muchas veces ficticia de los veteranos del Islamismo, repugnaba á su

---

(1) «Nullam umquam sibi regalis fastigii causa gloriam appetivit, sed cum omnibus civiliter vixit. Isidoro de Beja, c. 18.

franco natural, no disimulaba su predilección por el tiempo que los teólogos llamaban «de la ignorancia,» abandonándose sin escrúpulo á placeres prohibidos por el Corán; gustaba de satisfacer todos los caprichos de su espíritu fantástico y veleidoso, y no se reprimía por nadie.

Se le aborrecía, se le execraba en Medina;—en la Siria se le adoraba de rodillas, (1) Como de ordinario, el partido de los antiguos musulmanes contaban jefes en abundancia, y carecía de soldados. Hosain que, despues de haber engañado la vigilancia del demasiado crédulo gobernador de Medina, se habia refugiado con Abdallah en el territorio sagrado de la Meca, recibió pues con extraordinaria alegría cartas de los Árabes de Cufa, que le instaban vivamente á ponerse á su cabeza, prometiendo reconocerle por Califa y hacer que se declarára en su fa-

---

(1) «Vir nimium gratissime habitus,» Isidoro. Todo lo que dice este autor casi contemporáneo acerca de el carácter de los Omeyas es de gran interés pues reproduce la opinion de los Sirios establecidos en España, mientras que los escritores arábigos mucho ménos antiguos por otra parte, juzgan por lo comun á estos principes con el criterio de los medineses.—Véase tambien la elegia á la muerte de Yezid en Wirght «Opuscula Arábica,» p. 118, 119.



vor toda la poblacion del Irac. Los mensajeros de Cufa se sucedían rápidamente, el último era portador de una peticion monstruosa: las firmas que contenía no llenaban menos de ciento cincuenta fojas. En vano amigos previsores le suplicaban y le conjuraban que no se lanzára en tan audáz empresa, y que desconfiára de las promesas y del ficticio entusiasmo de unas gentes que habian engañado y hecho traicion á su padre: Hosain, enseñando con orgullo las innumerables peticiones que habia recibido, y que, como él decía, á un camello le costaría trabajo trasportar, prefirió escuchar los consejos de su funesta ambicion. Obedeció á su destino, partió para Cufa con gran contento de su pretendido amigo Abdallah que, incapáz de luchar en la opinion pública contra el nieto del Profeta, se regocijaba para sus adentros viéndole caminar voluntariamente á su perdicion, y llevar espontáneamente su cabeza al verdugo.

La devocion no entraba para nada en la adhesion que el Irac mostraba á Hosain. Esta provincia se hallaba en una situacion escepcional. Moawia, aunque originario de la Meca, habia fundado una monarquía

esencialmente siriaca. En su reinado, la Siria llegó á ser la provincia preponderante. Damasco fué desde entónces la capital del Imperio:—en el califado de Alí, Cufa habia tenido este honor. Heridos en su orgullo los Árabe del Irac, mostraban desde luego un espíritu muy turbulento, muy sedicioso, muy anárquico, muy árabe en una palabra. La provincia llegó á ser la cita de todos los tramoyones políticos, y el asilo de los ladrones y de los asesinos. Entónces Moawia confió su gobierno á Ziyad su hermano bastardo. Ziyad no contuvo las cabezas alborotadas, las cortó. No saliendo nunca sino rodeado de soldados, de agentes de policía y de verdugos, ahogaba con mano de hierro la menor tentativa de turbar el órden político ó social. Pronto la mas completa sumision y la mayor seguridad reinaron en la provincia; pero al mismo tiempo, el mas horrible despotismo. Hé aquí por que el Irac estaba pronto á reconocer á Hosain.

Pero ya el miedo dominaba los ánimos, más de lo que los mismos habitantes de la provincia sospechaban. Ziyad no existía, pero habia dejado un hijo digno de él, que se llamaba Obaidallah. A este fué á quien Yazid confió la tarea de sofocar la conspira-

cion en Cufa, pues que el gobernador de la ciudad, Noman, hijo de Baxir, daba prueba de una moderacion que parecia sospechosa al Califa. Saliendo de Basora á la cabeza de sus tropas Obaidallah, mandó hacer alto á alguna distancia de Cufa. Luego, habiéndose puesto un velo para ocultarse el rostro, entró en la ciudad al anochecer, acompañado de solo diez hombres. A fin de sondear los intentos de sus habitantes, habia apostado en su camino algunas personas que le saludaron como si fuera Hosain. Muchos vecinos, de la nobleza, le ofrecieron al punto hospitalidad, pero el supuesto Hosain desechó sus ofertas, y rodeado de una multitud tumultuosa que gritaba: ¡viva Hosain! se fué derecho al castillo. Noman hizo cerrar las puertas precipitadamente. «Abrid, le dijo Obaidallah, á fin de que pueda entrar el nieto del Profeta.»—¡Volveos por donde habeis venido! le respondió Noman; preveo vuestra ruina y no quisiera que se pueda decir: Hosain, el hijo de Alí, ha sido muerto en el castillo de Noman.» Satisfecho con esta respuesta Obaidallah se quitó el velo con que encubria el rostro. Reconociendo su fisonomía, la multitud se dispersó al punto llena de terror y espanto, mien-

tras que Noman vino á saludarlo respetuosamente suplicándole entrase en el Castillo. A la mañana siguiente Obaidallah anunció al pueblo reunido en la mezquita, que seria un padre para los buenos y un verdugo para los malos. Hubo una sedicion, pero fué reprimida; desde entónces nadie se atrevió á hablar mas de rebelarse.

El desdichado Hosain, supo estas fatales nuevas cerca de Cufa. Apenas llevaba consigo un centenar de hombres, parientes en su mayor parte; sin embargo continuó su camino, la loca y ciega credulidad, que parece ser como el sino de los pretendientes, no le abandonó: estaba convencido de que en llegando á las puertas de Cufa sus habitantes se armarian en su favor. Cerca de Kerbelá, se encontró frente á frente con las tropas que Obaidallah habia enviado á su encuentro, ordenándoles espresamente que lo trajesen muerto ó vivo. Obligado á rendirse parlamentó. El general de las tropas omeyas no cumplió sus órdenes, vacilaba. Era un Coreiscita, hijo de uno de los primeros discípulos de Mahoma, y le repugnaba la idea de verter la sangre de un hijo de Fátima. Pidió, pues, nuevas instrucciones á sus jefes haciéndoles saber las proposiciones de

Hosain. Habiendo recibido este mensaje, el mismo Obaidallah tuvo un momento de duda. «Y qué! le dijo entónces Chamir, noble de Cufa y general del ejército onmiada, Arabe de los antiguos como su nieto, al que más tarde hemos de encontrar en España; y qué! la suerte ha puesto al enemigo en vuestras manos, y le vais á dejar ir? No, es preciso que se rinda á discrecion.»

Obaidallah dió la órden en este sentido al general de sus tropas; Hosain reusó rendirse sin condiciones, y sin embargo, no se le atacó. Entónces Obaidallah mandó nuevas fuerzas con Chamir, á quien dijo: «Si el coreiscita persiste en no querer pelear le «cortarás la cabeza y tomarás el mando.» (1) Pero una vez llegado Chamir al campo, no dudó más el coreiscita, y dió la señal de ataque. En vano gritaba Hosain á sus enemigos: «Si creéis en la religion fundado por mi «abuelo, cómo podreis justificar vuestra conducta el dia de la resurreccion?» — En vano lahizo atar Coranes á las lanzas: — dada órden por Chamir, se le cargó espada en mano, y se le mató. Casi todos sus compañeros quedaron en el campo de batalla, des-

---

(1) Ibn-Badrún, p. 164.

pues de haber vendido caramente sus vidas.  
(10 de Octubre de 680.)

La posteridad que siempre se conduce de la suerte de los pretendientes desgraciados y que de ordinario tiene poco en cuenta el derecho, el reposo de los pueblos y las desgracias que produce una guerra civil, si nó se sofoca en sus principios,—la posteridad ha visto en Hosain la víctima de un crimen abominable. El fanatismo persa hizo lo demás: ha imaginado un santo donde no habia mas que un aventurero, precipitado á su perdicion por una estraña aberracion de ideas, y una ambicion que rayaba en delirio. La inmensa mayoria de sus contemporáneos lo juzgaba de otro modo: veia en Hosain un perjuro, reo de alta traicion puesto que en vida de Moawia habia prestado juramento de fidelidad á Yezid, y que no tenia ningun título ni podia ostentar ningun derecho para pretender el califato.

El que ocupó la plaza de pretendiente que la muerte de Hosain acababa de dejar vacante, fué menos temerario, y se creyó mas hábil. Era Abdallah, hijo de Zobair. Habia sido ostensiblemente amigo de Hosain, pero sus verdaderos sentimientos no eran un misterio ni para este ni para sus amigos. «Qué-

«date tranquilo y satisfecho, hijo de Zobair,» habia dicho Abdallah hijo de Abbas cuando se hubo despedido de Hosain, despues de haberle conjurado inútilmente á no emprender el viaje de Cufa, y recitando tres versos muy conocidos entónces, continuó así: «El aire es libre para tí, oh golondrina! Pon tus huevos, gorjea y escarba cuanto quieras;.... hé aquí á Hosain que parte para el Irac y que te abandona el Hidjáz.» No obstante, aunque tomó secretamente el título de Califa, desde que la marcha de Hosain le dejó el campo libre, el hijo de Zobair fingió un profundo dolor cuando la noticia de la catástrofe de Hosain llegó á la ciudad santa, y se apresuró á pronunciar un discurso muy patético. Retórico por naturaleza, ninguno era mas ducho que él en la frase, ninguno poseia en igual grado el gran arte de disimular sus pensamientos y de fingir sentimientos que no experimentaba; ninguno sabia ocultar mejor la sed de riquezas y de poder que lo devoraban, bajo las nobles palabras de deber, de virtud, de religion y de piedad. En esto consistia el secreto de su fuerza, por esto se imponia al vulgo. Ahora que Hosain no podia hacerle sombra, lo proclamó Califa legítimo, elogiósus virtu-

des y su piedad, prodigó los epítetos de perfidos y engañadores á los Árabes del Irac, concluyendo su discurso con estas palabras que Yezid podia aplicarse, si lo juzgaba conveniente: «Jamás se vió á este santo varon preferir la música á la lectura del Corań, los cantos afeminados á la compuncion producida por el temor de Dios, los desarreglos del vino al ayuno, los placeres de la caza á las conferencias destinadas á piadosas conversaciones.... No tardarán esos hombres en recoger el fruto de su conducta perversa.....» (1)

Preciso le era ganar ante todo á su causa á los jeques mas influyentes de los Emigrados; presentia que no podia engañarles tan fácilmente como á la plebe acerca de los verdaderos motivos de su rebellion, previó que encontraria obstáculos, sobre todo en Adballah, hijo del Califa Omar que era un hombre verdaderamente desinteresado, verdaderamente piadoso y muy perpicáz. Sin embargo, no se desalentó. El hijo del Califa Omar tenia una mujer tan devota como crédula. Era preciso comenzar por ella, demasiado lo sabia el hijo de Zobair, Fué,

---

(1) Nouveau Journ., t. IX, p. 332.



pues á verla, la habló con su facundia ordinaria de su celo por la causa de los Defensores, de los Emigrados, del Profeta y de Dios, y cuando vió que tan melosas palabras habian hecho en ella una profunda mella, la rogó persuadiese á su marido que lo reconociera por Califa. Ella le prometió hacer todo lo posible, y por la noche mientras servia la cena á su marido le habló de Abdallah, haciéndole los mayores elogios y concluyó diciendo: «Ah! verdaderamente no «busca mas que la gloria del Eterno!— «Vis- «tes tú, respondió friamente su marido, vis- «tes tú el magnífico cortejo que llevaba «Moawia en su peregrinacion, sobre todo, «aquellas soberbias mulas blancas cubiertas «de gualdrapas de púrpura y montadas por «jóvenes que deslumbraban con sus ador- «nos, coronadas de perlas y de diamantes; «has visto esto, no es verdad? Pues bien lo «que busca tu santo varon son aquellas mu- las.» Y continuó su cena sin querer escuchar mas. (1)

Ya hacia un año que el hijo de Zobair se hallaba en abierta rebelion contra Yezid, y este, sin embargo lo dejaba en paz. Era mas

---

(1) «Aghaniz, t. I p. 18; cf. Ibn-Bradrun, p. 199.

de lo que tenin derecho á esperar de parte de un Califa que no contaba la paciencia y la mansedumbre entre sus cualidades más acentuadas; pero juzgaba por una parte que Abdallah no era muy peligroso, puesto que mas prudente que Hosain no salia de la Meca, y por otra no queria sin que le obligara una necesidad absoluta, ensangrentar un territorio, que ya durante el paganismo habia gozado el privilegio de ser asilo inviolable de hombres y animales. Sabia demasiado que tal sacrilegio habia de colmar la irritacion de los devotos.

Pero su paciencia se agotó al cabo. Por última vez intimó á Abdallah que lo reconociera. Abdallah rehusó. Entonces enfurecido el Califa juró no recibir su juramento de fidelidad, sino cuando tuviera al rebelde en su presencia con el cuello y las manos cargadas de cadenas.

Pasado, sin embargo, el primer ímpetu de cólera, como era bueno en el fondo, se arrepintió de su juramento, y obligado, sin embargo á mantenerlo, imaginó un expediente para cumplirlo sin humillar demasiado el orgullo de Abdallah. Resolvió, pues, enviarle una cadena de plata, y con ella una soberbia capa, con la que podria cu-

brirse, á fin de ocultar la cadena á los ojos de todos.

Diez eran las personas á quienes el Califa designó para llevar estos singulares presentes al hijo de Zobair. Á su cabeza iba el Defensor Noman, hijo de Baxir, mediador ordinario entre el partido piadoso y los Onmiadas; sus cólegas menos conciliadores eran jeques de las diferentes tribus establecidas en la Siria.

Habiendo llegado los diputados al lugar de su destino, Abdallah como era fácil prever reusó aceptar los regalos del Califa, sin embargo Noman, léjos de desaminarse por esta negativa trató de atraerlo á la sumision con prudentes discursos. Estas conversaciones que por lo demás no produjeron ningun resultado, eran frecuentes y como permanecían secretas para los otros diputados, despertaron las sospechas de uno de ellos, de ibn-Idhah, jeque de la tribu de los Acharitas, la mas numerosa y la más potente en Tiberiades. (1) «Despues de todo, «pensaba, este Noman es un Defensor, y bien «podrá ser capáz de vender al Califa el que «es traidor á su partido y á su tribu.» Y uu

---

(1) Ahmed ibu-abi-Yacub, fól. 62 v.

dia que encontró á Abdallah llegóse á él y le dijo:

—«Hijo de Zobair, puedo jurarte que ese Defensor no ha recibido del Califa, mas instrucciones que las que se nos han comunicado á los demás. Es nuestro jefe, no hay otra cosa. Pero ¡por Dios! preciso es que te lo confiese no sé qué pensar de esas conferencias secretas. Un Defensor y un Emigrado son pájaros de la misma pluma y Dios sabe si se trama algo.

—Qué tienes tú que meterte? le respondió Abdallah con un aire de supremo desden. Mientras que esté aquí haré todo lo que me acomode. Soy aquí tan inviolable, como esa paloma que vez protegida por la santidad del lugar: no es verdad que no te atreverías á matarla, porque sería un crimen, un sacrilegio?

—¿Crees tú que me detendría semejante consideracion.

Y volviéndose hácia un paje que llevaba sus armas:

—Hola! muchacho, le dijo: mi arco y mis flechas.

Luego que el paje cumplió su mandato, cogió el jeque una flecha, la colocó en medio del arco, y comenzó á decir:

—Paloma, es dado al vino Yezid, hijo de Moawia? Si te atreves, dí que sí, y en este caso, por Dios! que te atravieso con esta flecha.... Paloma, pretendes tu despojar de la dignidad de califa á Yezid hijo de Moawia, separarte del pueblo mahometano y quedar impune, porque te hallas en un territorio inviolable? Di que este es tu pensamiento y te atravieso con este dardo.

—Bien ves que el ave no puede contestarte, le replicó Abdallah con ademan de lástima, pero pretendiendo en vano disimular su turbacion.

—Es verdad que el ave no puede responderme, pero tú si puedes, hijo de Zobair! .. Escúchame bien; yo te juro que has de prestar juramento á Yezid, de grado ó por fuerza, ó que verás flotar en este valle la bandera de los Acharitas, (1) y no he de respetar entonces poco ni mucho los privilegios que reclamas para este sitio.

El hijo de Zobair palideció ante esta amenaza. Trabajo le costaba creer tanta impiedad aun en un Sirio, y se aventuró á preguntar con voz tímida y temblorosa:

—Se atreverá alguno, por ventura, á co-

---

(1) Este era como se ha visto el nombre de la tribu de que era jeque Ibn-Idhah.

meter el sacrilegio de derramar sangre en este sagrado territorio?

—Se atreverá, respondió el jequesirio con entera calma, y que caiga la responsabilidad sobre el que ha elegido este lugar para conspirar contra el jefe del Estado y de la religion. (1)

Si Abdallah hubiera estado más convencido de que este jeque era el intérpetre de los sentimientos que animaban á sus compatriotas, acaso hubiera evitado entónces muchos males al mundo musulman, y á sí mismo, porque el hijo de Zobair vá á sucumbir; vá á sucumbir como habian sucumbido el yerno y el nieto del Profeta; como sucumbirán todos los musulmanes de antigua estofa; los hijos de los compañeros y de los amigos de Mahoma: inauditas desgracias, terribles catástrofes, nacidas unas de otras, era lo que á todos esperaba; sin embargo, á él todavía no le había llegado su hora. Estaba decretado por el destino que ántes la desgraciada Medina habia de expiar con una ruina completa y con el destierro y la muerte de sus hijos el funesto honor de haber ofrecido un asilo al Profeta

---

(1) «Aghani», t. I, p. 18.

fugitivo, y de haber dado á luz á los verdaderos fundadores del Islam á esos héroes fanáticos, que, sujugando la Arabia en nombre de una nueva fé, habian dado al Islamismo tan sangrienta cuna.

---

---

## V.

Érase el año de 682. El sol acababa de ocultarse detrás de las montañas que se estienden al Oeste de Tiberiades, cuya antigua grandeza hoy solo las ruinas atestiguan, pero que en la época de que hablamos, era la capital del distrito del Jordan, y la residencia temporal del Califa Yezid I. Iluminados por los argentinos rayos de la luna, los minaretes de las mezquitas y las torres de las murallas, se reflejaban en las límpidas y transparentes ondas del lago, de ese mar de Galilea que trae á la memoria del cristiano tantos recuerdos queridos, cuando una pequeña caravana, aprovechando la frescura de la noche, salió de la ciudad dirigiéndose al Mediodía.

En los nueve viajeros que á su frente



iban reconocíanse al punto personas de calidad; sin embargo nada denunciaba en ellos cortesanos del Califa, que por lo común no admitía en su intimidad sino á personas menos maduras, y de caras menos ceñudas y austeras.

Caminaron algun tiempo sin despegar los labios. Al cabo uno de los viageros rompió el silencio.

—Y bien, hermanos míos, qué pensais ahora de él? Confesemos al menos que ha sido generoso con nosotros. No son cien mil monedas lo que de él has recibido, hijo de Hanhala?

—Sí, esa suma me ha dado, replicó aquel á quien se dirigía la pregunta; pero bebe vino sin creer que es pecado; toca la guitarra, pasa el dia con perros de caza y la noche con salteadores de camino, comete incesto con sus hermanas y con sus hijas, no reza nunca, (1) en fin; no es evidente, que no tiene religion? ¿Qué haremos, hermanos míos? ¿Creeis que nos sea lícito tolerar por más tiempo á semejante hombre? Hemos sufrido quizá mas de lo que debíamos, y si

---

(1) Cf. Soyuti «Tarikh al-kholafá» p. 209, ed Lees.

continuáramos así, temo que han de llover piedras sobre nosotros. ¿Qué piensas de esto, hijo de Sinan?

—Voy á decírtelo, contestó éste. Así que nos hallemos en Medina de vuelta, debere-  
mos declarar solemnemente, que no obe-  
deceremos más á un libertino, hijo de li-  
bertin ), y enseguida lo acertaremos si pres-  
tamos homenaje al hijo de un Emigrado.

Cuando pronunciaba estas palabras, un  
hombre que venia por el lado opuesto cruzó  
el camino. El capuchon de su capa echado  
sobre su rostro, hubiera ocultado sus fac-  
ciones á las miradas de los viajeros, aun  
cuando la atencion de estos no estuviera  
enteramente absorvida en una conversacion  
que se animaba cada vez más.

En cuanto la carabana cesó de hallarse  
al alcance de su voz, el hombre del capu-  
chon se detuvo. Su encuentro era de mal  
agüero, segun las ideas de los árabes por-  
que era tuerto: ademas el ódio y la feroci-  
dad, sepintaban en la terrible mirada que,  
con su único ojo, lanzó á aquellos hombres  
que se perdian en lontananza, diciendo con  
una voz lenta y solemne: «Juro, que si al-  
guna vez te encuentro de nuevo y puedo  
matarte, te mataré hijo de Sinan, por mas

compañero de Mahoma que seas!» (1)

Ya habrán reconocido nuestros lectores á Medineses en los viajeros. Eran en efecto los hombres mas distinguidos de esta ciudad, casi todos Defensores ó Emigrados, y hé aquí la causa porqué habian venido á la Córte del Califa.

Habian aparecido en Medina síntomas de rebelion; habia allí gravísimas cuestiones respecto á las tierras de labor y á las plantaciones de palmeras, que Moawia comprara en otro tiempo á los habitantes de la ciudad, pero que estos reivindicaban ahora bajo pretesto de que Moawia reteniendo sus sueldos. los habia obligado á venderlas por la centésima parte. (2) El gobernador Othman, lisonjeándose con la esperanza de que el Califa, primo hermano, suyo, sabria calmar estas diferencias de un modo ó de otro, y que se conciliaria á los nobles Medineses, por su amable trato y su reconocida generosidad, propuso á estos nobles hacer el viaje á Tiberiades, en lo que consintieron ellos. Pero animado de las mejores intenciones, cometió una gran imprudencia, una

---

(1) Ibn-Kaldum, t. II, fól. 170 r., 169 r.; Samhudi, man. de Paris núm. 763 «bis» fól. 31 r.

(2) «Raihan,» fól. 200 v.; Samhudi «loco laudato.»

lijereza imperdonable. ¿Ignoraba acaso que los nobles Medineses no deseaban otra cosa que poder hablar como testigos oculares de la impiedad de su primo, á fin de escitar á sus conciudadanos á la rebeldia? En lugar de inducirlos á ir á la Córte del Califa, debió impedirselo á toda costa.

Lo que se podia preveer aconteció. Yezid, es verdad dispensó á los diputados una hospitalidad cordial y llena de consideraciones; estuvo generosísimo, dió al Defensor Abdallah, hijo de Handhala, (es decir, de un noble y valiente guerrero que murió en Ohod combatiendo por Mahoma, cien mil monedas de plata, y veinte ó diez mil, segun su categoría, á los demás diputados, (1) mas como él no se ataba por nada, y como su córte no fuera un modelo de recato ni de abstinencia, la libertad de sus costumbres, junto á su predileccion por los Beduinos, quienes, preciso es convenir en ello, tenian algo de salteadores cuando llegaba la ocasion, produjeron un escándalo terrible

---

(1) Weil, t. I, p. 326. El décimo diputado Mondhir hijo de Zobair, no acompañó á sus colegas á su vuelta á Medina, porque habia obtenido de Yezid el permiso de ir al Irac. Véase Ibn-Khaldun, fólío 169 r.

en aquellos austeros y rígidos ciudadanos enemigos naturales de los hijos del Desierto.

De vuelta en su ciudad natal, no dejaron que se agotase el asunto de la impiedad del Califa. Sus pláticas, quizás algo exajeradas, y sus diatribas llenas de una santa indignacion, hicieron tanta mella sobre ánimos, ya de suyo dispuestos á creer ciegamente todo lo malo que pudiera decirse de Yezid, que no tardó en pasar una escena extraordinaria en la mezquita. Reunidos allí los Medineses gritó uno de ellos: «Yo desecho á Yezid, como desecho á mi turbante» y lo arrojó: añadiendo luego; «confieso que Yezid me ha colmado de regalos, pero es un ébrio, un enemigo de Dios.» — «Y yo, dijo otro; desecho á Yezid, como desecho á mis sandalias;» un tercero: «yo como á mi capa;» el cuarto: «yo como á mi borceguí;» otros los imitaron y pronto; ¡extraño espectáculo! se vió en la mezquita, un monton de turbantes, de capas, de borceguíes y de sandalias.

Declarada así la caída de Yezid, resolvióse espulsar de la ciudad á todos los Omeyas. Notificóseles en consecuencia, que debían abandonarla sin demora, pero que antes habian de jurar, no ayudar á las hues-

tes que vinieran contra la ciudad, rechazarlas si les era posible, y caso de que no lo fuera, no volver con las tropas sirias. En vano intentó el gobernador Othman persuadir á los rebeldes de el peligro á que se exponian. «Pronto, les dijo, un numeroso ejército vendrá á anonadaros, y entonces os alegrarías de poder decir siquiera, que no arrojásteis á vuestro gobernador. Esperad al menos para obligarme á que me vaya, á que hayais obtenido la victoria. No os hablo así en mi interés, sino en el vuestro, pues quisiera impedir, que se derramara vuestra sangre.» Léjos de acceder á estos consejos, los Medineses lo llenaron de improperios lo mismo que á Yezid: «vamos á comenzar por tí, le replicaron; no tardarán en seguirte tus parientes.»

Los Omeyas estaban furiosos. «¡Qué asunto mas endiablado! ¡Qué religion mas infame! (1)» exclamó Merwan, que habia sido sucesivamente ministro del Califa Othman, y gobernador de Medina; pero que ahora no sin trabajo, pudo encontrar quien quisiera encargarse de su muger y de sus hi-

---

(1) Estas palabras se hallan en el «Aghani» p. 19. lín. 19; un pasage de Abu-Ismael al-Bazri («Fotuh as-Cham,» p. 237, l. 10) muestra, segun creo, que deben traducirse como las ha traducido.

jos. Era preciso, sin embargo, doblegarse á las circunstancias. Despues de prestar el juramento exigido, los Omeyas se pusieron en camino, perseguido por los silbidos del populacho, que llegó hasta á apedrearlos, mientras que el libertino Horaith, llamado el Saltador, porque, habiéndole hecho cortar un pié uno de los pasados gobernadores, andaba á saltos, aguijaba de continuo las cabalgaduras de estos infelices, arrojados como viles criminales de una ciudad que por tanto tiempo, habian gobernado como señores. Al fin llegaron á Dhu-Khochob, donde los desterrados debian permanecer hasta nueva órden.

Lo primero que hicieron, fué despachar correos á Yezid, para imponerle de su desgracia y pedirle socorro. Los Medineses lo supieron y enviaron unos cincuenta ginetes para arrojar á los Omeyas de su retiro. No dejó el Saltador de aprovechar esta nueva ocasion de satisfacer su venganza; él y uno de los miembros de la familia de Beni-Hazm (familia de Defensores, que habia facilitado el asesinato del Califa Othman, poniendo su casa á disposicion de los rebeldes,) aguijaban el camello que montaban Merwan, con tanta furia, que obligaron al animal á arro-

jar en tierra al caballero. Parte por temor, parte por compasion, Merwan bajó de su camello diciendo: «Véte y sálvate!» Cuando llegaron á un lugar llamado Sowaida, Merwan vió acercársele uno de sus clientes que habitaba en aquella aldehuela para convidarle á comer. «No me permitirán detenerme el Saltador y sus dignos compañeros; le contestó Merwan. ¡Plegue á Dios que tengamos un dia á este hombre en nuestro poder! No será entónces culpa nuestra, si su mano no participa de la suerte de su pié» Por último; cuando llegaron á Wadi-'l-corá se permitió á los Omeyas permanecer allí. (1)

Entre tanto la discordia estaba á punto de estallar entre los Medineses. (2) Mientras que solo se trató de espulsar, de injuriar y de maltratar á los Omeyas, la union mas perfecta reinó entre todos, mas no sucedió lo mismo cuando se pensó en elegir Califa. Los Coreiscitas no querian un Defensor, y los Defensores no querian un Coreiscita. Sin embargo, como se conoció

---

(1) «Aghani,» t. I, p. 18-20. Como M. Weil ha dicho con razon, es preciso borrar en la última línea de la página 18 la palabra «alaihl.»

(2) «Rahian», fól. 200 v.



la necesidad de la concordia, se convino en dejar esta grave cuestion en suspenso, eligiendo gefes provisionales y esperando para la eleccion de nuevo Califa, á que Yezid fuera destronado, (1)

Este, tenia ya noticia de lo sucedido, por el correo enviado por los Omeyas. Al saberlo, fué mayor la sorpresa y la indignacion que le produjo la conducta pasiva de sus parientes, que su irritacion contra los sediciosos.

—No podian los Omeyas, preguntó, reunir un millar de hombres juntandò sus libertos?

—Seguramente, le respondió el mensajero: tres mil, hubieran podido reunir sin trabajo.

—Y con tan considerable fuerzas no han intentado resistir ni siquiera una hora?

—Los rebeldes eran muy numerosos, toda resistencia era imposible. (2)

Si Yezid no hubiese escuchado mas que á su justa indignacion, contra unos hombres que se habian revelado, despues de guardarse sin escrúpulo sus presentes y su dinero, hubiera enviado desde luego un ejército para castigarlos; pero queria evitar si era

---

(1) Weil, t. I. p. 326, en la nota.

(2) «Aghaniz, t. I, p. 21.

posible todavía romper para siempre con los devotos; acaso se acordaba de que habia dicho el Profeta: «Al que saque su espada contra los Medineses, Dios y los ángeles y los hombres lo maldeciran,» (1) y por segunda vez dió pruebas de una moderacion tanto más de apreciar, cuanto que no era la más propia de su genio. Queriendo tentar aun la via de la clemencia, envió á Medina al Defensor Noman, hijo de Baxir, pero en vano. Los Defensores, en verdad, no permanecieron insensibles por completo, á los prudentes consejos de su contributo que les representaba cuán débiles y poco numerosos eran para resistir á los ejércitos de la Siria; pero los Coreiscitas no querian más que la guerra, y su jefe Abdallah, hijo de Motí, dijo á Noman: «Marchate tú, que no has venido sino para destruir la concordia que gracias á Dios reina ahora entre nosotros—Sí, tú eres ahora muy bravo y muy atrevido, le respondió Noman; pero bien sé lo que harás cuando el ejército sirio toque á las puertas de Medina; entónces tú huirás á la Meca en el más ligero de tus mulos, y abandonarás á su suerte á estos desdichados, á estos Defensores, que serán

---

(1) Soyuti, «Tarikh al-kholafá», p. 209, ed. Lees.

degollados en las calles, en las mezquitas, á las mismas puertas de sus casas.» Al cabo conociendo que eran inútiles sus esfuerzos se volvió, y presentándose á Yezid, le dió cuenta del mal éxito de su embajada (1) «Puesto que es absolutamente preciso, dijo entónces el Califa, voy á hacerlos tritular por los caballos de mis Sirios.» (2)

El ejército compuesto de diez mil hombres, que iba á marchar al Hidjaz, debía someter, no solo á Medina, sino tambien á la Meca, la otra ciudad Santa. Más como el general á quien Yezid lo confiára acabase de morir, todos los demás, ardiendo en deseos de anonadar de una vez para siempre á la nueva aristocrácia, se diputaban el mando. (3) Yezid no se habia decidido aun cuando un hombre envejecido en la guerra, vino á alistarse en las filas.

Era el tuerto que hemos encontrado ya en la carretera de Tiberiades.

Ninguno acaso representaba tan bien los antiguos tiempos y el principio pagano como el tuerto Moslim, hijo de Ocha, de la tribu de Mozena. (4) No habia en él ni aun si

(1) Ibn-Khaldun, t. II, fól. 169 r. y v.

(2) Samhudí

(3) Véase la nota A al fin de este tomo.

(4) En muchos manuscritos se lee por error «Morri» en vez de «Mozaní.» La verdadera leccion se encuentra en Fakih, fól. 400 r.

quiera sombra de la fé mahometana, nada de lo que era sagrado á los ojos de los musulmanes, lo era para él. Moawia habia conocido y apreciado sus sentimientos recomendándolo á su hijo como el mas á propósito para reducir á los Medineses, caso de que se sublevasen. (1) Sin embargo, si él no creia en la divina mision de Mahoma, creia firmemente en las supersticiones del paganismo, en los sueños proféticos, y en las misteriosas palabras que salian de los «gharcad» especie de zarzas espinosas, que durante la época pagana pasaban por oráculos en estos lugares de la Arabia; lo que demostró cuando presentandose á Yezid le dijo: «Todo el que envíes á Medina será derrotado. Yo solo puedo vencer.... He visto en sueños un «gharcad» de donde salía esta voz: ¡Por mano de Moslin!... Aproxímeme al lugar de donde venía la voz y escuché que decia: ¡Tu eres quien ha de vengar á Othman de sus asesinos los Medineses! (2)»

Convencido de que Moslin era el hombre que necesitaba, Yezid lo nombró gene-

---

(1) Ibn-Khaldun, fól. 169 v. Samhudi.

(2) «Aghaní,» t. I, p. 21.

ral y le comunicó sus órdenes en estos términos: «Ántes de atacar á los Medineses, «des intimarás la rendicion durante tres «dias; si reusan, atácalos, y si obtienes la «victoria entrega la ciudad al saqueo duran- «te otro tres dias; todo lo que tus soldados «encuentren de plata, de bastimentos ó de «armas, será suyo. (1) En seguida haz ju- «rar á los Medineses ser mis esclavos y cor- «ta la cabeza á quien lo reuse.» (2)

El ejército en que se hacia notar Ibn-Idhah, jefe de los Acharitas (3) cuya conversacion con el hijo de Zobair hemos referido, llegó sin novedad á Wadi-'l-cora, donde se encontraban los Onmiadas espulsados de Medina. Moslin los consultó separadamente sobre las medidas que debia tomar para apoderarse de la ciudad. Habiendose negado un hijo del Califa Othman, violar el juramento que los Medineses le habian exigido, el impetuoso Moslin le dijo: «Si no fueras hijo de Othman te cortaría «la cabeza; pero si te perdono no he de per- «donar á ningun otro coreiscita que me reu-

(1) Ibn-Kaldun, Samhudi.

(2) Fakihi, fól. 400 r.

(3) Ibn-al-Athir, man. de Paris. (C. P.) t. III, fól. 78 r.

«se su apoyo y sus consejos.» Tocó la vez á Merwan. Este tenía tambien escrúpulos de conciencia, pero por una parte temía por su cabeza, pues Moslin hacía seguir de cerca el hecho á la amenaza, y por otra su ódio á los Medineses era demasiado profundo para que esquivase la ocasion de satisfacerlo. Por fortuna sabia que pueden hacerse arreglos con el cielo, y que bien puede violarse un juramento, sin que lo parezca. Dió pues sus instrucciones á su hijo Abdelmelic, que no había jurado. «Entra «antes que yo, añadió, acaso Moslin no «me pregunte nada así que te haya escuchado.» Llevado á presencia del general, Abdelmelic, le aconsejó adelantarse hasta las primeras plantaciones de palmeras donde el ejército debería pasar la noche: y por la mañana temprano ir á Harra al Este de Medina, para que los Medineses que no dejarían de salir á su encuentro, tuvieran al sol de frente. (1) Abdelmelic hizo entrever además á Moslin que su padre no dejaría de ponerse en relacion con ciertos Medineses, que empeñado el combate, acaso harian traicion á sus conciudadanos. (2)

(1) Ibn-Kaldun.

(2) «Raihan,» fól. 200 v.

Contentísimo con lo que acababa de escuchar, exclamó Moslin con burlona sonrisa: «¡Qué hombre más admirable es tu padre!» y sin obligar á Merwan á decir nada siguió puntualmente los consejos de Abdelmelic; acampó al Oriente de Medina en la carretera de Cufa, é hizo saber á los de Medina que les concedía un plazo de tres dias para someterse, pasados los cuales los Medineses respondieron negativamente. (1)

Como Merwan había previsto, los Medineses, léjos de esperar al enemigo dentro de los muros de la ciudad que habian fortificado cuanto les era posible, salieron á su encuentro (26 de Agosto de 683), divididos en cuatro cuerpos, segun su origen. Los Emigrados llevaban á su frente á Makil, hijo de Sinan (2) compañero de Mahoma, que á la cabeza de su tribu de Achdja asistió á la toma de la Meca, y que debía de gozar gran consideracion en Medina, puesto que los Emigrados le habian conferido el mando, aunque no era de su tribu. Los coreiscitas que no se contaban entre los Emigrados, pero que en diversas

---

(1) Ibn-Kaldun.

(2) Véase acerca de él á Nawawí p. 567; Ibn-Coteba, p. 152; Samhudi, fól. 32.

épocas despues de la toma de la Meca se habian establecido en Medina, se dividian en dos compañías, una mandada por Abdallah, hijo de Moti, la otra por un compañero del Profeta. En fin, el cuerpo mas considerable, el de los Defensores, tenía por jefe á Abdallah, hijo de Handhala. Guardando profundo y religioso silencio, se adelantaron hácia Harra donde se hallaban los impios, los paganos que iban á combatir.

El caudillo del ejército sirio, se encontraba gravemente enfermo. Hizose llevar sin embargo en una silla, delante de las filas; confió su bandera á un valiente paje de origen griego y gritó á sus soldados: «¡Árabes de la Siria! ¡Mostrad ahora cómo sabeis defender á vuestro generall ¡Carguen!»

Empeñóse el combate. Los Sirios atacaron con tanto ímpetu, que tres cuerpos Medineses, el de los Emigrados y los de los Coreiscistas volvieron grupas, pero el cuarto, el de los Defensores, obligó á los Sirios á cejar y agruparse en torno de su jefe. Peleábase con encarnizamiento por ambas partes, cuando el intrépido Fadhl que combatía al lado de Abdallah, hijo de Handhala, al frente de veinte caballeros, dijo á su jefe: «dadme el mando de toda la caba-



«lleria: yo trataré de penetrar hasta donde «se encuentra Moslin, y uno de los dos perderá la vida.» Habiendo accedido Abdallah, dió Fadhl una carga tan vigorosa, que los Sirios cejaron de nuevo. «Otra carga como esta, queridos y bravos amigos;» exclamó entónces, «y por Dios que si encuentro á su general, uno de los dos no «ha de sobrevivir á este dia! Acordaos que «la victoria es premio del valor!» Sus soldados atacaron de nuevo con redoblada furia, rompen las filas de la caballeria siria y penetran hasta el lugar en que se hallaba Moslin. Quinientos peones lo rodeaban con sus lanzas inclinadas; pero Fadhl abriéndose camino con su espada, dirigió su caballo hácia la bandera de Moslin; asestó al paje que la conducia un golpe que le partió el casco y la cabeza, y exclamó: «Por «el Señor de la Caba, que he muerto al tirano! —Nó, te engañas; le respondió Moslin; y cogiendo su bandera, enfermo y todo como estaba, reanimó á los Sirios con sus palabras y con su ejemplo. Fadhl murió acribillado de heridas al lado de Moslin.

En el mismo instante en que los Medineses veian á el cuerpo de Ibn-Idhah y de otros prontos á lanzarse sobre ellos, oyen

resonar en la ciudad alaridos de triunfo; el grito de ¡Dios es grandel.... Habian sido vendidos. Merwan habia cumplido su palabra á Moslin. Seducidos por brillantes promesas los Beni-Haritha, familia que pertenecia á los Defensores, habian introducido secretamente tropas sirias en la ciudad. Esta estaba ya en poder del enemigo; todo estaba perdido; los Medineses iban á encontrarse entre dos fuegos. La mayor parte corren hácia la ciudad para salvar á sus mugeres y á sus hijos; algunos como Abdallah, hijo de Moti, (1) huyen en direccion á la Meca, pero Abdallah, hijo de Handhala, resuelto á no sobrevivir á este dia fatal, grita á los suyos: «Nuestros enemigos van á conseguir el triunfo. En ménos de una hora todo se habrá decidido. ¡Piadosos musulmanes, habitantes de una ciudad que dió asilo al Profeta, todos hemos de morir y no bay muerte mas hermosa que la del mártir; dejémonos matar hoy, hoy que Dios nos ofrece la ocasion de morir por su santa causal» Ya llovian por todas partes las flechas de los Sirios, cuando gritó de nue-

---

(1) Ibn-Coteba, p. 201.

vo: «Que los que deseen entrar inmediatamente en el paraíso, sigan mi bandera!» Todos la siguieron; todos combatieron desesperadamente, resueltos á vender caras sus vidas. Abdallah envió sus hijos, uno despues de otro, á lo mas récio de la pelea, y vió el sacrificio de todos ellos. Mientras que Moslin prometia dinero á todo el que le presentara una cabeza enemiga, Abdallah las derribaba á derecha é izquierda, y la conviccion de que un castigo mas terrible, esperaba á sus víctimas mas allá de la tumba, le causaba una feróz alegría. Segun la costumbre árabe, recitaba versos combatiendo, que espresaban claramente el pensamiento de un fanático, que se aferra á la fé, á fin de poder odiar á su sabor. «¡Mueres, decia á cada una de sus victimas, «mueres, pero tus delitos te sobrevivirán! «¡Dios nos lo ha dicho, en su Libro nos lo ha «dicho: el infierno espera á los infieles!» Al fin sucumbió. Su hermano uterino cayó á su lado herido de muerte. «Pues que muero por la espada de estos hombres, estoy «mas seguro de ir al paraíso, que si hubiese «sido muerto por los paganos Dallemitas,» tales fueron sus últimas palabras. Hubo una horrible carniceria. Entre los que su-

cumbieron, se encontraban setecientas personas que se sabian de memoria el Coran, ochenta estaban revestidos con el sagrado carácter de compañeros de Mahoma. Ninguno de los venerables ancianos que habian combatido en Bedr, donde el Profeta obtuvo su primera victoria sobre los de la Meca, sobrevivió á esta funesta catástrofe.

Los vencedores irritados entraron en la ciudad, luego que su general les hubo dado permiso para saquearla durante tres dias consecutivos. Para desembarazarse de sus caballos corrieron á dejarlos en medio de la mezquita: un solo medinés se encontraba en ella, era Said, hijo de Mosaiyab, el teólogo mas sábio de su tiempo. ¡Vió á los Sirios entrar en la mezquita, atar sus caballos en el espacio comprendido entre la cátedra del Profeta y su tumba, recinto sagrado que Mahoma llamaba un jardin del Paraiso!... A la vista de tan horrible sacrilegio, creyendo Said que la naturaleza entera estaba amenazada de una terrible catástrofe, quedóse inmóvil de estupor. «Mirad á ese imbécil, á ese doctor,» se dijeron los Sirios con chaeota; pero no le hicieron daño, tenian prisa de saquear.

Nada se perdonó. Los niños fueron redu-

cidos á esclavitud ó degollados, las mugeres violadas, y en consecuencia, un millar de desdichadas dieron la vida á otros tantos párias infamados para siempre con el nombre de «Hijos de Harra.»

Entre los prisioneros se hallaba Makil, hijo de Sinan. Abrasábase de sed y se quejaba de ello amargamente. Moslin se lo hizo traer y lo recibió con el semblante mas bondadoso que le fué posible.

—Tienes sed, hijo de Sinan? le preguntó.

—Si, general.

—Dadle de esa bebida que nos ha dado el Califa, dijo Moslin dirigiéndose á uno de sus soldados.

Cuando se cumplió la órden y Makil hubo bebido.

—No tienes ya sed? continuó Moslin.

—No; ya no tengo sed.

—Pues bien, dijo el general cambiando de pronto de tono y de mirada, has bebido por la última vez. Prepárate á morir.

El anciano se puso de hinojos pidiendo perdon.

—A tál esperas que te perdones? No eras tú quien yo encontré en el camino cerca de Tiberiades, la noche en que volvias á Medina con los otros diputados? no eras tú á

quien yo oí llenar de injurias á Yezid? no eres tú á quien yo oí decir: «Luego que nos hallemos en Medina de vuelta, deberemos declarar solemnemente, que no obedeceremosmas á un libertino hijo de libertino, y en seguida lo acertaremos si prestamos homenaje al hijo de un Emigrado?».... Pues bien, entónces juraba yo, que si te volvía á encontrar y llegaba á tener tu vida entre mis manos te mataría. ¡Por Dios, que he de cumplir mi juramento! ¡Que maten á ese hombre!»

La orden fué ejecutada enseguida. Intimóse á los Medineses que aun quedaban en la ciudad, pues la mayor parte habian buscado su salvacion en la fuga, que prestaran juramento á Yezid. No era este el juramento ordinario por el cual se obligaban á obedecer al Califa, en tanto que este obedeciera al Coran y á los mandatos de Mahoma; léjos de esto los Medineses debian jurar ser esclavos de Yezid, esclavos que podría manumitir ó vender á su voluntad, tal era la fórmula: debian reconocer en él, una autoridad ilimitada sobre todo lo que poseian, sobre sus mujeres, sobre sus hijos y sobre su vida. La muerte esperaba á los que se negasen á prestar este horrible juramento. Dos Coreiscitas sin embargo, declararon

con enegía, que no prestarían otro juramento que el acostumbrado. Moslin ordenó al punto cortarles la cabeza. Coreiscita también Merwan, osó censurar esta órden, pero Moslin, pinchándole con su baston en la barriga, le dijo secamente: «Por Dios! que si tú mismo hubieras dicho lo que ellos han osado decir, te hubieras muerto.» Todavía sin embargo, se atrevió á pedir gracia para otro que estaba enlazado con su familia, y reusaba jurar igualmente. El general sirio no se dejó ablandar. Otra cosa fué, cuando un Coreiscita cuya madre pertenecía á la tribu de Kinda, negóse á el juramento, y cuando uno de los jefes del ejército sirio que pertenecía á los Sacun sub-tribu de Kinda exclamó: «El hijo de nuestra hermana no prestará «semejante juramento.» Moslin lo dispensó. (1)

Los Arabes de la Siria, habian ajustado la cuenta á los hijos de aquellos sectarios fanáticos, que inundáran la Arabia con la sangre de sus padres. La antigua nobleza, habia anonadado á la nueva. Representante de la antigua aristocracia de la Meca, Yezid habia vengado la muerte del Califa Othman, y las derrotas que los Medineses que com-

(1) Ibn-al-Athir, t. III, fól. 78 r.-79 v. Samhudí, fól. 31 r. y sig. Ibn-Kaldun, t. II, fól. 169, v.-170 v. «Raïhan,» fól. 200 v, 201 r.

batían entónces bajo las banderas de Mahoma, habian hecho experimentar á su abuelo. La reaccion del principio pagano contra el principio musulman habia sido cruel, terrible, inexorable. Jamás se repusieron los Defensores de este golpe fatal. Su fuerza quedó quebrantada para siempre. Su ciudad casi desierta, quedó por algun tiempo abandonada á los perros y los cercanos campos á las fieras, (1) pues que la mayor parte de sus habitantes, buscando nueva patria y una suerte menos dura en lejanos climas, se fueron al ejército de África. Demasiado tuvieron los otros que llorar; los Omeyas no perdieron ocasion de abrumarlos con todo el peso de su desden, de su menosprecio, de su ódio implacable y de colmarlos de disgustos y amarguras. Diez años despues de la batalla de Harra, Haddjadj, gobernador de la provincia, hizo sufrir la pena de marca á muchos venerables ancianos que habian sido compañeros de Mahoma. Para él todo Medinés era un asesino de Othman! como si este crimen, dado que los Defensores hubiesen sido mas culpables que en realidad lo fueron, no sé hubiera espiado suficiente-

---

(1) Samhudi fól. 31 r.



mente con el degüello de Harra y el saco de Medina! Y cuando Haddjadj dejó la ciudad exclamó: «¡Alabado sea Dios, que me permite «alejarme de la mas impura de la ciudades, «de la que ha pagado siempre las bondades «del Califa, con la perfidia y la rebellion! ¡Por «Dios, si mi soberano no me ordenara en to- «dassus cartas perdonar á estos infames, yo «destruiria la ciudad, y les haria gemir al «rededor de la cátedra del Profeta!» Como refirieran estas palabras á uno de los ancianos, á quienes Haddjadj habia hecho marcar dijo este: «¡Un terrible castigo le es- «pera en la otra vida! ¡Lo que ha dicho es digno de Faraon!» (1) Así, la conviccion de que sus tiranos habian de ser atormentados con el fuego eterno, fué en adelante el único consuelo y la única esperanza de estos infelices. No se escaseaban este consuelo. Predicaciones de los compañeros de Mahoma, profecias del mismo Mahoma, milagros verificados en su favor, todo lo recibian con una credulidad ávida é insaciable. El teólogo Said, que se hallaba en la Mezquita cuando los jinetes sirios fueron á convertirla en caballeriza,

---

(1) Ibn-al-Athir, t. IV, fól. 17 r.

contaba á todo el que queria oirlo que, habiéndose quedado en el templo, oyó á la hora de la oracion, salir de la tumba del Profeta una voz que profirió las palabras solemnes destinadas á anunciar esta hora. (1) En el terrible Moslin, el hombre de Mozena, veian los Medineses el mónstro mas horrible que la tierra habia soportado hasta entónces: y que no hallaría émulo sino al fin de los siglos, en otro hombre de su misma tribu; contaban que habia dicho el Profeta: «Los últimos que resucitarán serán dos «hombres de Mozena. Hallarán la tierra «deshabitada. Vendrán á Medina donde no «encontrarán mas que fieras. Entónces dos «ángeles bajarán del cielo, los echarán sobre su vientre y los arrastrarán así hasta «el lugar en que se hallen los otros hombres.» (2)

Oprimidos, blancos de todos los ultrages, tratados á puntapiés, no quedaba á los Medineses mas partido, que imitar el ejemplo que le dieron aquellos de sus conciudadanos que se habian alistado en el ejército de África, y esto fué lo que hicieron. De África pasaron á España. Casi todos los descen-

---

(1) Samhudi; «Raihan.»

(2) Samhudi, fól. 30 r.

dientes de los antiguos Defensores, se hallaban en la hueste con que Muza atravesó el Estrecho. En España fué donde se establecieron, especialmente en las provincias del Este y del Oeste, donde su tribu llegó á ser la mas numerosa. (1) De Medina desaparecieron. Á un viajero que llegó á esta ciudad en el siglo XIII, y se informó por curiosidad de si existian aun descendientes de los Defensores, no le pudieron enseñar mas que un hombre y una muger ambos ancianos. (2) Puede pues, desconfiarse del origen ilustre, de esa docena de pobres familias que habitan hoy los arrabales y que pretenden descender de los Defensores. (3)

Pero ni aun en España estuvieron estos al abrigo del ódio de los árabes de la Siria: en las orillas del Guadalquivir hemos de ver renacer la lucha, teniendo España por gobernador un coreiscita, que en la batalla de Harra, combatió en las filas de los Medineses, y que despues de la derrota huyó para reunirse al ejército de África.

---

(1) Maccari, t. I, p. 187.

(2) El mismo, «ibid.»

(3) Véase á Burckhardt «Travels in Arabia» t. II, p. 237, Segun Burton «Pilgrimage,» t. II, p. 1, no hay en Medina mas que cuatro de estas familias,

Lo que ahora debe llamar nuestra atención, es una lucha de diferente naturaleza; pero que se continuó también en la península española. Al referirla tendremos ocasión de volver á hablar de paso de Abdallah, hijo de Zobair y de ver que el destino de este otro representante de los compañeros de Mahoma no fué menos infeliz que el de los Medineses.

---

## VI.

Si se exceptúan las luchas originadas por esos principios fundamentales que han estado siempre en cuestion, y que lo estarán eternamente, no hay otras en el Asia ni en Europa, entre los musulmanes ni entre los cristianos que tengan la persistencia de las que proceden de esa antipatía de raza que perpetuándose á través de los siglos, sobrevive á todas las revoluciones políticas, sociales y religiosas. Ya hemos tenido ocasion de decir, aunque incidentalmente, que la nacion arábica se componía de dos pueblos distintos y enemigos, más este es el lugar de esponer este hecho con mas precision y con el desarrollo necesario.

Segun la costumbre oriental, que hace

descender toda la naclon de un solo hombre, el mas antiguo de estos pueblos pretendia ser oriundo de un cierto Cahtan, personaje que los Arabes, cuando conocieron la Biblia identificaron con Yoctan, uno de los descendientes de Sem, segun el Génesis. La posteridad de Cahtan invadió la Arabia Meridional muchos siglos ántes de nuestra era, y subyugó la raza de origen incierto, que habitaba este pais. Los catanitas llevan ordinariamente el nombre de yemenitas, tomado de la provincia mas floreciente de la Arabia Meridional, y así será como los llamaremos en adelante.

El otro pueblo, procedente de Adnan, descendiente de Ismael, á lo que se dice, habitaba el Hidjaz, provincia que se estiende desde la Palestina hasta el Yemen, y en donde se encuentran la Meca y Medina; el Nadj, es decir, la mesa estensa sembrada de algunas ondulaciones, que ocupa toda la Arabia central, en una palabra, el norte de Arabia. Denomínanseles Maádditas, Nizaritas, Modharitas ó Caisitas, nombres que todos indican el mismo pueblo, ó una parte de él, porque Cais descende de Modhar; este era uno de los hijos de Nizar, y Nizar era hijo de Maádd. Nosotros emplearemos el térmi-

no de maádditas para designar esta raza.

Nada hay de parecido en la historia europea al ódio, á veces sordo, las más flagrante de estos dos pueblos arábigos, que se mataban bajo el pretesto más fútil. El territorio de Damasco fué teatro, durante dos años de una guerra cruel, porque un maáddita cogió un melon en el jardín de un yemenita, (1) y en la provincia de Murcia la sangre corrió á torrentes durante siete años porque un maáddita, pasando por casualidad por la tierra de un yemenita, había tronchado sin pensar un pámpano de su viña. (2) Por lo menos en Europa, si la antipatía era fortísima, á los menos era motivada, había habido conquista y servidumbre. En la Arabia por el contrario, ninguna de las razas había sometido á la otra. Verdad es que antiguamente una parte de los Maádditas, los de Nadjd, reconocían la soberanía del rey del Yemen, y le pagaban tributo; mas esto era voluntariamente, pues estas hordas anárquicas necesitaban de un Señor que las impidiera destruirse mutuamente, y este Señor no podía elegirse en ninguna de sus familias, pues que bastara

---

(1) Abu-'l-fedá, t. II, p. 64.

(2) Ibn-Adharí, t. II, p. 84.

esto para que las otras reusaran obedecerle. Por eso, si las tribus maádditas que habian estado reunidas momentáneamente bajo un gefe por ellas elegido, se emancipaban de su dominio, pronto las guerras civiles las obligaban á volver á él. Teniendo que elegir entre la anarquía y el dominio extranjero; los jeques de las tribus se decian despues de una larga lucha instestina: «No tenemos mas partido que tomar que entregarnos de nuevo al rey del Yemen; le pagaremos tributo en ovejas y camellos, é impedirá que el fuerte anonade al débil.»

(1) Cuando más tarde el Yemen fué conquistado por los Abisinios, los Maádditas del Nadjd dieron de grado á otro príncipe de origen yemenita, al rey de Hira, la escasa autoridad que habian reconocido hasta entonces en el rey del Yemen. Entre sumision tan espontánea y la servidumbre extranjera, hay una diferencia enorme.

En Europa, además, la diversidad de costumbres y de idiomas, levantaba una barrera insuperable entre los dos pueblos, que la conquista habia reunido violentamente en el mismo suelo. No sucedia así en el im-

---

(1) Caussin, t. II, p, 285.



perio musulman. Mucho tiempo antes de Mahoma, la lengua yemenita ó himyarita; como se le llama, nacida de la mezcla del árabe y del idioma de los vencidos, habia cedido su lugar al árabe puro, lengua de los maádditas, que habian conquistado cierta preponderancia intelectual. Salvo ligeras diferencias de dialecto, entrambos pueblos hablaban la misma lengua, y nunca se dice que en los ejércitos musulmanes les haya costado trabajo á un maáddita entender á un yemenita. (1) Participaban además de los mismos gustos, de las mismas ideas, de las mismas costumbres, pues que en ambas partes, la mayoría de la población era nómada. En fin adoptando ambas el Islamismo, tenían tambien la misma religion. En una palabra, la diferencia que entre ellos existía era menos sensible, que la que se encontraba entre los pueblos germánicos que invadieron el imperio romano.

Y sin embargo, apesar de que las razones que esplican la antipatía de raza en Europa no existia en el Oriente, esta antipatía to-

---

(1) Verdad es que en el Mahra, se habia conservado la antigua lengua, y los demás Arabes apenas comprendian la lengua de esta provincia. Véase á Iztakhri, p. 14.

ma aquí un carácter de tenacidad que no se encuentra entre nosotros. Al cabo de 300 ó 400 años, esta enemiga originaria se ha borrado en Europa; entre los Beduinos cuenta veinte y cinco siglos, se remonta á los primeros tiempos históricos de la nacion y está muy léjos de haberse estinguido en nuestros dias. (1) «La hostilidad originaria, decia un antiguo poeta, procede de nuestros abuelos y subsistirá mientras tengamos descendientes.» (2) Además, ella no ha tenido nunca en Europa, el carácter atroz que en el Oriente, jamás ahogó en nuestros antepasados, los sentimientos mas dulces y mas sagrados de la naturaleza, jamás un hijo ha menospreciado ni odiado á su madre porque perteneciera á otra raza que su padre. «Rogais por vuestro padre le dijo uno á un yemenita, que hacía la «procesion solemne al rededor del templo de «la Meca, mas porqué no rogais por vuestra «madre?—Por mi madre! replicó el yemenita «con aire desdeñoso, cómo he de rogar por

---

(1) Véase sobre este último punto á Volney, «Viaje á la Siria y al Egipto», t. I, p. 440. Diario asiático aleman, t. V. p. 501, t. VI, p. 389, 390, Robinson, «La Palestina», t. II, p. 481, 601 de la traduccion alemana, y la nota en la que el autor remite á los viajes de Nieburh y de Burckhardt.

(2) «Hamasa» de Bohtori, man. de Leiden p. 35.

«ella? Era de la raza de Maaddl» (1)

Este ódio que se estiende de generacion en generacion, á despecho de una completa comunidad de idiomas, de derechos, de costumbres, de ideas, de religion y hasta cierto punto de origen, pues que ambos son de raza semitica, este ódio que ningun antecedente esplica, está en la sangre, esto es todo lo que puede decirse, y probablemente hubieran sido tan incapaces de determinar su verdadera causa, los Arabes del siglo VII como lo son hoy los yemenitas, que vagan por los desiertos de la provincia de Jerusalem, y que cuentan á los viajeros que les preguntan, porque son enemigos jurados de los caisitas (maáditas) de la provincia de Hebron, que no saben otra mas de que este data de tiempo inmemorial. (2)

Lejos de disminuir el Islamismo esta aversion instintiva, le ha dado un vigor y una vivacidad que ántes no tenia. Mirándose siempre con desconfianza se vieron obligados en adelante á combatir bajo las mismas banderas, á vivir en el mismo suelo, á partir los frutos de la conquista, y estas continuas relaciones, esta aproximacion dia-

---

(1) Morrabad, p. 195.

(2) Robinson, t. II, p. 601.

ria, engendraron otras tantas disputas y altercados. Al propio tiempo, esta enemistad adquirió un interés y una importancia que no podía tener cuando estaba circunscrita á un rincon casi ignorado del Asia. En adelante ensangrentó tanto la España y la Sicilia, como los desiertos de Atlas y las riberas del Ganges, y ejerció una considerable influencia, no solo sobre la suerte de los pueblos vencidos, sino hasta sobre el destino de todas las naciones latinas y germánicas, pues que detuvo á los musulmanes en la via de sus conquistas, cuando amenazaban á la Francia y á todo el Occidente.

Combatiéronse los dos pueblos en toda la estension del imperio musulman, pero era este imperio demasiado vasto, y no habia unidad bastante entre las tribus para que la lucha pudiera ser simultánea, y dirigida hácia un fin preconcebido. Cada provincia tuvo su guerra particular, su guerra propia, y los nombres de los dos partidos, tomado de los de las tribus mas numerosas en la localidad donde se combatian, difieren casi en todas partes. En el Khorasan, por ejemplo, los yemenitas llevan el nombre de azdítas y los maáditas el de teminitas, por que las tribus de Azd y de Temin eran allí

las mas considerables. (1) En la Siria, provincia de que principalmente vamos á ocuparnos, estaban de una parte los Kelbitas, de otra los Caisitas. Los primeros de origen yemenita, constituian la mayoria de la poblacion arábiga, (2) porque cuando muchas tribus yemenitas fueron á establecerse en la Siria, en los califados de Abu-Becr y Omar los Maádditas prefirieron fijarse en el Irac. (3)

Kelbitas y Caisitas eran igualmente adictos á Moawia, que merced á su prudente y sábia política, supo mantener entre ellos cierto equilibrio y conciliarse el afecto de unos y otros. Mas por bien calculadas que fueran sus medidas, no pudo impedir que el ódio recíproco que se profesaban no se manifestara de vez en cuando; bajo su reinado los Kelbitas y los Fezaras, tribu de los Caisitas, llegaron á darse una batalla en Banat-Cain, (4) y cuando quiso hacer reconocer por su sucesor á Yezid, experimentó dificultades por parte de los Caisitas, porque la madre de Yezid era una

---

(1) «Comentario de Soccari sobre el Divan de «Ferazdac», man. de Oxford. fól. 93 v.

(2) Iztakhri p. 13.

(3) Tabari, t. II, p. 254. Abu-Ismaíl al Bazri, «Fotuh as Cham», p. 12, 195.

(4) Wüstenfeld. «Tablas genealógicas,» p. 265.

kelbita, hija de Malic Ibn-Bahdal, el jeque de esta tribu, y para los Caisitas, Yezid, educado en el desierto de Semawa con la familia de su madre, no era un Omeya, sino un Kelbita. (1) Ignórase de que modo Moawia supo ganarse sus sufragios, sabiéndose solamente que reconocieron á Yezid por heredero, y que le permanecieron fieles mientras reinó. Pero su reinado no duró mas que tres años. Murió en Noviembre de 638, dos meses y medio despues de la batalla de Harra, contando solo 38 años de edad.

A su muerte, el inmenso imperio se encontró de pronto sin señor. No porque Yezid muriera sin sucesion, dejó muchos hijos, sino porque el califado no era hereditario, sino electivo. Este gran principio no fué establecido por Mahoma, que nada decidió sobre este punto, sino por el Califa Omar que no carecia tan absolutamente como el Profeta de sentido político, y que como legislador gozaba de una autoridad incontestable. Él fué quien en una arenga pronunciada en la mezquita de Medina habia dicho: «Si alguno piensa en proclamar «á un hombre por soberano sin que hayan

---

(1) «Hamasa,» p. 319, 658.

«deliberado todos los musulmanes, semejan-  
«te proclamacion será nula.» (1) Verdad  
es que hasta entonces se habia eludido siem-  
pre la aplicacion de este principio; el mis-  
mo Yezid no fué elegido por la nacion, pero  
su padre tuvo al menos la precaucion de ha-  
cerlo jurar como sucesor suyo. Descuidada  
esta precaucion por Yezid, á quien arreba-  
tó la muerte en la flor de su edad, su pri-  
mogenito, llamado Moawia como su abuelo,  
no podia alegar ningun derecho al cali-  
fato. Lo hubieran reconocido sin embargo,  
si los Sirios, los hacedores de Califa en es-  
te tiempo, se hubiesen puesto de acuerdo,  
para sostenerlo. No lo estaban, y aun se di-  
ce que el mismo Moawia no ambicionaba el  
trono. Un profundo misterio envuelve las  
intenciones de este jóven. A creer á los his-  
toriadores musulmanes, Moawia en nada se  
parecia á su padre: la buena causa era á sus  
ojos la que los Medineses defendian, y cuan-  
do supo la victoria de Harra, el saqueo de  
Medina y la muerte de los antiguos compa-  
ñeros de Mahoma, derramó lágrimas. (2)

---

(1) «Sirat ar-rasul» en el «Journal des savants»  
de 1832, p. 542.

(2) «Raihan,» fól. 202, r.

Pero estos historiadores, que preocupados por ideas teológicas, han falseado la historia algunas veces, se hallan en oposicion con un cronista español casi contemporáneo (1) que escribía, por decirlo así, bajo el dictado de los Sirios establecidos en España, que afirma que era Moawia el trasunto de su padre. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que los Caisitas no querían obedecer á un príncipe que tenía una kelbita por madre y otra kelbita por abuela, ni menos sufrir el mando del kelbita Hasan ibn-Malic ibn-Bahdal, gobernador de la Palestina y de la provincia del Jordan, que había tomado la direccion de los negocios en nombre de su resobrino. (2) Tomaron, pues todas partes una actitud hostil, y uno de sus jefes, Zofar, de la tribu de Kilab, levantó el estandarte de la rebelion en el distrito de Kinnesrina, de donde arrojó al gobernador kelbita Said, ibn-Bahdal. Como era preciso oponer otro pretendiente al de los Kelbitas, Zofar se declaró partidario de Abdallah, hijo de Zobair, cuya causa era en el fondo completamente indiferente á los Caisitas. El partido de los pia-

---

(1) Isidoro, c. 18.

(2) «Hamasa,» p. 319; cf. «Raihan», fól. 187, r.



dosos acababa de adquirir un singular aliado. Puesto que se disponía á mantener la causa de los hijos de los compañeros de Mahoma, Zofar se creyó obligado á pronunciar desde el púlpito un sermon edificante. Pero aunque gran orador y excelente poeta, á la manera de los Arabes paganos, no estaba acostumbrado por desgracia á las fórmulas religiosas y al estilo místico. Á la mitad de la primera frase se quedó cortado, y sus hermanos de armas se rieron á carcajadas. (1)

Moawia II sobrevivió á su padre cuarenta dias, dos meses ó tres--no se sabe lo cierto, ni importa el saberlo gran cosa.—La confusion habia llegado á su colmo. Cansadas las provincias de ser tratadas por los Sirios como pais conquistado, sacudieron el yugo. En el Irac, se levantaba cada dia un Califa ó un Emir que era derribado al siguiente. (2) Ibn-Bahdal no habia decidido todavía su plan, ya queria proclamarse Califa, ya convencido de que no sería obedecido mas que por sus kelbitas, se manifestaba pronto á obedecer al Omeya que eligiera el pueblo. (3) Pero como

---

(1) «Raihan,» fól. 187 r.

(2) Véase Ibn-Khaldun, t. II, fól. 171 r y v.

(3) «Hamasa,» p, 319.

había pocas esperanzas de éxito, no era fácil encontrarlo. Walid, nieto de Abu-Sofyan y antiguo gobernador de Medina que lo había aceptado, atacado por la peste cayó muerto, cuando oraba sobre la tumba de Moawia II. (1) Bien hubiera querido Ibn-Bahdal dar el califato á Kalib, hermano de Moawia II, pero como no contaba mas que diez y seis años, y los Árabes no querían obedecer mas que á un adulto, no se atrevió. Ofreciólo, pues á Othman, pero este que creía enteramente perdida la causa de su familia reusó y fué á reunirse al afortunado pretendiente Ibn-Zobair, cuyo partido engrosaba de dia en dia. En la Siria, todos los Caisitas se declararon en su favor. Dueños ya de Kinnesrina, lo fueron bien pronto de la Palestina, y el gobernador de Emesa, Noman, hijo de Baxir el Defensor, se declaró tambien por Ibn-Zobair. (2)

Ibn-Bahdal por el contrario, no podía contar mas que con solo un distrito, el del Jordan, el menos considerable de los cinco en que se dividía la Siria. (3) En él se le había jurado obediencia, pero á condicion

---

(1) Ibn-Khaldun, t. II, fól. 170 v.

(2) «Raihan,» fl. 187 r.; Ibn-Khaldun, fl. 172 r.

(3) Véase Iztakhri, p. 37.

de que no daría el califato á ninguno de los hijos de Yezid, porque eran demasiado jóvenes. En cuanto al distrito de Damasco, el más importante de todos, su gobernador Dhahhac de la tribu de Fihir, (1) no pertenecía á ningun partido. No estaba de acuerdo ni aun consigo mismo: antiguo jefe de la guardia de Moawia II, y uno de sus más íntimos confidentes, no le agradaba el pretendiente de la Meca; Maáddita, no quería hacer causa comun con el jeque de los Kelbitas, de aquí sus dudas y su neutralidad. Á fin de sondear sus intenciones y las del pueblo damasceno, Ibn-Bahdal le envió una carta, para que se leyese el viérnes en la mezquita. Esta carta estaba llena de alabanzas para los Omeyas, y de invectivas contra Ibn-Zobair; pero como Ibn-Bahdal temiese que Dhahhac reusase leerla públicamente, tuvo buen cuidado de dar una copia á su enviado diciéndole: «Si Dhahhac no lee aquella á los Árabes de Damasco, «tu les leerás esta.» Sucedió lo previsto. El viérnes, cuando Dhahhac subió al púlpito no dijo una palabra respecto á la carta recibida. Entonces se levantó el enviado de Ibn-

---

(1) Los Fihir, eran los coreiscitas del distrito de la Meca.

Bahdal y la leyó al pueblo. Apenas acabada su lectura, se oyeron voces por todas partes. «Es verdad lo que dice Ibn-Bah-dab» exclamaban unos; «nó, mentira; contestaban los otros.» El tumulto era horrible, y en el recinto sagrado que, como en todos los países musulmanes, servia tanto para las ceremonias religiosas, como para las deliberaciones políticas, resonaban las injurias que mutuamente se lanzaban Kelbitas y Caisitas. Al cabo, Dhahhac logró restablecer el silencio, acabó la ceremonia religiosa, y continuó en su indecision. (1)

Tal era la situación de la Siria, cuando los soldados de Moslin volvieron á su país natal. Pero no era ya Moslin quien los mandaba, y hé aquí en pocas palabras lo que habia sucedido en este intervalo.

Después de la toma de Medina, Moslin, ya gravemente enfermo cuando la batalla de Harra, se negó á sujetarse al riguroso régimen que los médicos le habian prescrito. «Ya, decía, moriré contento pues que he castigado á los rebeldes, y como he muerto á los asesinos de Othman, Dios me perdonará mis pecados.» (2) Habiendo llegado con

(1) Ibn-Khaldun, fól. 172 r.

(2) Abu-'l-mahasin «apud», Weil. t. I, p. 331, en la nota.

su ejército á tres jornadas de la Meca, y conociendo que su fin se aproximaba, llamó al general Hozain designado por Yezid para sustituirle en el mando, caso de que muriera. Este Hozain, era de la tribu de Sacun, y por consiguiente Kelbita como Moslin; pero Moslin le menospreciaba porque le creia falto de penetracion y firmeza. Apostrofándolo con esa brutal franqueza que constituía el fondo de su carácter y que no nos es permitido disimular le dijo: «Borrico, vas á tomar en mi lugar el mando. No te «lo confiaría yo, pero es menester que se cum- «pla la voluntad del Califa. Escucha ahora «mis consejos, pues te conozco y sé que tie- «nes necesidad de ellos. Guárdate de las «astucias de los Coreiscitas, cierra los oidos «á sus almibarados discursos, y acuérdate «de que una vez llegado delante de la Meca, «no tienes mas que tres cosas que hacer: «combatir sin cuartel, encadenar los habi- «tantes de la ciudad y volver á Siria.» (1) Dicho esto espiró.

Portóse Hozain delante de la Meca, como si se hubiera propuesto probar que las prevenciones de Moslin respeto á él no

---

(1) Fakihi, fól. 400 v.; «Raihan,» fól. 201 v.; Ibn-Kaldun, fól, 170 v.

eran fundadas. Léjos de carecer de audacia, léjos de amilanarse por escrúpulos religiosos, escedió los mismos sacrilegios de Moslin. Sus ballestas hicieron llover sobre la Caba piedras enormes que derribaron las columnas del templo. Instigado por él, un caballero sirio lanzó de noche una antorcha encendida, sujeta á la estremidad de su lanza sobre el pabellon de Ibn-Zobair, erigido en el patio de la mezquita. Ardió el pabellon en un momento, y habiéndose comunicado el fuego á los velos que envolvian el templo, la santa Caba, la mas reverenciada de las mezquitas musulmanas quedó enteramente consumida... (1) Por su parte los de la Meca secundados por una multitud de no-conformistas, que olvidando momentáneamente su ódio contra la alta iglesia, corrieron llenos de entusiasmo á defender el territorio sagrado, sostenian el asedio con gran valor, cuando la noticia de la muerte de Yezid vino de pronto á cambiar la faz de los negocios. Esta nueva inesperada, causó un gozo indecible al hijo de Zobair; para

---

(1) Hay otras tradiciones acerca de la causa de este incendio, pero la que doy en el texto parece la única verdadera á Ibn-Khaldun, (fól. 170 v.); es tambien la única que se encuentra en el autor mas antiguo y mas digno de fé. Fakihi (fól. 400 v.)

Hozain fué un rayo. Demasiado conocía este general de espíritu frío, egoísta y calculador, no consagrado en cuerpo y alma, como Moslin al servicio de sus señores, la fermentación de los partidos en la Siria, para no preveer que iba á estallar una guerra civil, y no haciéndose ilusiones acerca de la debilidad de los Omeyas, vió en la sumisión al Califa de la Meca el único remedio contra la anarquía y la única salvación para su ejército, gravemente comprometido, y para él, que lo estaba más todavía. Citó pues, á Zobair para la noche siguiente, señalando sitio para la conferencia. Llegado aquel, le dijo á Zobair en voz baja, á fin de que los Sirios no pudieran oírlo.

—Estoy pronto á reconocerte por Califa, á condición de que te comprometas á conceder una amnistía general, y á abandonar todo propósito de venganza, por la sangre derramada en el sitio de la Meca y en la batalla de Harra.

—Nó, le respondió Ibn-Zobair en voz alta, no quedaré satisfecho aunque mate diez enemigos por cada uno de mis camaradas.

—¡Maldito sea el que te considere en adelante hombre de talento! replicó entonces Hosain. Hasta ahora habia creído en tu

prudencia, pero te hablo bajo y me contestas alto, te ofrezco el califato y me amenazas con la muerte!

Ya la reconciliacion entre estos dos hombres era imposible. Hosain rompió al punto la conferencia y tomó con su ejército el camino de la Siria. En él encontró á Merwan. Vuelto á Medina despues de la batalla de Harra, y desterrado de nuevo por órden de Ibn-Zobair se había ido á Damasco. Aquí, hallando casi desesperada la cáusa de su familia, se habia comprometido en una entrevista con Dhahhac á volver á la Meca á fin de anunciar á Ibn-Zobair que los Sirios estaban dispuestos á obedecer sus órdenes: (1) creyendo este el medio mejor de conquistar la benevolencia de su antiguo enemigo. Durante este viaje de Damasco á la Meca fué cuando encontró á Hosain. (2)

El general, despues de asegurarle que no reconocería al pretendiente de la Meca, le prometió que si tenía valor para empuñar el estandarte de los Omeyas, podría contar con su ayuda. Habiendo aceptado Merwan esta proposicion, resolvieron convocar en

---

(1) «*Raihan*,» fól. 187 v.; *Hamasa*, p. 318.

(2) *Ibn-Kaldun*, fól. 172 v.



Djabia una especie de dieta para tratar de la eleccion de Califa.

Convocados á ella, concurrieron Ibn-Bahdal y sus Kelbitas. Dhahhac prometió tambien su asistencia, escusándose por la conducta que hasta entónces habia observado. Púsose en efecto en camino con los suyos pero en medio de él persuadidos los Caisitas de que los Kelbitas no votarian mas que al aliado de su tribu, á Khalid, el hermano menor de Moawia II, reusaron continuar. Dhahhac volvió piés atrás y fué á acampar en la pradera de Raita al Oriente de Damasco. (1) Entretanto, comprendieron los Caisitas que sus querellas con los Kelbitas iba á ventilarse bien pronto con las armas; pero cuanto mas se aproximaba el momento decisivo, mas conocian lo monstruoso de su alianza con el jefe del partido de los piadosos, y como tenian mas simpatías por Dhahhac hermano de armas de Moawia I, le dijeron: «Porqué no te proclamas Califa? No vales tú «ménos que Ibn-Bahdal ni que Ibn-Zobair.» Envanecido con estas palabras, y contento por salir de la difícil posicion en que se encontraba, aceptó Dhahhac la proposicion de

---

(1) «Raihan.» fól. 187 v; «Hamasa;» Ibn-Khal-dun, fól. 172 r.

los Caisitas y recibió sus juramentos. (1)

En cuanto á las deliberaciones de los Kelbitas en Djabia, no duraron menos de cuarenta dias. Querian Ibn-Bhadal y sus amigos el califato para Khalid—no se engañaban los Caisitas al suponerle este desig-  
nio y Hosain no pudo hacer aceptar á Merwan su candidato. Bien podia decir: «Y qué!  
«cuando nuestros enemigos nos oponen un  
«hombre maduro, le pondremos enfrente un  
«jóven, casi un niño?» pero se le respondia que Merwan era demasiado poderoso. «Si  
«Merwan obtiene el califato, decian, todos  
«seremos sus esclavos; tiene diez hijos, diez  
«hermanos y diez sobrinos,» (2) Además se le consideraba como extranjero. La rama de los Omeyas á que pertenecia Khalid, estaba naturalizada en la Siria, pero Merwan y su familia habia residido siempre en Medina. (3) Cedieron al cabo Ibn-Bhadal y sus amigos, aceptaron á Merwan pero haciéndole comprender que, confiándole el califato, le hacian un gran favor que les autorizaba para exigirle condiciones tan duras como humillantes. Merwan tuvo que

---

(1) «Hamasa,» p. 318.

(2) Ibn-Kaldun, fól. 172 v.

(3) Véase «Hamasa,» p. 659 vs. 5 del poema.

obligarse solemnemente á confiar á los Kelbitas todos los empleos importantes, á gobernar segun sus consejos, y á pagarles anualmente una suma muy considerable.

(1) Ibn-Bahdal hizo disponer además, que el jóven Khalid fuera el sucesor de Merwan y que entretanto tuviera el gobierno de Emesa. (2) Así arregladas las cosas, uno de los jeques de la tribu de Sacun, Malic hijo de Hobaira, que se habia señalado como celoso partidario de Khalid, dijo á Merwan con aire altivo y amenazador. «No te prestaremos el juramento que se presta á los Califas, á los sucesores del Profeta, porque combatiendo bajo tu bandera, solo tenemos en consideracion los bienes de este mundo. Si nos tratas bien como Moawia y Yezid, te ayudaremos, si nó á tu costa has de experimentar que no tenemos mas predileccion por tí que por cualquier otro Coreiscita.» (3)

Terminada la dieta de Djabia, á fines de Junio de 684 (4) más de siete meses des-

---

(1) Masudi.—Esto se parece bastante á la «capitulacion» que la nobleza danesa hacia jurar al que elegia rey.

(2) Ibn-Khaldun.

(3) Masudi.

(4) Ibn-Khaldun.

pues de la muerte de Yezid, Moawia acompañado de los Kelb, de los Ghassan, de los Sacsac, de los Sacun y de otras tribus yemenitas, marchó contra Dhahhac, á quien habian enviado refuerzos los tres gobernadores de su partido. Zofar mandaba personalmente los soldados de Kinnesrina, su provincia. Durante su marcha, Merwan, recibió una nueva tan grata como inesperada: Damasco se habia declarado en su favor. Un jeque de la tribu de Ghassan en lugar de ir á Djabia se habia quedado oculto en Damasco. Cuando supo la eleccion de Merwan, reunió á los Yemenitas y se apoderó de la capital por un golpe de mano, y obligó al gobernador puesto por Dahahhac, á buscar su salvacion en una fuga tan precipitada, que hubo de abandonar hasta el tesoro público. Apresuróse el audáz Ghassanita á informar á Merwan del éxito de su empresa, y á enviarle dinero, armas y soldados. (1)

Frente á frente los dos ejércitos, ó mas bien los dos pueblos, en la pradera de Rahita pasaron al principio veinte dias en duelos y escaramuzas. Al fin el combate se hizo general. Fué sangriento como ninguno, dice un

---

(1) Ibn-al-Athir, t. III, fól. 84 v; Ibn-Khaldun.

historiador árabe, y los Caisitas despues de haber perdido ochenta de sus jeques, entre los que se contaba el mismo Dhahhac, sufrieron una completa derrota. (1)

Jamás se olvidió entre Caisitas y Kelbitas esta batalla de la Pradera y setenta y dos años mas tarde puede decirse que se continuó en España. Era el asunto que los poetas de ambas facciones rivales trataban con preferencia; estos, con cantos de gozo y de triunfo, aquellos con gritos de dolor y de venganza.

Cuando ya todos huian, Zofar tenía á su lado dos jeques de la tribu de Solem. Su caballo era el único que podia luchar en la carrera con los de los Kelbitas que los perseguian, y viendo sus dos compañeros que los enemigos iban á alcanzarlos le gritaron: «Huye Zofar, huye, van á matarnos.» Aguijando su caballo, Zofar se salvó: sus dos amigos fueron muertos. (2)

¿Qué dicha, decia mas tarde, qué dicha podré gozar despues que abandoné á Ibn-Amr y á Ibn-Man, despues que Hammam (3) ha

---

(1) Ibn-al-Athir; Ibn-Khaldun. Véase la nota B al fin de este volúmen.

(2) Masudí.

(3) Jeque de los Nomair; véase «Hamasa» p. 318.

sido muerto? Nadie jamás me conoció cobarde, pero aquella funesta noche cuando nos perseguían, cuando rodeado de enemigos ninguno acudía á socorrerme, esa noche yo abandoné á mis dos amigos, yo me salvé como un cobardel.... Un sólo día de debilidad oscurecerá para siempre todas mis hazañas, todas mis acciones heróicas? Dejaremos descansar á los Kelbitas? No les herirán ya nuestras lanzas? Quedarán sin venganza nuestros hermanos muertos en Rahita?.... Sin duda la yerba descansará sobre la tierra nuevamente removida que cubre sus huesos, pero nunca los olvidaremos, siempre alimentaremos para nuestros enemigos, un ódio implacable. ¡Muger! dame mis armas. En mi opinion, la guerra debe ser eterna. En verdad, que la batalla de Rahita, ha abierto entre Merwan y nosotros un abismo. (1)

Un poeta kelbita, le respondió en un poema de que no nos han quedado mas que estos dos versos:

En verdad, que en la batalla de Rahita, Zofar contrajo una dolencia de que no curará jamás. Jamás cesará de llorar á los Solem, los Amír y los Dhobyan, muer-

---

(1) Mássudi; «Hamasa» p. 72 «Raihan» fó. 187 v; Ibn-Badrún p, 185; «Hamasa» de Bohtorl fó. 187 v.

tos en este combate, y engañado en sus esperanzas mas queridas, renovará sin descanso con sus poesías el dolor de las viudas y de los huérfanos. (1)

Otro poeta kelbita, (2) cantó la victoria de sus contributos. ¡Qué vergüenza para los caisitas, mientras huían á todo correr, abandonaban sus banderas, que caian, «semejantes á los pájaros que cuando tienen sed, comienzan por describir muchos círculos en el aire y luego se precipitan en el agua.» Enumera el poeta uno por uno, á los jeques caisitas, cada tribu llora la pérdida del suyol ¡Cobardes! habian sido heridos por detrás! «Ciertamente hubo en la Pradera, hombres que se estremecian de gozo, eran los que cortaron á los Caisitas, narices, orejas y manos, eran los que los castraron.»

---

(1) «Raihan,» fól. 187 v.

(2) «Hamasa, p, 317 donde se debe leer «Kelbí» en lugar de «Kilabí;» c f. p. 656.

---

## VII.

Mientras que Merwan, dueño de la Siria á consecuencia del triunfo alcanzado en la Pradera de Rahita, iba á someter el Egipto, Zofar, jefe ya de su partido, se encerró en Carkisia, fortaleza de la Mesopotamia, al Este de Kinnesrina donde el Kabur (Chaboras,) mezcla sus aguas con las del Eufrates. Poco á poco, llegó á ser Carkisia, el centro de los Caisitas. No siéndoles posible, las grandes empresas militares tuvieron que limitarse á una guerra de emboscadas y de sorpresas nocturnas; pero en cambio la hicieron á sangre y fuego. Mandados por Omar, hijo de Hobab, teniente de Zofar, saqueaban los campos kelbitas del desierto de Semawa, no daba cuartel, llevando su



crueldad hasta abrir el vientre á las mujeres, y cuando Zofar los veia volver cargados de botin y cubiertos de sangre:

Kelbitas, decia, ahora los tiempos se tornan duros para vosotros: nos vengamos, os castigamos. En el desierto de Semawa no encontrareis seguridad; abandonadle pues, llevad con vosotros al hijo de Bahdal, é id á buscar un refugio allí donde viles esclavos cultivan olivos. (1)

Sin embargo, los Caisitas no tuvieron en esta época, mas que una importancia secundaria. Verdad es que Carkisia, era el terror y el azote de los comarcanos, pero despues de todo, no pasaba de un nido de ladrones, que no podia inspirar á Merwan sérios temores y como ante todo le importaba conquistar el Irac, tuvo que combatir enemigos muchos mas formidables.

El Irac, ofrecia entónces un curioso espectáculo. Las doctrinas mas singulares y á veces las mas estravagantes, se disputaban la opinion; la herencia y la eleccion, el despotismo y la libertad, el derecho divino y la soberanía nacional, el fanatismo y la indiferencia luchaban entre sí; los Ara-

---

(1) «Raihan,» fól. 187 v. cf. «Nouveau Journ. asiat,» t. XIII, p. 301.

bes vencedores y los vencidos Persas, los ricos y los pobres, los visionarios y los incrédulos combatían unos contra otros. Había en primer lugar, moderados que no querían ni á los Omeyas ni á Ibn-Zobair. Acaso ningún Iracano simpatizaba ni con el carácter de este ni con los principios que representaba; pero habiendo fracasado lo mismo en Basora que en Cufa, todas las tentativas hechas para constituir un gobierno nacional, los moderados acabaron por reconocerlo, creyéndolo el único capaz de mantener un poco de orden en la provincia. Unos, musulmanes sin repugnancia, pero también sin fervor, vivían naturalmente en una vida pacífica, dulce y perezosa; otros menos cuidadosos de lo futuro, sustituían la duda á el entusiásmo, la negación á la esperanza. No adoraban ni sacrificaban más que á un Dios, y este Dios era el placer sensual. El elegante y espiritual Omar ibn-abi-Rabia, el Anacreonte arábigo, había escrito su liturgia. Ahnaf y Haritha, los nobles más considerados é influyentes de Basora representaban los dos matices de este partido.

---

(1) Ibn-Khallicán, t. I. p. 323 y sig. ed. Slane, Ibn-Nobata, «apud.» Rasmussen, «Adinamenta ad «historiam Arabum,» p. 11 y sig. del texto.

El nombre del primero se halla mezclado á todos los acontecimientos de esta época, pero siempre como consejero, nunca como actor. Jeque de los Temin, gozaba de consideracion tan ilimitada en su tribu, que Moawia I tenia costumbre de decir: «Si monta «en cólera, cien mil Teminitas participan de «su enojo sin preguntarle la causa.» Por fortuna no era capáz de ello; su longanimidad era proverbial; hasta cuando llamaba su tribu á las armas era sabido que lo hacia por complacer á su amada, la hermosa Zabra, que lo dominaba completamente. «Zabra está hoy de mal humor, murmura- «ban entónces los soldados.» Como tomaba en todas las cosas el justo medio, su devocion estaba entre el fervor y la indiferencia. Hacia penitencia de sus pecados, pero esta penitencia no era demasiado dura. En espiacion de cada uno, pasaba un dedo por la llama de una bugía, y exclamaba dando un pequeño ¡ay! por qué has cometido tal pecado? Dejarse guiar por un egoismo prudente y reflexivo, pero que no llegaba al dobléz, ni á la bajeza: guardar neutralidad entre los partidos mientras podía; acomodarse con cualquier gobierno por ilegítimo que fuera, sin condenarlo, pero tam-

bien sin adularlo, ni buscar sus favores, hé ahí la línea de conducta que se había trazado desde su juventud, y de la que no se apartó jamás. Carácter sin expansion, sin abnegacion, sin grandeza, este representante del justo medio y de la vulgaridad egoísta, este amigo de las contemplaciones y de los términos médios, era tan incapáz de inspirar entusiasmo, como de sentirlo, pero todos le querian por su dulzura, su amabilidad, su génio igual y conciliador. (1)

Magnífico y culto representante de la antigua nobleza pagana, pasaba Háritha por atrevido bebedor y no negaba que lo fuese. El distrito que prefirió cuando tuvo que elegir una provincia, fué el que cosechaba los mas excelentes vinos. Sus creencias religiosas no eran tampoco un misterio para sus amigos. ¡Cuán extraño espectáculo, decia «un poeta de su familia, es ver á Háritha «asistir á la oracion pública, él, mas increíble que un asno!» (2) Pero estaba dota-

(1) Ibn-Khallican, t. I. p. 323 y sig., ed. de Slane; Ibn-Nobata «apud» Rasmussen, «Additamenta ad historiam Árabum». p. 16 y sig. del texto.

(2) Mobarrad, p. 699. Hemos traducido como el texto árabe segun la nota de Dozy: afortunadamente, la lengua española permite dejar á la frase todá su enérgica sencillez, sin que una artificiosa elegancia, impida que se nombren séres que por lo demás no despiertan ideas repugnantes ni inmorales. (N. del T.)

do de una esquisita cortesía, se encomiaba su conversacion juntamente alegre é instructiva, (1) y por su bravura se distinguía honrosamente de sus conciudadanos. Porque, preciso es decirlo, los Iracanos mostraban casi siempre una increíble cobardía. Siendo aun Obaidallah gobernador de la provincia, dos mil Iracanos, enviados por él á reducir á unos cuarenta no-conformistas, no se habian atrevido á atacarlos. «Me cuidado muy poco de que Obaidallah pronuncie «mi elogio fúnebre; prefiero que me riña,» decia su general. (2)

Los dos partidos restantes, el de los no-conformistas, y el de los Siitas se componian entreambos de creyentes fervientes y sinceros. Pero estas dos sectas que casi se confundian en el punto de partida, se separaron en su desarrollo cada vez mas y concluyeron por comprender la religion y el Estado de una manera diametralmente opuesta.

Eran los no-conformistas, almas nobles y entusiastas que, en un siglo de egoismo, conservaban la pureza de corazon; que no ponian su ambicion en los bienes terrenos, que tenian de Dios una idea demasiada ele-

---

(1) Ibn-Khallican, t. I, p. 325 ed. de Slane.

(2) Mobarrad, p. 651.

vada, para servirle maquinalmente, y adormecerse en una piedad vulgar y fácil, eran los verdaderos discípulos de Mahoma, pero de Mahoma tal como era en la primera época de su mision, cuando la virtud y la religion llenaban solas su alma entusiasta, mientras que los ortodoxos de Medina, eran mas bien los discípulos del otro Mahoma, del impostor, cuya insaciable ambicion aspiraba á conquistar el mundo con la espada. En un tiempo en que la guerra civil asolaba las provincias del vasto imperio, cuando cada tribu hacía de la nobleza de su origen, título para el poder, ellos se atenían á estas hermosas palabras del Coran: «Todos los musulmanes son hermanos.» «No nos preguntes decian, si descendemos de Cais ó de Temin; todos nosotros somos hijos del islamismo, todos nosotros prestamos homenaje á la unidad divina, y el que Dios prefiere es el que mejor le muestra su gratitud.» (1) Pero si predicaban la igualdad y la fraternidad, era porque se reclutaban en las clases obreras, mas bien que en la nobleza. (2) Justamente indignados de la corrupcion de sus contemporáneos que se entregaban sin

---

(1) Mobarrad, p. 588.

(2) Mobarrad, p. 704.

escrúpulo y sin vergüenza á todas las disoluciones, y á todos los vicios, creyendo que les bastaba para limpiarse de pecado asistir al culto público y hacer su peregrinacion á la Meca; predicaban ellos que es insuficiente la fé sin obras, y que los pecadores serán condenados lo mismo que los incrédulos. (1) En efecto, se tenían entónces las ideas más exageradas acerca del poder absolutorio de la fé. Y qué era esta fé despues de todo? La mayoría de las veces un puro deísmo, nada más.

Los espíritus ilustrados de costumbres relajadas, si por casualidad creían en el cielo, pensaban conquistarlo con poco trabajo. «Qué tienes preparado para semejante dia?» preguntó el piadoso teólogo Hasan de Badora, al poeta Ferazdac «el Perdido,» que concurría con él á un entierro. «El testimonio que doy hace sesenta años de la unidad de Dios,» repuso tranquilamente el poeta. (2) Los no-conformistas, protestaban contra esta teoría. «Por esa cuenta, el mismo Satanás hubiera escapado á la condenacion eterna; no está él convencido también de la unidad de Dios?» (3)

(1) Chahrastani y Mobarrad, «pasim.»

(2) «Nouveau Journ. asiat, t. XIII, p. 543.»

(3) Chahrastani, p. 91.

Á los ojos de una sociedad ligera, frívola, escéptica, semi-pagana, religion tan apasionada, unida á tan austera virtud, era una heregía. Es preciso estirparla se decían, porque sucede á veces, que el exepcticismo proscribela piedad en nombre de la filosofia, como suele la piedad proscribir en nombre de Dios la razon independiente. Por su parte, el gobierno se alarmaba no sin motivo con estos demócratas, con estos niveladores. Los Omeyas hubieran podido consentirlos y hasta aplaudirlos si se hubiesen limitado á declarar, que los jefes del partido ortodoxo los llamados santos del Islamismo como Talha, Zobair, Alí y Aixa, la viuda del Profeta, no eran sino ambiciosos hipócritas; pero fueron más allá. Sin contar que, á ejemplo de los ortodoxos de Medina, trataban de incrédulos á los Omeyas y disputaban á los Coreiscitas el derecho esclusivo al califato, negando atrevidamente, que el Profeta, hubiere dicho que el gobierno espiritual y temporal estaba vinculado en esta tribu, predicaban, que cualquiera podía ser elegido Califa fuera de la condicion que fuera, ora perteneciera á la más alta nobleza, ora al rango social mas ínfimo, ya fuera Coreiscita ó esclavo, tema



peligroso que minaba por su raíz el derecho público. Había mas: soñando en una sociedad perfecta, estas almas cándidas y apasionadas por la libertad, predicaban que el Califa solo era necesario para contener á los malvados, y que los verdaderos creyentes, los hombres virtuosos, podian pasarse sin él. (1) Dándose la mano el gobierno y la aristocracia del Irac, para anonadar por un esfuerzo comun á los no-conformistas y á su doctrina, como ántes la nobleza siria habia secundado á los Omeyas, en su lucha con los compañeros del Profeta, comenzó una persecucion cruel y terrible, dirigida por el gobernador Obaidallah. ¡Aquél escéptico, aquel filósofo, aquel que habia hecho matar al nieto del Profeta, derramó á torrentes la sangre de esos hombres, que en el fondo de su alma debía mirar como los verdaderos discípulos de Mahoma! No porque fueran temibles por el pronto: vencidos por Alí en dos sangrientas batallas, no predicaban ya en público, se ocultaban, habian hasta de puesto á su gefe, porque desaprobada su inaccion y su comercio con los Árabes que no eran de su secta, (2) pero eran, y sus

(1) Chahrastaní p. 87 90.

(2) Mobarrad, p. 575.

enemigos lo sabían muy bien, fuego escondido en la ceniza que sólo necesitaba aire para reanimarse. Propagaban en secreto sus principios con una elocuencia viva, arrebatada, arrastradora, irresistible, porque nacía del corazón. «Es preciso que ahogue en «germen, esa herejía respondió Obaidallah, «cuando se le dijo que estos sectarios no eran «bastante peligrosos para motivar tantas «crueldades; esos hombres son mas temibles que pensáis, sus menores palabras «encienden los espíritus como la ligera chispa hace arder un montón de juncos.» (1)

Los no-conformistas, sostuvieron esta ruda prueba con una firmeza verdaderamente admirable. Tranquilos y resignados iban al cadalso con paso firme, recitando oraciones ó versículos del Corán, y recibían el último golpe glorificando al Señor. Ninguno de ellos faltó jamás á su palabra para salvar su vida amenazada. Un agente de la autoridad, arrestó á uno de los sectarios en la calle. «Permitidme entrar un momento en «casa le dijo el no-conformista á fin de que «me purifique y en seguida ore.—Y quién «me responde de que vuelvas?—Dios,»

---

(1) Id. p. 647.

replicó el no-conformista y volvió. (1) Otro encerrado en la prision asombró hasta á su carcelero por su piedad ejemplar y su elocuencia persuasiva. «Vuestra doctrina «me parece hermosa y santa le dijo este y quiero serviros. Os permitiré, pues, ir á ver vuestra familia, durante la noche, si me prometeis volver al romper el alba.—Os lo prometo,» le respondió el no-conformista, y desde entónces le dejó salir el carcelero todas las tardes despues de ponerse el sol. Pero una noche que el no-conformista estaba con su familia, vinieron á decirle que el gobernador, irritado porque habian asesinado á unos de sus verdugos, habia dado orden de decapitar á todos los herejes que se hallaban en la prision. Apesar de los ruegos de sus amigos, apesar de las lágrimas de su mujer y de sus dos hijos que le conjuraban no entregarse á una muerte segura, el no-conformista volvió á su prision diciendo: «Podría presentarme delante de Dios habiendo faltado á mi palabra?» Vuelto á su calabozo y viendo pintada la tristeza en el rostro del buen carcelero: «Tranquilizaos, «le dijo; conocia la orden de vuestro señor.

---

(1) Id. p. 659.

—La conocíais y habéis vuelto!» exclamó el carcelero lleno de asombro y de admiración. (1)

También las mujeres rivalizaban con los hombres en valor. Advertida la piadosa Baldaj de que Obaidallah había pronunciado su nombre la víspera, lo que equivalía en su boca á una sentencia de muerte, reusó esconderse como sus amigos le aconsejaban. «Peor para él si me manda prender, puesto que Dios le castigará, dijo ella, «pero no quiero que ninguno de mis hermanos sea molestado por culpa mia.» Serena y resignada esperó á los verdugos, que después de cortale manos y piernas arrojaron el tronco en el mercado. (2)

Tanto heroísmo, tanta grandeza, tanta santidad, escitaban el interés y la admiración de las almas justas, é imponían algunas veces respeto hasta á sus verdugos mismos. A la vista de aquellos hombres demacrados y pálidos, que apenas comían ni dormían, (3) y que parecían rodeados de una aureola de gloria, un santo terror detenía el brazo que iba á herirlos. (4) Mas

---

(1) Mobarrad, p. 647, 648.

(2) Id. p. 647.

(3) Chahrastaní, p. 89; Mobarrad, p. 590.

(4) Mobarrad, p. 670.

adelante, no fué ya el respeto, sino el miedo el que les hizo dudar. La secta perseguida se convirtió en una sociedad secreta, cuyos miembros eran solidarios. Al día siguiente de cada ejecución se estaba seguro de encontrar asesinado al verdugo. (1) Esto era ya un principio de resistencia armada, pero que no satisfacía á los mas exaltados del partido. En efecto, bajo el punto de vista de la secta y aun de los musulmanes en general, la paciente resignacion á los suplicios, léjos de ser un mérito, se reputaba debilidad. La iglesia musulmana es esencialmente militante, tomada esta palabra en otro sentido que en la iglesia católica. Así mismo reprochaban los exaltados á los moderados su comercio con los «ladrones, é incrédulos», (2) su inaccion, su cobardia, y asociéndose á estas censuras, los poetas escitaban á tomar las armas, (3) cuando se supo que el ejército de Moslin iba á asediar las dos ciudades santas.

Este fué el momento decisivo para la secta de que Nafi, hijo de Azrac, era en-

---

(1) Mobarrad. p. 648 y sig.

(2) Id. p. 577.

(3) Id. p. 661.

tonces el hombre mas eminente. Voló con sus amigos á la defensa del sagrado territorio, y Ibn-Zobair, que decia que para combatir á los Árabes de la Siria aceptaria socorro hasta de los Dailemitas, de los Turcos, de los paganos y de los bárbaros, (1) los recibió con los brazos abiertos, y aun les aseguró que participaba de sus doctrinas. Durante el sitio de la Meca, hicieron los no-conformistas prodigios de valor; pero no tardaron en apercibirse de que era imposible toda union entre ellos, y el jefe de la alta Iglesia. Volvieron, pues, á Basora, y aprovechándose despues del universal desórden, se establecieron en la provincia de Ahwas, despues de haber espulsado á los empleados del gobierno.

A partir de esta época, los no-conformistas, los de Ahwas al menos, que los Árabes llaman Azrakitas, del nombre del padre de Nafi, no se contentaron con romper todo comercio con los árabes de otras sectas, ni con declarar que era un pecado asociarse con ellos, comer los animales que ellos mataban y contraer matrimonio con sus fami-

---

(1) Id. p. 678.

lias sino que exasperados por muchos años de persecucion y sedientos de venganza desplegaron un carácter feróz y cruel, sacaron de sus principios las consecuencias mas estremas, y encontraron en el Coran, que interpretaban, como algunas sectas de Inglaterra y Escocia, interpretaron la Biblia en el siglo XVII, argumentos para justificar y santificar su ódio implacable. Todos los demás Árabes eran á sus ojos incrédulos ó pecadores, lo que venia á ser lo mismo, era pues preciso estirparlos si reusaban aceptar las creencias del pueblo de Dios, pues que Mahoma solo habia dejado á los árabes paganos la eleccion entre el mahometismo y la muerte. A ninguno debia perdonarse, ni aun á las mugeres y niños de pecho, porque Noé decia en el Coran: «Señor, no dejes subsistir sobre la tierra ninguna familia infiel, porque, si la dejas seducirian, á tus siervos, y no procrearlan sino impios é incrédulos.» (1) Se quiso esterminarlos; á su vez ellos querian esterminar á sus perseguidores. De mártires se convirtieron en verdugos.

Pronto, señalando su paso con torrentes

---

(1) Id. 680, 683.

de sangre, avanzaron hasta dos jornadas de Basora. Una consternacion inesplicable reinaba en la ciudad. Los habitantes, que como es sabido, confesaban de ordinario su cobardia con un cinismo repugnante; no podian contar mas que con sus propias fuerzas y valor, pues era precisamente la época en que se habian emancipado de la dominacion de los Omeyas y aun reusaban reconocer á Ibn-Zobair. Para colmo de desdichas habian sido lo bastante locos para poner á la cabeza del gobierno al Coreiscita Babba, (1) hombre de escesiva corpulencia; pero de una completa nulidad. Sin embargo, como tenian que defender sus bienes, sus mujeres, sus hijos y su propia vida, la gravedad del peligro les dió un poco de energia y salieron en busca del enemigo con mas pres-teza y valor de las que mostraban de ordinario, cuando era preciso combatir. Se vino á las manos cerca de Dulab, y se batieron durante un mes. En uno de estos combates pereció Nafi, y los Árabes por su parte perdieron los tres generales que se sucedieron en el mando (2) y fatigados al

---

(1) Compárese á Ibn-Khaldun. t. II, fól. 171 v. con Mobarrad, p, 688.

(2) Mobarrad p. 688-690.



fin de tan larga campaña, descorazonados al ver que tantos combates no producian resultados decisivos, y debilitados por esfuerzos á que estaban poco acostumbrados, conocieron que habian tomado por fuerza su deseo y se volvieron á sus hogares. Hubieran inundado entónces todo el Irac los feroces sectarios, si Haritha no les cerrára el paso al frente de sus contributos los Ghoddan. «Vergüenza eterna sobrenosotros; «dijo á sus compañeros de armas, si abandonamos á nuestros hermanos de Basora á «la rabia feróz de los no-conformistas» y combatiendo como partidario, sin carácter oficial, preservó al Irac del terrible azote que le amenazaba.

Pero como el peligro era siempre inminente, como Haritha podia ser vencido á cada instante y entónces nada impediría al enemigo penetrar hasta Basora, los habitantes de esta ciudad, no hallaron otro medio de salvacion mas que coaligarse con Ibn-Zobair y reconocerlo Califa. Esto fué lo que hicieron, é Ibn-Zobair les envió un gobernador que confió el mando de las tropas á un hermano suyo llamado Othman. Al frente ya del enemigo, y viendo que tenía de su parte, la superioridad numérica,

Othman dijo á Haritha que se habia reunido con él:

—Y qué, es ese todo su ejército?

—Vos no los conoceis, le respondió Haritha, os darán bastante que hacer, os lo prometo.

—Por Dios! replicó Othman con aire desdenoso, antes de comer he de saber si saben batirse.

—Sabed, general, que una vez formados en batalla no retroceden nunca.

—Sé, que los Iracanos son cobardes. Y qué sabeis de guerra Haritha?... lo que vos sabeis es otra cosa... Acompañó Otman estas palabras con un gesto significativo: y furioso Haritha, por haber tenido que sufrir de aquel estrangero, de aquel pietista, el doble reproche de cobardía y de embriaguéz, permaneció inactivo con los suyos, sin tomar parte en el combate

Víctima de su imprudencia, despues de haber visto sus tropas en fuga, pereció Othman en el campo de batalla. Iban á recoger los no-conformistas el fruto de su victoria, cuando Haritha, levantando del suelo el estandarte y formando á sus contributos en batalla detuvo el empuje de la hueste enemiga. Con razon decía un poeta: «Si Harit-

«ha no hubiese estado allí, ningun Iracano  
«hubièse sobrevivido á esta fatal jornada.  
Cuando se pregunta: «Quién ha salvado la  
provincia?» Máadditas y yemenítas contes-  
«tan á una voz: Él.»

Desgraciadamente los pietistas que Ibn-Zobair envió sucesivamente á gobernar el Irac, no supieron apreciar á este hombre, el único sin embargo, que en medio de la general vileza, habia dado pruebas de valor y de energia. Es, decian, un borracho, un incrédulo, y se obstinaban en reusarle la posicion oficial que solicitaba y los refuerzos de que tenia absoluta necesidad para contener los cónatos del enemigo. Estrechado cada vez mas el valiente guerrero, no pudo salvar su debilitado ejército, sino por una retirada que parecía una fuga. Perseguido por el enemigo, llega al pequeño Tigris y se mete precipitadamente en los barcos para atravesarlo. Iban ya estos por la mitad del rio, cuando oyó Haritha los gritos de angustia que profería un bravo Teminita, que, habiendo llegado demasiado tarde para embarcarse, estaba á punto de ser alcanzado por el enemigo. Manda en seguida al barquero volver á la ribera. Obedece éste, pero la orilla donde abordó era muy es-

carpada y el Teminita pesadamente armado se deja caer en la barca; el peso de la caída la hace sozobrar y todos perecen tragados por las olas. (1)

El Irac había perdido su último defensor y el enemigo avanzaba, ya se preparaba á echar un puente sobre el Eufrates. Muchos vecinos abandonaban á Basora, para buscar en otra parte un asilo, otros se preparaban á seguirlos, y el miedo que inspiraban las terribles «cabezas peladas» era tan grande y tan universal, que no se encontró quien quisiera encargarse del mando del ejército. Mas entónces, como por una inspiración del cielo, un mismo pensamiento se posesionó de todos los ánimos, una misma palabra salió de todas las bocas: «Solo Mohallad puede salvarnos!» (2)

Y Mohallad los salvó. Era sin disputa un hombre superior, digno por todos conceptos, de la admiración que le profesaba un héroe cristiano, el Cid, cuando en su palacio de Valencia se hacía leer los altos hechos de los antiguos héroes del islamismo. (3) Como nada escapaba á su penetración, comprendió des-

(1) Mobarrad p. 698-700.

(2) Id. p. 701, cf. p. 593, é Ibn-Coteba p. 203.

(3) Véanse mis «Recherches», t. II, p. 25.

de luego que una guerra de esta naturaleza, pedia en el general algo mas que talentos militares, que para reducir á estos fanáticos dispuestos á vencer ó morir, y que, atravesados de parte á parte por las lanzas enemigas, se abalanzaban sobre sus enemigos gritando: «Á tí venimos Señor,» (1) era necesario oponerles soldados no solo aguerridos y disciplinados, sino animados en el mismo grado por el entusiasmo religioso. Y obró el milagro: él supo transformar á los excépticos Iracanos en celosos creyentes, persuadirles de que los no-conformistas, eran los enemigos mas encarnizados del Eterno, inspirarles el deseo de obtener la corona del martirio. Cuando el valor vacilaba, atribuía osadamente á Mahoma palabras proféticas que prometian el triunfo á sus soldados, (2) porque por un contraste singular, las artes de la impostura le eran tan naturales como un valor magnánimo. Desde entónces los soldados no dudaban y obtenian la victoria, convencidos de que le habia sido prometida por el cielo. Hubo pues, en esta

---

(1) Mobarrad, p. 623.

(2) Ibn-Khallican. Fasc. IX, p. 48, ed. Wüstenfeld.

guerra que duró diez y nueve años, (1) una emulacion de violencia y de ódio fanático, y no se podia decir cual de los dos partidos se mostró mas ardiente, mas encarnizado, mas apasionadamente implacable. «Si viera venir por una parte á los «Dailemitas paganos, y por otra á los no-«conformistas, se decia en el ejército de Mo-«hallab, me lanzaría sobre los últimos, «porque el que muera, muerto por ellos, «gozará en los cielos de una aureola diez ve-«ces mas resplandecientes que la de los otros mártires.» (2)

Mientras que Basora necesitaba de todas sus fuerzas y de toda su energía para rechazar á los no-conformistas, otra secta, la de los Siitas inspiraba los mas sérios temores, tanto á los Omeyas como á Ibn-Zobair.

Si los principios de los no-conformistas, debian conducir necesariamente á la democracia, los de los Siitas llevaban derechamente al mas terrible despotismo. No pudiendo admitir que el Profeta hubiera tenido la imprudencia de abandonar á la multitud la eleccion de sucesor, se fundaban en algunas espresiones bastantes equí-

(1) Chahrastaní, p. 89.

(2) Mobarrad, p. 704.

vocas de Mahoma para enseñar que este habia designado espresamente á Alí, por su sucesor, y que el Califado era hereditario en la familia del esposo de Fátima. Consideraban, pues, como usurpadores, no solo á los Omeyas, sino tambien á Abu-Becr, Omar y Othman, y elevaban al mismo tiempo al Califa al rango de Dios, pues creian que ni pecaba jamás ni participaba de ninguna de las debilidades é imperfecciones de los hombres. De esta deificacion del Califa, la secta que dominaba entónces y que habia sido fundada por Caisan (1) liberto de Alí, llegó por una consecuencia lógica á la triste doctrina de que la fé, la religion y la virtud consisten exclusivamente en la sumision pasiva y en la obediencia ilimitada á las órdenes del hombre-Dios, (2) estraño y monstruoso pensamiento antipático al carácter árabe, pero nacido en el cerebro de los antiguos sectarios de Zoroastro, que, acostumbrados á considerar en sus reyes y sacerdotes descendien-

---

(1) Algunos autores árabes identifican sin razon á Caisan con Mokhtar. Caisan llegó á ser mas adelante jefe de la guardia de Mokhtar; véase á Ibn-Khaldun. t. II, fól. 176 v.

(2) Chahrastani, p. 108, 109.

tes de los dioses de los génius y de las divinidades, trasladaban á los gefes de la nueva religion la veneracion que ántes concedian á sus soberanos, (1) pues los Siitas eran una secta esencialmente persa que se reclutaba con preferencia entre los libertos, (2) es decir, entre los Persas. De esto viene tambien que esta secta diera á sus creencias el aspecto formidable de una guerra ciega y furiosa contra la sociedad: odiando á la nacion dominante y envidiándole sus riquezas, estos Persas le pedian su parte de bienes terrenos. (3) Sus gefes, sin embargo eran ordinariamente Árabes que esplotaban en su provecho la credulidad y el fanatismo de estos sectarios. En esta época se dejaban guiar por Mokhtar, espíritu al par audáz y flexible, violento y trapacero, héroe y malvado, tigre en la cólera, y en la reflexion raposa. Sucesivamente no-conformista, ortodoxo-Zobairita, como se decia entónces, y Siita, habia pasado por todos los partidos, desde el que representaba la

---

(1) De Sacy. «Exposé de la religion des Druzes.» t. I, Introduccion, p. XXVII,

(2) Tabarí, «apud» Weil, t. I, p. 378 en la nota.

(3) Ibn-Khalidun. «passim.»



democracia hasta el que predicaba el absolutismo, y para justificar sus continuos cambios, muy propios para inspirar dudas acerca de su sinceridad y buena fé, se había creado un Dios á su imágen, un Dios esencialmente mudable, que sabia, que queria y ordenaba mañana lo contrario de lo que habia sabido, querido y ordenado la víspera. Esta singular doctrina tenia además para él otra ventaja: como él se preciaba de predecir lo futuro, ponía con ella sus presentimientos y sus visiones al abrigo de toda crítica, pues si el éxito no las justificaba, decia: «Dios ha cambiado de opinion.»

(1) Y sin embargo, á pesar de las contrarias apariencias, ninguno era menos inconsecuente y menos variable que él. De lo que sí cambiaba era de medios. Todas sus acciones tenían un único móvil: una ambicion desenfrenada, todos sus esfuerzos tendian á un solo fin, el poder y el mando. Menospreciaba todo lo que otros temian ó veneraban. Su espíritu orgulloso se cernia con desdeñosa indiferencia sobre todos los sistemas políticos y creencias religiosas, que consideraba como otros tantos señuelos, inventados para engañar á la

---

(1) Chaharastaní, p 110,

multitud, como otros tantos prejuicios de que un hombre hábil, debe saberse servir para alcanzar sus fines. Pero aunque él representase todos los papeles con incomparable destreza, el de gefe de los Siitas, era el que mas convenia á su caracter. Ninguna otra secta habia mas simple y crédula, ninguna tenia ese carácter de obediencia pasiva que cuadraba á su genio imperioso.

Quitó por un atrevido golpe de mano Cufa á Ibn-Zobair, y en seguida hizo marchar sus tropas contra el ejército sirio enviado contra él por el Califa Abdelmelic, que acababa de suceder á su padre Merwan. Solo esperaban esto para levantarse los de Cufa, que sufrían ardiendo en indignacion y en ira el yugo del impostor y de los Persas «sus esclavos» como ellos los llamaban, (1) pero Mokhtar, supo ganar tiempo embaucándolos con protestas y promesas y lo aprovechó para enviar á su general Ibrahim, la órden de regresar en seguida. Cuando menos lo esperaban, vieron los rebeldes á Ibrahim y á sus Siitas caer sobre ellos espada en mano. Así que la revolucion fué ahogada en sangre, Mokhtar hizo prender y decapitar á doscientas cincuenta personas cu-

---

(1) Ibn-Khaldun, t. II, fól. 179 v.

ya mayor parte habian combatido á Hosain en Kerbelá. Sirvióle de pretesto la muerte de Hosain, pero su intento era quitar á los Árabes el deseo de volver á las andadas. Guardáronse de hacerlo; para escapar al depotismo del hacha emigraron en masa.

Ordenando de nuevo á sus tropas que marcharan contra los Sirios, nada descuidó Mokhtar para escitar su entusiasmo y su fanatismo. En el momento de partir les enseñó una silla vieja que habia comprado á un carpintero en el módico precio de dos monedas de plata, que hizo cubrir de seda, y hacía pasar por el trono de Alí. «Este trono, dijo á sus soldados, será para vosotros lo que el arca de la alianza para los hijos de Israel. Colocadla en lo mas sangriento de la pelea, y sabed defenderlo.» (1) Despues añadió: «Si obteneis la victoria, será porque Dios os habrá ayudado, pero no os desalenteis si experimentais un descabro, pues me ha sido revelado que Dios enviará entónces á vuestro socorro ángeles que vereis volar cerca de las nubes, en forma de pichones blancos » Conviene saber que Mokhtar habia confiado á sus más in-

---

(1) Mobarrad, p. 667.

timos confidentes, pichones criados en los palomares de Cufa, con orden de soltarlos cuando hubiera que temer mal éxito. (1) Estas aves servirían para avisar á Mokhtar la necesidad de proveer á su seguridad, y escitarían juntamente á los crédulos soldados á emplear todos sus esfuerzos para trocar en triunfo la derrota.

La batalla tuvo lugar en las riberas del Khazir, nó lejos de Mosul (Agosto de 686) Los Siitas al principio llevaron lo peor. Entónces se soltaron los pichones. La vista de estas aves reanimó su valor, y cuando en su exaltacion fanática se precipitaron sobre el enemigo, con una rabia desenfundadagritando: «Los ángeles! ¡los ángeles!» otro grito se oyó en el ala izquierda del ejército sirio. Compuesta enteramente de Caisitas, estaba mandada por Omair, ántes teniente de Zofar. La noche precedente había tenido una entrevista con el general siita. Plegando ahora su bandera, exclamó: «Venganza! Venganza por la Pradera!» Desde entónces los Caisitas permanecieron como espectadores inmóviles, aunque no indiferentes del combate, y al oscurecer, el ejér-

---

(1) Id, p. 665.

cito sirio despues de haber perdido á su general en jefe Obaidallah, estaba en plena derrota. (1)

Mientras Mokhar se embriagaba con su triunfo, los emigrados de Cufa suplicaban á Mozad, hermano de Ibn-Zobair y gobernador de Basora que fuese á combatir al impostor asegurándole que, apenas se presentase, todos los hombres sensatos de Cufa se declararían á su favor. Cediendo á estos ruegos citó Mozab á Mohallab en Basora y juntos marcharon contra los Siitas, obteniendo sobre ellos dos victorias y sitiando á Mokhtar que se habia refugiado en la ciudadela de Cufa. Veía este inevitable la ruina de su partido; pero estaba decidido á no sobrevivirle. «Precipitémosnos sobre los «sitiadores dijo á sus soldados. Mas vale »perecer como valientes, que morir aquí de «hambre ó dejarnos degollar como corde-«ros.» Pero habia perdido su prestigio; de seis ó siete mil hombres, sólo veinte respondieron á su llamamiento y vendieron caras sus vidas. No aprovechó á los demás su cobardía. Eran, segun los Emigrados, bandidos y asesinos, y el despiadado Mozab los

---

(1) Mobarrad, p. 666. 667; Nasudi, fól. 125 r y v.

entregó todos al verdugo. (687) Pero no gozó largo tiempo de su triunfo. Sin querer, había prestado al rival de su hermano un servicio importante, desembarazándole de los Siitas, sus mas terribles enemigos; y Abdelmelic, no teniendo ya nada que temer por este lado, hacía los mayores preparativos para atacar á los Zobairitas en el Irac. Para no dejar enemigos tras de sí, comenzó por sitiarse á Carkisia, donde Zofar representaba un extraño papel. Ya pretendia combatir en favor de Ibn-Zobair, ya suministraba víveres á los Siitas y les proponía marchar unidos contra los Sirios. (1) Todos los enemigos de los Omeyas, por diversas que fueran sus pretensiones, eran para él aliados y amigos. Asediado por Abdelmelic, que, siguiendo las advertencias de los Kelbitas, mantenía prudentemente á sus guerreros caisitas fuera de combate, defendió su guarida con extrema obstinacion; una vez sus soldados llegaron á hacer una salida tan vigorosa, que penetraron hasta la tienda del Califa, y como éste tenia prisa de concluir para poder marchar contra Mozab, entabló negociaciones que rompió cuando la

---

(1) Ibn-Khaldun, fól. 174 v, 175 r.

destrucción de cuatro torres, le dió esperanzas de tomar la ciudad á viva fuerza y que volvió á reanudar cuando el asalto fué rechazado. A costa de algun dinero que se repartiría entre los soldados del Califa, Zofar, obtuvo las mas honrosas condiciones: la amnistía para sus compañeros de armas, y para él el gobierno de Carkisia. (1) Para satisfacer su vanidad, estipuló además que no sería obligado á prestar juramento al Califa omeya hasta la muerte de Ibn-Zobair. En fin, para sellar su reconciliacion, convinieron entre sí que Maslama hijo del Califa, se casaría con una hija de Zofar. Éste, concluida la paz, fué al lado de Abdelmelic, quien le recibió con muchas atenciones y le hizo sentar á su lado en su mismo trono. (2) Era un espectáculo conmovedor ver á estos dos hombres tanto tiempo enemigos darse las mayores seguridades de una amistad fraternal. ¡Apariencia engañosal! Para que la amistad de Abdelmelic á Zofar, se trocase en ardiente ódio, bastaría recordarle un solo verso. Un noble yemenita, Ibn-

---

(1) Ibn-Khaldun, no hace mencion de esta cláusula, pero véase el «Nouveau Journ. asiat.», t. XIII pág. 305.

(2) Ibn-Khaldun, fól, 182 v. 183 r.

Dhi-'l-calá, entró en la tienda y contemplando el asiento de honor que ocupaba Zofar comenzó á llorar, y como el Califa le preguntára la causa de su emocion le dijo: «Príncipe de los creyentes, cómo no derramar amargas lágrimas cuando miro á ese hombre rebelde en otro tiempo contra vos, cuyo alfange destila aun sangre de mi familia, víctima de su fidelidad en serviros, cuando veo á ese enemigo de los míos sentado con vos en ese trono á cuyos piés estoy?—Si le hice sentar á mi lado respondió el Califa, no es porque quiera elevarle sobre tí; es solo porque su lengua es la mía y su conversacion me agrada.»

Informaron al poeta Akhtal, que en aquel momento estaba bebiendo en otra tienda, de la acogida que el Califa dispensaba á Zofar. Él odiaba, él aborrecía al ladron de Carkisia, que muchas veces estuvo á punto de esterminar toda su tribu de Taghlib. «Voy á darle el golpe que no ha podido asestarle Ibn-'l-Dhi-calá.» Y se presentó en seguida al Califa, al que despues de haber mirado fijamente, recitó estos versos.

El licor que llena mi copa tiene los brillantes reflejos del ojo vivo y animado del



gallo. Él exalta, el espíritu del bebedor. El que bebe tres vasos sin mezclarle agua, siente nacer en sí el deseo de derramar beneficios. Marcha balanceándose muellemente como las encantadoras hijas de Corech, y deja flotar al capricho de los vientos los pliegues de su vestido.

—A qué propósito vienes á recitarme estos versos? le dijo el Califa. Sin duda tienes alguna idea en la cabeza.

—Es verdad, ¡oh príncipe de los creyentes! muchas ideas me asaltan en efecto cuando veo sentado cerca de vos, en vuestro mismo trono al hombre que decía ayer: «Sin «duda reposará la yerba sobre la tierra nuevamente removida que cubre los huesos «de nuestros hermanos, pero nosotros no «los olvidaremos jamás y guardaremos siempre para nuestros enemigos un ódio implacable.»

A estas palabras saltó Abdelmelic como si le hubiera picado una avispa. Furioso, jadeando de cólera, brillando sus ojos con una rábia feróz pegó á Zofar un violento putapié en el pecho, y lo lanzó del trono..... Zofar confesó despues que nunca se habia creído tan cerca de su última hora como en aquel instante. (1)

---

(1) Nouveau Journ. asiat. t. XIII, p. 304-307.

El tiempo de una reconciliacion verdadera no habia llegado aun, y los Caisitas no tardaron en dar á los Omeyas una nueva prueba de su ódio inveterado. Zofar habia reforzado el ejército de Abdelmelic, que iba á combatir á Mozab con una division de Caisitas, mandada por su hijo Hodhail, pero luego que estuvieron enfrente los dos ejércitos, los Caisitas se pasaron al enemigo con armas y bagajes. (1) No tuvo sin embargo esta defeccion las sensibles consecuencias que habia tenido la de Omair. Por el contrario la fortuna sonreia á Abdelmelic. Ligeros y móviles los Iracanos habian olvidado ya sus quejas contra los Omeyas: poco dispuestos, como siempre, á combatir por nadie, y no teniendo con más razon ganas de dejarse matar por un pretendiente que menospreciaban, abrieron los oidos á los emisarios de Abdelmelic, que recorrian el pais, prodigando el oro y las promesas mas seductoras. Mozab estaba pues rodeado de generales vendidos á los Omeyas, y que empeñada la batalla no tardaron en mostrar sus verdaderas intenciones. «Yo no  
«quiero, le respondió uno cuando le mandó

---

(1) Ibn-Khaldun, fól. 181 v.

«cargar, que mi tribu perezca por una causa que nada le importa.»—«¿Qué, me mandais marchar contra el enemigo? le dijo otro, mirándolo con aire burlesco é insolente: «ninguno de mis soldados me seguirá «y me pondria en ridículo si cargára solo.» (1) Para un hombre noble y valiente como Mozab, no habia mas que un partido que seguir. Dirigiéndose á su hijo Isa, le dijo «Marcha á decir á tu tio que los pérfidos «Iracanos me han hecho traicion y despidete de tu padre á quien ya quedan pocos instantes que vivir.—Nó, padre mio, «de respondió el jóven, no me reprocharán «los Coreiscitas que os abandone á la hora «del peligro.» Padre é hijo se lanzaron á lo mas empeñado de la pelea, y bien pronto sus cabezas fueron presentadas á Abdelmelic. (690)

Todo el Irac juró al Omeya. Mohallab que la misma víspera, ignorando todavia la muerte de Mozab, ya conocida por los no-conformistas, habia declarado en una conferencia con los jeques de estos sectarios que Mozab era su señor en este mundo y en el otro; que estaba pronto á morir por él, y

---

(1) Ibn-Badrún, p. 189.

que el deber de todo musulman era combatir á Abdelmelic, hijo de un maldito; Mohallab imitó el ejemplo de sus compatriotas, luego que hubo recibido el diploma por el que el Califa omeya le confirmaba en todos sus cargos y dignidades. Hé aquí de qué manera los Iracanos, aun los mejores, comprendian el honor y la lealtad! «Decidid ahora vosotros mismos si el error está de vuestra parte ó de la nuestra; exclamaron los «no-conformistas con justa indignacion, y «tened al menos la franqueza de confesar «que esclavos de los bienes de este mundo miserable servís é incensais á todo poder que os pague, hermanos de Satanás!» (1)

---

(1) Wiel, t. I, p. 411; Mobarrad, p. 736.

---

## VIII.

Abdelmelic alcanzaba ya el objeto de sus anhelos. Para reinar sin competidor sobre el mundo musulman solo le restaba conquistar la Meca, residencia y último asilo de su émulo. Esto era á la verdad un sacrilegio, y Abdelmelic se hubiera estremecido de horror ante el solo pensamiento de realizarlo, si conservara todavia los piadosos sentimientos que le habian distinguido en su juventud. (1) Pero no era ya el joven cándido y estusiasta que en un arrebatado de santa indignacion apellidaba á Yezid el enemigo del Eterno, porque se había atrevido

---

(1) Véase á Soyuti, «Tarikh» al-Kholafá,» p. 216, 217, ed Lees.

á enviar soldados contra Medina, la ciudad del Profeta! (1) Los años, el trato del mundo y el ejercicio del poder, habian agotado ya su candor juvenil y su fe sencilla, y se cuenta que el dia en que su primo Achdac dejó de vivir, ese dia en que Abdelmelic se manchó con el doble crimen del perjurio y del asesinato, habia cerrado el libro de Dios diciendo con aire helado y sombrío: «Desde «ahora ya no hay nada de comun entre «nosotros. (2) Así sus sentimientos religiosos eran bastantes conocidos para que nadie se asombrára al saber que iba á enviar tropas contra la Meca; mas lo que á todo el mundo sorprendió fué que eligiera por caudillo de esta importante espedicion á un hombre salido de la nada, á un cierto Haddadj, en otro tiempo maestro de escuela de Taif, en la Arabia que se creia feliz, si enseñando á leer á los niños «tarde y mañana,» llegaba á ganar con que comprar un pedazo de pan seco. (2) Conocido solamente por haber restablecido un poco la disciplina en la guardia de Abdelmelic, (4) por haber mandado una division en el Irac,

(1) Mobarrab, p. 636.

(2) Mobarrad, p. 635.

(3) Ibn-Coteba, p. 272.

(4) Ibn-Khallican, t. I, p. 182, ed. de Slane.

donde la desercion del enemigo le habia quitado los medios de mostrar su bravura ó su cobardia, y en fin, por haberse dejado derrotar en el reinado de Merwan por los Zobairitas, (1) debió su nombramiento á una extraña circunstancia. Cuando solicitó el honor de mandar el ejército que iba á asediar á Ibn-Zobair, el Califa le respondió al principio por un «cállate» altivo y desdeñoso; (2) pero por una de esas anomalías normales del corazon humano, Abdelmelic, por lo demás poco creyente, tenia una fé firmísima en los sueños y Haddjadj sabia explotarla. «Yo he soñado, le dijo, que desollaba á Ibn-Zobair,» y en seguida el Califa le confirió el mando que solicitaba. (3)

En cuanto á Ibn-Zobair, habia recibido con gran calma y resignacion la nueva de la pérdida del Irac y de la muerte de su hermano. Justo es decir que no dejaban de inquietarles los proyectos de Mozab, que en su sentir gustaba demasiado de darse aires de soberano, y tanto mas fácilmente se consoló de esta pérdida, cuanto que le daba ocasion de desplegar sus talentos oratorios, predicando un sermon que acaso nos pareceria

---

(1) Ibn-Coteba, p. 201.

(2) Frakihi, fól. 401 r.

(3) Ibn-Coteba, p. 202.

frio y rebuscado, pero que sin duda él hablaría muy edificante, en que decía sencillamente que la muerte de su hermano le había llenado á la par de tristeza y de alegría: de tristeza porque se veía «privado de un «amigo cuya muerte era para él una herida «tan penetrante, que no dejaba al hombre «sensato otro recurso que la resignacion y la «paciencia,»-de alegría, «porque concediendo Dios á su hermano la palma del martirio, había querido darle un testimonio de «su bondad». (1) Mas cuando le fué preciso no predicar sino combatir, cuando vió á la Meca estrechamente cercada y entregada á los horrores del hambre más terrible, vaciló su valor. No porque careciera de ese vulgar esfuerzo que todo soldado, á no ser de extrema cobardía, posee en el campo de batalla, sino porque carecía de energía moral, así que, acercándose á su madre, mujer de una fortaleza verdaderamente romana, á pesar de sus cien años, la dijo:

—Madre mia; todo el mundo me abandona y el enemigo me ofrece aún condiciones bastante aceptables: ¿qué debo hacer?

—Morir, le contestó.

—Pero temo, la replicó con aire lastimo-

---

(1) «Nonveau Journ. asiat.», t. X, p. 140.



so, temo que si sucumbo bajo los golpes de los Sirios, sácien su venganza en mi cadáver....

—¿Y qué te se dá de eso? La oveja que ha sido degollada, ¿sufre cuando la desuelan?

Estas viriles palabras hicieron asomar el rubor de la vergüenza á la frente de Abdallah; y se apresuró á asegurar á su madre que participaba de sus sentimientos y que no habia tenido otro designio que probarla... Pocos momentos despues armado de piés á cabeza volvió para darla el último adios. Ella le estrechó contra su corazon. Su mano encontró una cota de malla.

—Cuando se está decidido á morir no se necesita esto, le dijo.

—No me he puesto esta armadura sino para inspiraros alguna esperanza, contestó él algo desconcertado.

—Ya le he dicho adios á la esperanza; quítatela.

Abdallah obedeció. En seguida, habiendo pasado en la Caba algunas horas en oracion, este héroe sin heroismo cayó sobre los enemigos, muriendo de una manera mas honrosa que habia vivido. Su cabeza fué enviada á Damasco, su cuerpo atado á una

horca con los piés para arriba. (692)

Durante los seis ú ocho meses que había durado el sitio de la Meca, Haddjadj había desplegado un gran valor, una actividad infatigable, una perseverancia á toda prueba y para decirlo todo, una indiferencia hácia las cosas santas, que los teólogos no le han perdonado nunca, pero que prueba que se había consagrado en cuerpo y alma á la cáusa de su señor. Nada le habia detenido, ni la inviolabilidad inmemorial del templo, ni lo que llamaban los demás señales de la cólera del cielo. Un dia en que los Sirios se ocupaban en tirar piedras á la Caba, levantóse una tormenta; doce soldados fueron heridos por el rayo. Poseidos de un terror supersticioso, se detuvieron los Sirios, y ni uno solo quiso proseguir; pero Haddjadj, arremangándose al punto la ropa, cogió una piedra, la puso en la ballesta y movió las cuerdas diciendo con tono burlon y desenvuelto: «Esto no es «nada, yo conozco este pais, pues hé nacido «en él; aquí son frecuentes las tormentas.»

Tanta adhesion á la causa Omeya merecía una brillante recompensa. Abdelmelic nombró á Haddajdj gobernador de la Meca y poco despues de todo el Hidjaz. Co-

mo era de origen caisita, su promoción hubiera probablemente inspirado sospechas y alarmas á los Kelbitas si hubiera sido de nacimiento mas ilustre; pero no era mas que un advenedizo, un hombre sin importancia. Además los Kelbitas podian tambien hacer valer servicios importantes prestados en el sitio de la Meca; la piedra fatal que habia muerto á Ibn-Zobair habia sido lanzada por Homaid Ibn-Bahdal, (1) uno de los suyos. Lo que acabó de tranquilizarlos fué que el Califa se complacia en alabar su bravura y fidelidad; que lisonjeaba y acariciaba á sus jeques en prosa y verso, (2) que continuaba dándoles los empleos con exclusion de sus enemigos, y en fin, que tenian en su favor á muchos príncipes, tales como Khalid, hijo de Yezid I, y Abdalaziz, hermano del Califa é hijo de una kelbita.

Tampoco los Caisitas carecian de protectores en la córte. Bichr, sobre todo, hermano del Califa é hijo de una caisita habia heredado sus intereses y sus querellas; y como decia á cada paso que superaban á los Kelbitas en bravura, sus fanfarronadas en-

---

(1) «Hamasa,» p. 658.

(2) Véanse los versos de Abdelmelic citados en el «Rahian,» fól. 204 r.

cendieron de tal modo la cólera de Khalib, que éste dijo un día á los Kelbitas:

—¿No hay alguno entre vosotros que se atreva á hacer una razia en el desierto de los Cais? Es preciso que se humille el orgullo de los príncipes que tienen por madres mujeres caisitas, pues que no cesan de pretender que en todos los encuentros, lo mismo ántes que despues del Profeta, los Caisitas han llevado la ventaja sobre nosotros.

—Yo me encargo de buena gana, le respondió Homaid Ibn-Bahdal, siempre que me garanticeis que el Sultán no ha de castigarme.

—Os respondo de todo.

—¿Pues qué hareis?

—Nada más sencillo. Sabeis que desde la muerte de Ibn-Zobair, los Caisitas no han pagado el diezmo al Califa. Yo os daré una órden que os autorice á cobrarlo y que se supondrá de Abdelmelic. De esta manera hallareis fácilmente la ocasion de tratarlos como merecen.

Ibn-Bahdal se puso en camino, pero con una comitiva poco numerosa para no despertar sospechas, porque estaba seguro de encontrar soldados donde quiera que hubiese hombres de su tribu. Llegado entre

los Beni-Abd-Wadd y los Beni-Olaim, dos sub-tribus de Kelb que moraban en el Desierto, al Sud de Duma y de Khabt, les comunicó el proyecto de Khalid, y habiendo declarado los mas bravos y mas determinados de las dos tribus que no ansiaban otra cosa que seguirle, se internó con ellos en el Desierto despues de haberles hecho jurar que no habian de tener piedad para los Caisitas.

Un hombre de Fazara, sub-tribu de Cais, fué su primera victima. Oriundo de una rica y poderosa familia, su bisabuelo Hodhaifa Ibn-Badr habia sido el caudillo de los Dhobyan en la célebre guerra de Dahis; pero como la desgracia le hizo tener por madre una esclava, sus orgullosos contributos le menospreciaban de tal modo, que le habian rehusado darle sus hijas en matrimonio (lo que le habia obligado á tomar mujer en una tribu yemenita) y no queriendo admitirlo en su compañía, lo habian relegado á los confines del campo. Este desventurado pária recitaba en alta voz las oraciones de la mañana, y esto fué lo que lo perdió. Guiados por ella, los Kelbitas cayeron sobre él, lo degollaron y uniendo el robo al asesinato, se apoderaron de sus ca-

mellos en número de ciento. Encontrando en seguida cinco familias que descendian tambien de Hodhaifa, las atacaron. El combate fué encarnizado y se prolongó hasta la noche, pero ya entónces todos los Caisitas yacian en el campo de batalla y sus enemigos los creian cadáveres. No lo eran sin embargo; sus heridas, aunque numerosas, no eran mortales, y gracias á la arena, que impelida por un fuerte viento de Oeste, vino á cubrirlos y á contener el derramamiento de sangre, escaparon todos de la muerte.

Continuando su camino durante la noche, los Kelbitas encontraron á la mañana siguiente á otro descendiente de Hodhaifa denominado Abdallah. Este anciano iba de viaje con su familia; pero solo llevaba con él en estado de defenderse á su hijo Djab, que desde que vió llegar la banda kelbita cogió sus armas, montó á caballo, y fué á colocarse á alguna distancia. Cuando los Kelbitas echaron pié á tierra, Abdallah les preguntó quienes eran. Ellos respondieron que diezmeros enviados por Abdelmelic.

—Podeis enseñarme la órden que prueba lo que decís? preguntó el anciano.

—Ciertamente, le respondió Ibn-Bahdal: hé aquí la órden: y las mostró un di-

ploma con el sello del Califa.

— ¿Y cual es el tenor de ese escrito?

—Aquí se lee: «De parte de Abdelmelic, hijo de Merwan, á Homaid Ibn-Bahdal. Al dicho Homaid Ibn-Bahdal, se le ordena por la presente ir á cobrar el diezmo á todos los Beduinos que pueda encontrar. El que pague este diezmo y se haga inscribir en el registro, será considerado como súbdito obediente y fiel; el que rehuse hacerlo será tenido por rebelde á Dios, á su Profeta y al jefe de los creyentes.»

—Muy bien; estoy pronto á obedecer y á pagaros el diezmo.

—Eso no basta; es preciso otra cosa.

—Cuál?

—Queremos que vayais en busca de todos los individuos de vuestra tribu, á recoger el diezmo de cada uno, y que nos señaleis el lugar á que hemos de venir á recibir el dinero de vuestras manos.

—Eso me es imposible. Los Fazara se hallan dispersos en una gran extension del Desierto, yo no soy jóven y no podria emprender un camino tan largo: no tengo á mi lado mas que á uno de mis hijos. Vosotros que venís de tan lejos, y que debeis estar acostumbrados á largos viajes, encontrareis á

mis contributos mucho mas fácilmente que yo; cada dia habreis de llegar á uno de sus campamentos, porque ellos se detienen donde quiera que encuentran buenos pastos.

—Sí, ya lo conocemos. No es para buscar pastos para lo que se han dispersados en el Desierto; es para evadirse del pago del diezmo. Son rebeldes.

—Os puedo jurar que son súbditos fieles; es solo para buscar pastos....

—Dejemos esto y haced lo que os decimos.

—No puedo; hé aquí el diezmo que debo al Calífa, tomadlo.

—Vuestra obediencia no es sincera, porque mirad á vuestro hijo que desde lo alto de su caballo nos echa miradas despreciativas.

—Nada teneis que temer de mi hijo; tomad mi diezmo y marchaos, si sois verdaderamente diezmeros.

—Vuestra conducta muestra demasiado que era verdad lo que nos aseguraban, que vos y vuestros contributos habeis combatido por Ibn-Zobair.

—No hemos hecho semejante cosa. Le hemos pagado el diezmo, porque nosotros los Beduinos extraños á la política, lo pagamos al que es dueño del pais.

—¿Probadme que decís la verdad, hacien-



do bajar á vuestro hijo de su caballo.

—¿Qué teneis que ver con mi hijo? Ese jóven se asusta viendo caballeros armados.

—Que baje, pues que nada tiene que temer.

El anciano se dirigió á su hijo y le mandó que echase pié á tierra.

—Padre mio, le respondió el jóven, veo que sus ojos quieren comerme, esos quieren despedazarme. Dadle todo lo que querais, pero dejadme que me defienda.

Y volviéndose á los Kelbitas, Abdallah les dijo:

—El muchacho teme por su vida. Tomad mi diezmo y dejadnos en paz.

—Nada tomaremos mientras que tu hijo siga á caballo.

—No quiere obedecerme, y además ¿qué falta os hace?

—Bien, os rebelais. Esclavo, trae ávios de escribir! Ya hemos concluido. Vamos á decir al príncipe de los creyentes que Abdallah, nieto de Oyaina nos ha impedido cumplir nuestra comision para con los Beni-Fazaras.

—Os suplico que no hagais semejante cosa, porque yo no he hecho eso.

Pero sin atender á los ruegos del anciano

no, Ibn-Bahdal escribió una carta, y dándosela á uno de sus ginetes, éste tomó al punto el camino de Damasco.

—No me acuseis injustamente de ese modo! Yo os conjuro en el nombre de Dios que no me presentéis como un rebelde á los ojos del Califa, pues estoy pronto á obedecer sus órdenes.

—Haced que descabalgue vuestro hijo.

—Corren malas noticias de vosotros; pero ¿me prometéis que no le sucederá nada malo?

Los Kelbitas se lo prometieron de la manera más solemne. Abdallah dijo á su hijo:

—Que Dios me maldiga si no te bajas del caballo!

Entonces Djad obedeció, y, arrojando al suelo la lanza, se adelantó pausadamente hácia los Kelbitas diciendo con acento triste:

—Este dia nos ha de traer una desgracia, padre mío!

Como el tigre juega con el enemigo que tiene bajo su garra ántes de matarlo, los Kelbitas comenzaron á insultar y encarnecer al jóven, y luego lo tendieron sobre una roca para degollarlo. Durante su agonía, el desgraciado echó á su padre una última mirada llena á la vez de tristeza, de

resignacion y de reproche.

Por feroces que fueran los Kelbitas, los blancos cabellos del anciano les impusieron cierto respeto; no atreviéndose á degollarlo, como habian hecho con su hijo, trataron de matarlo á palos, y le dejaron por muerto sobre la arena. Volvió á la vida, pero atormentado por el remordimiento, no cesaba de decir: «Aunque debiera olvidar todas las desgracias que he sufrido, la mirada que me echó mi hijo cuando le hube entregado á sus verdugos, esa jamás se apartará de mi memoria.»

El caballo de Djad, rehusó abandonar el sitio en que se habia verificado el asesinato. Con los ojos siempre fijos en el suelo y escarbando con la mano la arena manchada aun con la sangre de su amo, el fiel animal se dejó morir de hambre.

Otros asesinatos le siguieron. Entre las víctimas se contó Borda, hijo de un ilustre jeque de Halhala, y los sanguinarios Kelbitas no volvieron á Damasco hasta que los Caisitas, enterados de su verdadero objeto, se libraron de su ciego furor internándose en el Desierto.

Todos los Kelbitas estaban ébrios de gozo y de orgullo, y un poeta de Djohaina, tribu

que como la de Kelb descendia de Codhaa, espresó estos sentimientos con singular energía y fanática exaltacion.

¿Lo sabeis vosotros hermanos míos, decía, vosotros los aliados de los Kelb? Sabeis vosotros que el intrépido Homaid ibn-Bahdal, ha vuelto á los Kelbitas la salud y la alegría? Sabeis que ha llenado de vergüenza á los Caisitas, que los ha obligado á levantar el campo? Para que lo hicieran deben haber sufrido terribles derrotas... Privadas de sepultura, yacen en el Desierto las víctimas de Homaid ibn-Bahdal; perseguidos por sus vencedores, los Caisitas no han tenido tiempo de enterrarlas. ¡Regocijaos hermanos míos! Las victorias de los Kelb son nuestras, ellos y nosotros somos las dos manos de un mismo cuerpo: cuando la mano derecha ha sido cortada en el combate es con la izquierda con la que se maneja el sable.

Grande fué tambien el gozo de los príncipes Omeyas que tenían por madres mujeres kelbitas. Desde que tuvo noticia de lo que habia pasado Abdelazis, dijo á su hermano Bichr en presencia del Califa:

—Y bien, sabeis ya como mis tíos maternos han tratado á los vuestros?

—Qué han hecho? preguntó Bichr.

—Unos caballeros kelbitas han atacado y esterminado á un campamento caisita.

—Imposible, vuestros tios maternos son demasiado viles y demasiado gallinas para ponerse con los mios.

Pero á la mañana siguiente Bichr, adquirió la certeza de que su hermano habia dicho la verdad. Halhala, Said y otro gefe de los Fazara, que habian llegado á Damasco sin capa, descalzos y con las ropas desgarradas, se abrazaron á sus rodillas suplicándole que le concediera su proteccion y tomara su causa en sus manos. Él se lo prometió, y llegándose á su hermano el Califa, le habló con tanto calor en favor de sus protegidos, que Abdelmelic á pesar de su ódio hácia los Caisitas, le prometió tomar del sueldo de los Kelbitas la indemnizacion pecuniaria debida á los de Fazara. Pero esta decision aunque conforme á la ley, no satisfizo á los últimos. No era dinero lo que querian, era sangre.

Habiendo rehusado el convenio que se les proponía, dijo el Califa: «Pues bien; el tesoro os pagará inmediatamente la mitad de «la suma que os es debida, y si continuais «siéndome fieles, lo que dudo mucho, os «pagaré tambien la otra mitad.» Irritados

con esta injuriosa sospecha, acaso tanto mas cuanto que no podian asegurar que estuviese falta de fundamento, y resueltos además á exigir la pena del talion, estaban á punto de rehusar de nuevo cuando Zofar los llamó á parte y les aconsejó aceptar el dinero que se les ofrecia, á fin de que pudiesen emplearlo en comprar armas y caballos. Aprobando este pensamiento, consintieron en recibir el dinero y, habiendo comprado gran cantidad de armas y de caballos, tomaron el camino del Desierto.

Ya de vuelta en su campo convocaron el consejo de la tribu. En esta asamblea Halhala pronunció algunas palabras calurosas para escitar á sus contributos á vengarse de los Kelbitas. Apoyáronlas sus hijos, pero habia entre los miembros del consejo otros que, menos cegados por el ódio, juzgaban semejante expedicion peligrosa y temeraria. «Vuestra misma casa le dijo á Halhala uno de sus contrarios, ha quedado ahora muy debilitada para que podais tomar parte en la lucha. Los Kelbitas, esas hienas, os han muerto la mayor parte de vuestros guerreros, y os han despojado de todas vuestras riquezas. Estoy seguro que en semejantes circunstancias no podreis

acompañarnos.—Hijo de mi hermano, le respondió Halhala, yo iré con los demás porque tengo ira en el corazón... Ellos me han matado á mi hijo, á mi Borda, á quien yo amaba tanto,» añadió con voz sorda, y habiéndole hecho caer este doloroso recuerdo en uno de esos accesos de ira que le eran habituales desde la muerte de su hijo, empezó á lanzar agudos y penetrantes gritos, que mas parecían los rugidos de una fiera privada de sus cachorros que los sonidos de voz humana. «¿Quién ha visto á Borda? exclamaba: ¿Dónde está? Volvédmelo, es mi hijo, mi hijo queridísimo, la esperanza y el orgullo de mi raza!...» Luego se puso á enumerar uno á uno y lentamente los nombres de todos los que habían perecido por la espada de los Kelbitas, y á cada nombre exclamaba: «¿Dónde está?... ¿Dónde está?... ¡Venganza! ¡Venganza!»

Todos, incluso los que un momento antes se habían mostrado mas frios y mas opuestos al proyecto, se dejaron fascinar y arrastrar por esta elocuencia ruda y salvaje, y habiéndose resuelto hacer una expedición contra los Kelbitas, se pusieron en camino de Banat-Cain, donde había un campo kelbita. Á la caída de la noche, los Fa-

zaras cayeron de improviso sobre sus enemigos, gritando: «¡Venganza á Bordal! ¡Venganza á Djad! ¡Venganza á nuestros hermanos!» Las represalias fueron tan atroces, como las violencias que las habian provocado. Un solo Kelbita escapó, gracias á la incomparable rapidéz de su carrera; todos los demás fueron degollados, y los Fazaras examinaron con cuidado los cadáveres, para, si algun Kelbita respiraba todavía, insultar su agonía y rematarlo.

Desde que hubo recibido la noticia de esta razzia, el principe Bichr tomó la revancha. En presencia del Califa dijo á su hermano Abdalazis:

—Y bien, sabeis yá como mis tios maternos han tratado á los vuestros?

—Qué! exclamó Abdalazis: ¿han hecho una razzia despues de concluida la paz y de indemnizados por el Califa?

Muy irritado éste de lo que acababa de oir, pero esperando para tomar una resolucion, noticias más precisas, les impuso silencio con un tono que no permitía réplica. Poco despues, un Kelbita sin capa, sin calzado y que habia desgarrado sus vestidos, se llegó á Abdalazis, quien le introdujo en seguida en la estancia del Califa, diciendo:



¡Sufrireis ¡oh príncipe de los creyentes! que «se ultraje á los que habeis tomado bajo «vuestra proteccion, que se menosprecien «vuestras órdenes, que se os saque el dinero «para emplearlo contra vos, y que se degüen «llen á vuestros súbditos?» Entónces contó el Kelbita lo sucedido. Exasperado y furioso el Califa no pensó siquiera en un arreglo. Decidido á hacer experimentar á los Caisitas todo el peso de su resentimiento y de su odio inveterado, envió al punto á Haddjadj, que era entónces gobernador de toda la Arabia, órden para pasar a cuchillo á todos los Fazaras adultos.

Aunque esta tribu era aliada de la suya, Haddjadj no vaciló en obedecer. Era muy afecto á su raza, pero lo devoraba la ambicion. Habia adivinado, por consiguiente, que su partido no tenia más que una actitud que tomar, que un camino que seguir. La sana y severa lógica de que estaba dotado, le habia enseñado que la oposicion no conduciría á nada, que era menester tratar de reconquistar el favor del Califa, y que para conseguirlo, era preciso someterse sin restricciones y sin segunda intencion á todas sus órdenes, aunque le mandará la destruccion del santuario más venerado, ó

el suplicio de su más próximo pariente. Pero el corazón se le partía. «Cuando haya «esterminado á los Fazaras, decía en el momento de partir con sus tropas, mi nombre será infamado y maldito como el del «Caisita mas desnaturalizado de la tierra.» La órden, por otra parte era muy difícil de ejecutar. Los Ghatafan, aliados de los Fazaras habian jurado socorrerlos, y lo que es mas, todas las tribus caisitas habian prestado el mismo juramento. El primer acto de hostilidad iba á ser la señal de una sangrienta guerra civil, cuyo resultado era difícil de preveer. Haddjadj no sabía qué hacer cuando la llegada de Halhala y Said vino á sacarle de su embarazo. Satisfechos los dos jeques con habersaciado su venganza en Banat-Cain, y temblando á la idea de ver encenderse una guerra civil que podría tener para su tribu las mas funestas consecuencias, se sacrificaron con noble desinterés para apartar de sus contributos los males que los amenazaban, pues en ellos el amor de su tribu era tan fuerte y persistente como su ódio á los Kelbitas. Colocando amistosamente sus manos entre las de Haddjadj: «Porqué, le dijeron, ¿porqué «quereis eso para los Fazaras? Los verdade-

«ros culpables somos nosotros dos.» Gozoso con este inesperado desenlace, el gobernador los retuvo prisioneros, y escribió inmediatamente al Califa que no se había atrevido á comprometerse en una guerra contra todas las tribus caisitas, rogándole que se contentara con los dos jeques que se habían puesto espontáneamente en sus manos. El Califa aprobó plenamente su conducta, ordenándole que le enviara los prisioneros á Damasco.

Cuando estos fueron introducidos en el salon en que estaba el Califa rodeado de los Kelbitas, los guardias les mandaron saludar. Pero en lugar de obedecer Halhala se puso á recitar con entera y sonora voz estos versos tomados de un poema que habia compuesto en otro tiempo:

¡Salud á nuestros aliados, salud á los Adí, á los Mazin, á los Chamkh, (1) salud sobre todo á Abu-Wahb, (2) mi fiel amigo! Pueden condenarme á muerte ya que he apagado la sed de sangre de Kelbitas que me devoraba. He sido feliz, he degollado á todos los que he encontrado al alcance de mi

---

(1) Nombre de tres sub-tribus de Fazara.

(2) Uno de los Mazin.

espada, ahora que han dejado de vivir mi corazón goza de dulce tranquilidad.

Á fin de devolver insolencia por insolencia, el Califa al dirigirle la palabra estropeó de propósito su nombre, como si hubiera sido demasiado oscuro para ser pronunciado como debía. En lugar de Halhala le llamó Halhal, pero este interrumpiéndole al punto dijo:

—Es Halhala como me llamo.

—No, Halhal.

—No por cierto, es Halhala. Así me llamaba mi padre, y me parece que debía saberlo mejor que nadie.

--Pues bien Halhala, puesto que hay un Halhala has ultrajado á los que yo, el príncipe de los creyentes, habia tomado bajo mi proteccion, has menospreciado mis órdenes y me has robado el dinero.

--No he hecho nada que se le parezca, he cumplido mi voto, satisfecho mi ódio y saciado mi venganza.

--Y ahora te entrega Dios á la mano vengadora de la justicia.

--No soy culpable de ningun crimen «hijo de Zarcá!» (Era injuriar á Abdelmelic llamarle con este nombre que debía á una

abuela de escandalosa memoria.) (1)

El Califa lo entregó al Kelbita Soair, que tenía que vengar en él á su padre muerto en Banat-Cain.

--Dime Halhala, le dijo Soair, cuando has visto á mi padre la última vez?

--Estaba en Banat-Cain, le respondió el otro con aire burlon: temblaba de piés á cabeza el pobre hombre.

—Por Dios que te he de matar.

—Tú? Mientes. Por Dios que eres demasiado vil y demasiado cobarde para matar á un hombre como yo. Sé que voy á morir pero es porque así le place al hijo de Zarcá.

Dicho esto, marchó al lugar del suplicio con fria indiferencia é insolente alegría, recitando de vez en cuando algun trozo de la antigua poesia del Desierto, y no necesitando en manera alguna de las palabras que para animarle, le dirigia el príncipe Bichr que habia querido ser testigo de su suplicio, y que se enorgullecia con su firmeza inquebrantable. Cuando Soair levantó el brazo para cortarle la cabeza: «Trata le dijo, de que ese golpe sea tan bueno como el que le dí á tu padre.»

---

(1) Véase «Aghani,» t. I, p. 27.

Su compañero Said, que el Califa había entregado á otro Kelbita, sufrió su suerte con un menosprecio á la vida casi tan grande como el suyo. (1)

---

(1) «Hamasa.» p. 260-264. Compárese acerca de la muerte de Halhala con Mobarrad. p. 870.

---

## XI.

Mientras que los Sirios se robaban y se asesinaban unos á otros, no permanecian mas tranquilos los Iracanos, raza incorregible é indomable, y mucho despues los turbulentos nobles de Cufa y de Basora recordaban, echándola de menos, aquella época anárquica, aquellos felices tiempos, como ellos los llamaban, en que acompañados de unos cuantos clientes (1) se pavoneaban por las calles, alta la frente y amenazadora la mirada, siempre dispuestos á armar camorra, á poco que otro noble les mostrase la cara séria, seguros de que aunque dejasen tendidos en las calles dos ó tres de su enemigos, el gobernador era demasiado bueno

---

(1) Mobarrad, p. 220.

para castigarlos. Y no solo los gobernadores toleraban esto, sino que por celos y ódio hácia Mohallab, dejaban espuesto el Irac á las incursiones de los no-conformistas, siempre terribles á pesar de sus numerosas derrotas. Motivos tenian en efecto para esta envidia. No solo veia en Mohallab cada uno de los Iracanos el mejor de los generales de su país, sino lo que es más, su propio salvador; ningun nombre habia mas popular que el suyo, y como hubiera impuesto condiciones para encargarse del mando, llegó á reunir una fortuna colosal que derrochaba con soberbia indiferencia, dando cien mil monedas de plata á uno que vino á recitarle un poema en su alabanza, y otras cien mil al que le dijo el nombre del autor. (1) Eclipsaba, pues, á todos los gobernadores, tanto por su lujo, por su régia opulencia, y su ilimitada generosidad, como por el renombre de su gloria y de su poder. «Los Arabes de esta ciudad no tienen ojos más que para ese hombre», decía tristemente el Omeya Khalid, (2) primer gobernador de Ba-

---

(1) Ibn-Khallican, Fasc IX, p. 51, ed Wüstenfeld.

(2) Khalid Ibn-Abdallah Ibn-Asid (y no Osaid; el excelente manuscrito de Mobarad pone todas las vocales.)



sora, despues de la restauracion, y llamó á Mohallab del teatro de sus hazañas, condenándolo á la inaccion en el gobierno del Ahwas, mientras que confiaba el mando del ejército compuesto de treinta mil hombres á su hermano Abdalazis, jóven sin experiencia, pero no sin vanidad, que decia con aire de suficiencia y ademan de triunfo: «Los habitantes de Basora se figuran que solo Mohallah es capáz de concluir esta guerra, (pero ya verán.)» Mas espizó su loca presuncion con una terrible y sangrienta derrota. Menospreciando los prudentes consejos de sus capitanes, que le disuadian de perseguir un escuadron que aparentaba huir cayó en una emboscada donde perdió todos sus generales, gran parte de sus soldados y hasta su jóven y hermosa esposa, no escapando él mismo sino por milagro, de las espadas de una treintena de enemigos que le perseguian en su fuga.

Mohallab tenia previsto este desastre, por lo que habia encargado á uno de sus confidentes que diariamente le comunicase lo que ocurriera en el ejército. Este hombre vino á buscarle despues de la derrota,

—¿Qué novedades? le preguntó Mohallab luego que lo divisó.

—Os traigo una que ha de satisfaceros; el mozo ha sido batido y su ejército completamente derrotado.

—Cómo desdichado! ¿crees tú que he de alegrarme por saber que un Coraiscita ha sido batido y derrotado un ejército musulman?

—Importa poco que os alegre ó que os aflija, pero la noticia es cierta. (1)

La irritacion contra el gobernador Khalid en toda la provincia era extrema. «Hé ahí, «decian, lo que sucede por enviar contra el enemigo un jóven de dudoso valor, en lugar del noble y leal Mohallab, el héroe, «que gracias á su gran esperiencia, sabe pre- «veer y salir de todos los peligros.» (2) Resignábase Khalid á escuchar estos reproches como se habia acostumbrado á pensar en la vergüenza de su hermano; pero si era poco susceptible en puntos de honor, importábale mucho en cambio su destino, y sobre todo, su vida, por lo que esperaba con ansiedad creciente la llegada del correo de Damasco. Sintiendo, como es propio de los débiles, la necesidad de que otro más enér-

---

(1) Mobarrad, p. 740-745.

(2) Mobarrad, p. 746.

gico le confortase, mandó llamar á Mohallab y le preguntó:

—¿Qué pensais que Abdelmelic hará conmigo?

—Destituiros, le respondió lacónicamente el general, que le guardaba demasiado rencor para que procurase calmar sus inquietudes.

—Y no tendré que temer otra cosa peor, á pesar de ser su pariente? replicó Khalid.

—Seguramente, repuso Mohallab con indiferencia, porque apenas sepa el Califa que vuestro hermano Abdalazis ha sido vencido por los no-conformistas de la Persia sabrá tambien que á vuestro hermano Omeya lo han derrotado los de Bahrain.

El tan temido correo llegó al cabo con una carta para Khalid. En ella le reprochaba amargamente Abdelmelic su ridícula y culpable conducta y concluía diciéndole: «A castigaros como mereceis, os haria experimentar mi resentimiento de un modo mas duro, pero quiero acordarme de nuestro parentesco, y por esta razon me limito á destituiros.»

En reemplazo de Khalid nombró el Califa para el gobierno de Basora á su propio hermano Bichr, ya Gobernador de Cufa, orde-

nándole que entregase el mando de las tropas á Mohallab y que lo reforzara con ocho mil hombres de Cufa.

Era imposible en aquellas circunstancias una eleccion más infeliz. Caisita exagerado y violento, como se ha visto por lo anteriormente referido, Bichr odiaba igualmente á todas las tribus yemenitas, y detestaba á Mohallab, gefe natural de esta raza en el Irac. Por eso, al recibir la órden del Califa, tuvo un acceso de furor y juró que esterminaría á Mohallab. Su primer ministro Muza-ibn-Nozair, el futuro conquistador de España, (1) tuvo no poco que trabajar para calmarlo, y se apresuró á escribir al general aconsejándole suma prudencia, que se confundiera con la multitud para saludar á Bichr cuando entrára en Basora; pero que no se presentára en la audiencia. Mohallab siguió sus consejos.

---

(1) Zobairita al principio, Muza Ibn-Nozair habia estado en la batalla de la Pradera. Proscrito por Merwan, pidió y obtuvo la proteccion de Abdalaziz hijo de este Califa. Desde entónces llegó á ser uno de los más firmes apoyos de los Omeyas.—Ibn-Asakir, «Hist. de Damasco», man. de la Bibl. de Aatif en Constantinopla, art. sobre Muza Ibn-Nozair. M. de Slane ha tenido la bondad de comunicarme la copia que hizo de este artículo.

Llegado al palacio de Basora, Bichr dió audiencia á los principales de la ciudad, y notando la falta de Mohallab, preguntó la causa. «El general os ha saludado en el camino, confundido con la multitud, le respondieron, pero se siente indispuerto y no «ha podido venir á presentaros sus respetos.» Bichr creyó entónces haber hallado en la indisposicion del general un exelente pretesto para escusarse de ponerlo al frente de las tropas. Sus aduladores no dejaron de decirle que siendo gobernador á él correspondía el derecho de nombrar general, pero no osando desobedecer la órden terminante del Califa tomó el partido de enviar á este algunas personas encargadas de entregarle una carta en que le manifestaba que Mohallab estaba enfermo, pero que había en el Irac otros generales capaces de ocupar su puesto.

Cuando esta diputacion hubo llegado á Damasco, Abdelmelic tuvo una conferencia particular con su jefe Ibn-Hakim, y le dijo:

—Sé que teneis una gran probidad y una extraordinaria inteligencia, decidme pues con franqueza, cual es á vuestro juicio el general que posee los talentos y cualidades necesarias para terminar esta guerra felizmente.

Abdelmelic! No nos has recompensado, á nosotros que hemos combatido bravamente por tí, y que te hemos procurado el goce de los bienes de este mundo. Te acuerdas de lo que pasó en Djabia en el Djaulan? Si Ibn-Bahdal no hubiera asistido á la reunion que allí se tuvo, tú viviriais ignorado y ninguno de tu familia recitaria en la mezquita las oraciones públicas. Y sin embargo, así que has obtenido el poder supremo, y te encuentras sin competidor, nos has vuelto las espaldas y poco falta para que nos trates como á enemigos. ¡No se diria que ignoras que los tiempos pueden traer estrañas revoluciones?

Y en otro poema:

La familia de Omeyas nos ha hecho teñir nuestras lanzas en la sangre de sus enemigos, y ahora no quiere que participemos de su fortun! Familia de los Omeyas! Nosotros hemos combatido con nuestras lanzas y nuestras espadas, á escuadrones innumerables de fieros guerreros que lanzaban un grito de guerra que no era el vuestro, hemos apartado el peligro que os amenazaba. Acaso Dios recompense nuestros servicios y el haber afirmado ese trono; pero ciertamente la familia de los Omeyas no nos recompensa-

rá. Extranjeros, vosotros venís del Hidjaz, de un país que el Desierto separa enteramente del nuestro, y la Siria no os conocía á ninguno. (1) Al mismo tiempo los Caisitas marchaban contra vosotros, el ódio brillaba en sus pupilas y su bandera flotaba en los vientos....

Otro poeta kelbita, uno de los que habían cantado antes la victoria de la Pradera, dirigió estos versos á los Omeyas:

En un tiempo en que vosotros no teníais trono, nosotros precipitamos del de Damasco á los que osaron sentarse en él y os lo dimos. En hartas batallas os hemos dado pruebas de nuestra adhesión, y en la de la Pradera, solo á nuestro poderoso auxilio habeis debido la victoria. No pagueis con ingratitude nuestros buenos y leales servicios: antes érais buenos para nosotros, guardaos de convertirnos para nosotros en tiranos. Aun ántes de Merwan, cuando los ojos de un emir omeya estaban cubiertos por los cuidados como por un espeso velo, nosotros desgarramos ese velo de modo que él vió la luz, cuando ya estaba á punto de sucumbir, cuando ya rechinaba los dientes, nosotros

---

(2) Recuérdese que la rama de los Omeyas á que pertenecía Merwan, estaba establecida en Medina.

El Irac era presa de la mas completa anarquía, no quedaba ni sombra de la autoridad, ni disciplina. El lugar-teniente de Bichr en Cufa amenazó con la muerte á los desertores que no volviesen á sus banderas, estos por toda respuesta entraron en la ciudad, y no se volvió á hablar mas de castigarlos. (1) Bien pronto aniquilaron los no-conformistas al puñado de bravos que habian permanecido fieles á los estandartes de Mohallab, y rompiendo las antiguas barreras inundaron el Irac.

Ya habian dejado morir de inanición despues de encerrarlos en un subterráneo cargados de cadenas á los infelices que cayeron en sus manos, despues de la derrota de Abdalazis, (2) y quien sabe si preparaban igual suerte á todos los «paganos» de la provincia?

Todo iba á depender del nuevo gobernador. Si la eleccion era tan mala como las precedentes, el Irac estaba perdido.

Abdelmelic nombró á Haddjadj.

Este se encontraba entónces en Medina, apenas hubo recibido su nombramiento salió para Cufa acompañado solamente de do-

---

(1) Mobarrád, p. 747-751.

(2) Mobarrad, p. 741.



ce personas. (diciembre de 694) Luego que llegó, se dirigió derechamente á la mezquita donde ya estaba reunido el pueblo noticioso de su venida. Entró sable en cinto, arco en mano y medio cubierta la cabeza con la ancha muselina de su turbante, subió al mimbar y paseó durante largo tiempo sobre el auditorio su débil é incierta mirada, (era corto de vista,) (1) sin proferir palabra. Tomando por timidez este silencio prolongado, los Iracanos se indignaron, y como eran sino valientes en obras á lo menos insolentes en palabras, sobre todo cuando se trataba de denostar á un gobernador, comenzaban á decirse: «¡Que Dios confunda á los Omeyas que han confiado el gobierno «de nuestra provincia á semejante imbécil!» Ya uno de los mas atrevidos, se ofrecia á tirarle una piedra á la cabeza, cuando Had-djadj rompió de pronto el silencio que tan obstinadamente habia guardado hasta entónces. Innovador atrevido en elocuencia como en política, no comenzó por las fórmulas ordinarias en honor de Dios y de su profeta. Levantándose el turbante que le encubría la faz, se puso á recitar estos versos de un antiguo poeta:

(1) Véase Ibn-Coteba, p. 202.

los criados de su casa, vió Haddahj á los rebeldes saquear su tienda y llevarse á sus mujeres, y á no detenerlos el temor del Califá le hubieran muerto. Y sin embargo, ni un momento desmayó. Rechazando con indignacion el consejo de sus amigos, que querian parlamentarse con los rebeldes: «No lo «haré hasta que me hallan entregado sus gefes,» contestó con arrogancia, como si hubiese sido el amo. Segun todas las probabilidades, hubiera pagado con la vida su inflexible obstinacion, si los Caisitas lo hubieran abandonado en el momento crítico, pero habian reconocido en él su esperanza, su amparo, su gefe; habian comprendido que siguiendo la línea de conducta que les trazaba, se levantarían de su abatimiento y volverían al poder. Tres jeques caisitas, entre los que se distinguía el valeroso Coteba-ibn-Moslim, volaron á su socorro; un contributo de Mohallb, y un jeque teminita descontento de los rebeldes, imitaron su ejemplo, y cuando Haddjadj vió seis mil hombres en torno suyo, obligó á los rebeldes á aceptar la batalla. Hubo un momento en que estuvo á punto de perderla, más consiguiendo rehacer sus huestes y habiendo muerto de un flechazo el jefe de los su-

blevados, consiguió la victoria, que hizo completa y decisiva su clemencia para con los vencidos á quienes prohibió perseguir, y concedió una amnistía, contentándose con enviar al campamento de Mohallab las cabezas de diez y nueve jefes muertos en el combate, para que sirviera de aviso á los que sintieran germinar en su ánimo el deseo de sublevarse. (1)

Por primera vez los Caisitas, fautores ordinarios de todas las revueltas, sostuvieron al poder, y una vez lanzados en esta vía, marcharon resueltamente por ella; sabían que era el único medio de rehabilitarse en el ánimo del Califa.

Restablecido el orden, Haddjadj no tuvo mas que un pensamiento: exitar y estimular á Mohallab, de quien sospechaba que prolongaba la guerra por su propio interés. Mezclando con su natural impetuosidad, medidas malas y buenas, le escribía carta sobre carta, le vituperaba duramente lo que llamaba su lentitud, su inaccion, su cobardía, le amenazaba con la muerte, ó al menos con la destitucion, (2) y enviaba uno tras

---

(1) Ibn-Kaldun, fól. 186 r y v.

(2) Mobarrad, p. 756.

«príncipe de los creyentes.» Pero esta vez guardó el auditorio un profundo silencio. Por mas que ya conocieran instintivamente que habian hallado un amo en este orador de palabra brusca y violenta, pero colorida y nerviosa, no querían aun convenirse de ello.

«Paral dijo entónces Haddjadj al lector, y luego dirigiéndose al pueblo exclamó: «Cómo! el príncipe de los creyentes os saluda «y vosotros no le contestais? Por Dios que «os he de dar una leccion de urbanidad.... «vuelve á empezar muchacho.»

Y pronunciando estas sencillas palabras, dió Haddjadj á su gesto, á los rasgos de su fisonomía y al timbre de su voz una espression tan amenazadora y tan terrible, que cuando el lector pronunció de nuevo la palabra «salud» toda la asamblea contestó á una voz: «Y salud al príncipe de los creyentes.» (1)

Medios iguales en Basora, con idéntico resultado. Muchos habitantes de la ciudad, sabedores de lo que habia pasado en Cufa, no esperaron siquiera la llegada del nuevo gobernador para reunirse con el ejército

---

(1) Mobárrad, p. 220, 221.

de Mohallab, (1) y este general gratamente sorprendido de un celo tan raro en los Iracanos, exclamó en un raptó de alegría: «Alabado sea Dios! Al fin ha llegado un «hombre» al Irac.» (2) Pero desgraciado también de aquel que manifestase la menor duda ó la mas ligera tentativa de resistencia, porque para Haddjadj suponía muy poco la vida de un hombre. Dos ó tres lo experimentaron á su costa. (3)

Sin embargo Haddjadj se engañaba si creía haber ganado la partida. Un poco repuestos de su primer terror, los Iracanos se avergonzaron de haberse dejado intimidar y aturdir como niños por el «maestro de escuela,» y cuando Haddjadj llevaba una division de tropas á Mohallab, una disputa sobre pagas, fué la señal de un motin que no tardó en tomar el aspecto formidable de una rebelion. La consigna era la deposicion del gobernador: los rebeldes juraron exigirla de Abdelmelic, amenazando que si este se negaba, ellos lo destituirían. Abandonado de todos, á escepcion de sus parientes, de sus amigos íntimos y de

---

(1) Mobarrad, p. 753.

(2) Weil, p. 433.

(3) Mobarrad, p. 753.

Soy el sol naciente.—No hay obstáculo que no venza. Para que se me conozca,—basta que me desvele.

Y continuó en seguida con lenta y solemne voz:

«Veo muchas cabezas maduras para la siega.... yo seré el segador... Entre los turbantes y las barbas que cubren los pechos, veo sangre... sangre...

Luego, animándose poco á poco, dijo: «Por Dios, Iracanos, que á mí no se me echa con miradas amenazantes, que no soy como esos camellos á quienes se hace correr á todo escape asustándoles con el ruido de un odre seco y vacío. Lo mismo que se examina la boca de un animal para conocer su edad y su aptitud para el trabajo, se ha examinado la mia y se ha encontrado que tengo las muelas del juicio.»

—«El príncipe de los creyentes ha sacado las flechas de su carcax, las há puesto delante de sí, las há examinado una por una, atenta, cuidadosamente. Cuando las hubo probado todas, juzgó que la mas dura, la mas difícil de romper era yo. Hé ahí por qué me ha enviado á vosotros..... Hace mucho tiempo que marcháis por el camino de la anarquía, y de la rebelion, ¡pero yo os

lo juro! he de hacer con vosotros lo que se hace con los arbustos espinosos que se destinan á leña, á los que se le rodea con una cuerda para arrancarlos en seguida; (1) yo os moleré á palos como los pastores aporrean á los camellos que se entretienen en el pasto cuando todos los otros están de vuelta. Y sabedlo bien: lo que digo lo hago.—lo que prometo lo cumplo—cuando he trazado en el cuero la figura de una sandalia la corto sin vacilar.»

«El príncipe de los creyentes me ha ordenado pagaros vuestro sueldo y enviaros al teatro de la guerra, donde combatiréis bajo las órdenes de Mohallab. Tres días os doy para disponeros y os juro por lo mas sagrado, que una vez trascurrido este plazo he de cortar la cabeza á todos los que no hayan ido....»

—«Ahora, muchacho, léeles la carta del príncipe de los creyentes.»

El interpelado leyó estas palabras: «Abdelmelic, príncipe de los creyentes á todos los musulmanes de Cufa, salud.»—Era costumbre que el pueblo respondiera á esta fórmula con las palabras: «y salud al

---

(1) Véase acerca de la frase empleada por el orador á Mobarrad, p. 46.

otro comisarios á sus reales. (1) De la raza del gobernador, y poseidos de la furia de aconsejar sobre todo cuando no se les preguntaba, estos comisarios introducían muchas veces el desórden en el ejército, (2) y huían en la batalla. (3) Pero se consiguió el objeto. No habian pasado aun dos años de que Haddjadj habia sido nombrado gobernador del Irac, cuando los no-conformistas rendian las armas (hácia el fin de 696.)

Nombrado virey de todas las provincias orientales en recompensa de sus leales y provechosos servicios, Haddjadj tuvo aun hartas revueltas que reprimir, pero las reprimió todas, y á medida que afirmaba la corona en las sienes de su soberano, levantaba su raza del estado de postracion en que habia caido, y trataba de reconciliarla con el Califa. Lo consiguió sin mucha dificultad. Obligado á apoyarse sobre los Caisitas ó los Kelbitas, la preferencia no podía ser dudosa. Los reyes por lo comun gustan

---

(1) Mobarrab, p. 759, 765.

(2) Mobarrad, p. 766

(3) Mobarrad, p. 785.



poco, que los que han contribuido á su elevacion, puedan exigirles su reconocimiento, y los servicios que habian prestado inspiraron á los Kelbitas una arrogancia que se hacía importuna, á cada paso recordaban al Califa, que sin ellos, ni él ni su padre hubieran ascendido al trono, le miraban como su deudor, es decir, como su hechura y su propiedad. Los Caisitas por el contrario queriendo hacer olvidar á toda costa, que habian sido sus enemigos y los de su padre, solicitaban sus favores de rodillas y obedecian ciegamente sus palabras y sus insinuaciones. Lo consiguieron, suplantaron á sus rivales. (1)

Los desgraciados Kelbitas lanzaron profundos ayes, y como el poder del Califa estaba asentado en esta época con demasiada solidéz para que pudieran rebelarse, sus poetas le reprocharon amargamente su ingratitude, no perdonando ni aun las amenazas. Hé aquí lo que decía Djauwas el padre de Sad, que mas tarde veremos perecer en España victima del ódio de los Caisitas:

---

(1) «Hamasa,» p. 658.

—Aunque no fuese yemenita, Ibn-Hakim respondió, sin vacilar, que Mohallab.

—Pero Mohallab está enfermo, replicó el Califa.

—No es su enfermedad lo que le impedirá ponerse al frente del ejército, repuso Ibn-Hakim con una maligna sonrisa.

—Ah! ya comprendo, dijo entónces el Califa; Bichr quiere entrar en el mismo camino que Khalib.

Y le escribió en seguida para ordenarle en tono absoluto é imperioso, que pusiera á Mohallab y no á ningun otro al frente de las tropas.

Bichr obedeció, pero de muy mala gana. Habiéndole remitido Mohallab la lista de los soldados que deseaba alistar, borró los nombres de los más valientes, y luego llamando á Ibn-Mikhnaf general de las tropas auxiliares de Cufa, le dijo: «Sabels que «os estimo y que confío en vos, pues bien si «quereis conservar mi amistad haced lo «que os voy á decir: desobedeced á todas «las órdenes de este bárbaro del Oman, y «obrad de manera que todas sus medidas «terminen en un «fiasco» miserable.» Inclínose Ibn-Mikhnaf, lo que Bichr tomó por signo de asentimiento; pero se habla diri-

gido mal. De la misma raza, y lo que es más de la misma tribu que Mohallab, Ibn-Mikhnaf, no tenía el menor deseo de representar con él el odioso papel que el gobernador le destinaba, y cuando hubo salido de palacio, dijo á sus amigos: «Seguramente «que ese «mocito» ha perdido la cabeza, pues «me cree capaz de hacer traicion al mas illustre jeque de mi tribu.»

Comenzó la campaña, y Mohallab aunque privado de sus mejores oficiales y de sus soldados mas valientes, consiguió rechazar á los no-conformistas, primero del Eufra-tes, luego del Ahwas, despues de Ram-Hormos; pero aquí la brillante série de sus victorias fué repentinamente interrumpida con la noticia de la muerte de Bichr. Lo que este espíritu zizañero no pudo conseguir en vida lo consiguió su muerte. Ella produjo en el ejército un espantoso desórden. Juzgando en su egoismo que la guerra no atañía mas que á los Árabes de Basora, los soldados de Cufa se rebelaron contra su general Ibn-Mikhnaf, y, desertando en masa, se volvieron á sus hogares; su ejemplo fué imitado por la mayor parte de los soldados de Basora. Nunca en guerra tan larga y porfiada el peligro habia sido mas inminente.

le salvamos, (1) y lleno de gozo esclamaba entónces, ¡Dios es grandel Cuando el Caisita se presenta jactancioso, recordadle la bravura que mostró en el campo de Dhah-hac al Este de Djaubar. (2) Allí ningun Caisita se portó como hombre: todos montados en sus alazanes, buscaban su salvacion en la fuga. (3)

Quejas, murmuraciones, amenazas, nada sirvió á los Kelbitas. El tiempo de su grandeza habia pasado, y pasado para siempre. Es verdad que la política de la córte podia cambiar, que mas adelante cambió en efecto y que los Kelbitas continuaron representando un papel importante, sobre todo en África y en España; pero jamás volvieron á ser lo que habian sido bajo Merwan, la mas poderosa de las tribus yemenitas. Este rango pertenecerá en adelante á los Azd; la familia de Mohallab habia suplantado á la

(1) El comentador Tibrizi, ha esplicado mal este verso, pues no ha notado que por una licencia poética «naffasna» se encuentra en lugar de «naffasná;» comparadlo con Ibn-Coteba, p. 201, l. 18, y con el «Hamasa», p. 263 l. 6 y 7, donde se encuentra «talana» y «naaina» en lugar de «talaná» y de «naainá» como resulta de la línea once de esta página.

(2) Es decir, en la batalla de la Pradera.

(3) «Hamasa», p. 656-659.

de Ibn-Bahdal. Al mismo tiempo la lucha sin perder nada de su vivacidad, tomó mas vastas proporciones: desde ahora los Caisitas han de tener á todos los Yemenitas por enemigos.

El reinado de Walid que en el año de 705 sucedió á su padre Abdelmelic, llevó á su colmo el poder de los Caisítas. «Hijo mio «habia dicho Abdelmelic en su lecho de «muerte, profesa siempre el mas profundo «respeto á Haddjadj, á él es á quien debes «el trono, es tu espada, es tu brazo derecho «y tu tienes mas necesidad de él que él de tí.» (1) Walid no olvidó nunca esta recomendacion. «Mi padre decia, tenia costumbre de decir: Haddjadj es la piel de mi frente, pero yo «digo; Haddjadj es la piel de mi cara.» (2) Estas palabras reasumen todo su reinado, por lo demás mas fértil que ningun otro en conquistas y en gloria militar; porque entónces fué cuando el caisita Coteba, plantó las banderas musulmanas sobre los muros de Samarcanda, cuando Moammed Ibn-Casin, primo de Haddjadj, conquistó la India hasta los piés del Himalaya, y cuando á

---

(1) Soyuti, «Tarikh al-kholafá», 221 ed. Lees,

(2) «Historia Khalifatus al-Walidí», ed. Anspach, p. 13.

la otra estremidad del imperio, los Yemenitas despues de haber acabado la conquista del norte de África, anexionaron la España al vasto Estado que habia fundado el Profeta de la Meca. Pero para los Yemenitas, fué este un tiempo desastroso, especialmente para los dos hombres mas notables, sino los mas respetables de este partido: Yezid, hijo de Mohallab y Muza hijo de Nozair. Por su desgracia Yezid, gefe de su casa por muerte de su padre, habia suministrado pretextos bastantes plausibles al ódio de Haddjadj. Como todos los miembros de su familia, la mas liberal de todas en el reinado de los Omeyas, como los Barmecidas lo serán en el de los Abbasidas, (1) sembraba á su paso el dinero y queriendo ser feliz y que todo el mundo lo fuera con él, derrochaba su fortuna en los placeres, en su aficion á las artes y en las imprudentes liberalidades de una munificencia verdaderamente aristocrática. Se dice, que una vez, yendo á hacer la peregrinacion á la Meca, dió mil monedas de plata á un barbero que acababa de afeitarlo. Asombrado este de haber recibido tan considerable recompensa, exclamó lleno

---

(1) Ibn-Kallican, Fasc. X. p. 107, ed. Wüstenfeld.

de alegría: «Con esto voy á rescatar á mi madre de la esclavitud.» Conmovero por su amor filial, Yezid le dió otras mil monedas. «Repudio á mi muger, dijo el «barbero si en mi vida vuelvo á afeitar á «nadie.» y Yezid le dió otras dos mil monedas. (1) Se cuentan de él una multitud de rasgos semejantes, que muestran que el dinero se derramaba como agua de sus manos pródigas, pero como no hay fortuna por grande que sea, que baste á una prodigalidad llevada hasta la locura, Yezid se vió forzado para escapar á su ruina, á usurpar la parte del Califa. Condenado por Haddjadj á restituir al tesoro seis millones, y no pudiendo pagar mas que la mitad de esta suma, fué encerrado en un calabozo y cruelmente torturado. Al cabo de cuatro años, (2) consiguió evadirse con dos de sus hermanos que partian su cautividad, y mientras que Haddjadj, creyendo que habian ido á insurreccionar el Corasan enviaba correos á Coteba, ordenándole tomar precauciones, y ahogar en gérmen la rebelion, ellos guiados por un Kelbita, (3)

---

(1) Ibn-Khallican, Fasc. X, p. 105.

(2) Ibn-Khaldun, fól. 196 v.

(3) El mismo, «ibid.»

recorrian el desierto de Samawa, á fin de implorar la proteccion de Soliman, hermano del Califa, heredero del trono, en virtud de las disposiciones de Abdelmelic, y gefe del partido yemenita. Solíman juró que, mientras él viviera, los hijos de Mohallab no tendrían nada que temer, ofreció pagar al tesoro los tres millones que debia Yezid, y pidió gracia para este que no obtuvo sino con mucho trabajo, y por una especie de escena teatral. Desde entonces Yezid quedó en el palacio de su protector, esperando el momento en que su partido volviera al poder; y cuando se le preguntaba por qué no compraba casa: «Para qué? respondía, pronto tendré una que no dejaré nunca: un palacio de gobernador, si Soliman llega á ser Califa, una cárcel si nó llega.» (1)

El otro yemenita, el conquistador de España, no era como Yezid, de ilustre estirpe. Era un liberto, y si pertenecía á la faccion entónces en desgracia, era porque su patrono el príncipe Abdalazis, hermano del Califa Abdelmelic, y gobernador de Egipto, era ardiente partidario de los Kelbitas, porque su madre era de esta tribu. Ya en el reinado de Abdelmelic, cuando aun era recaudador de

---

(1) Ibn-Khallican, Fasc X, p. 112-115.



contribuciones en Basora, Muza se hizo reo de malversacion. Súpolo el Califa y dió á Haddjadj órden de prenderlo. Advertido á tiempo, Muza se refugió en Egipto, donde imploró la proteccion de su patrono. Este le tomó bajo su salvaguardia, y fué á la córte para arreglar el negocio. Exigió el Califa cien mil monedas de oro de indemnizacion. Abdalazis pagó la mitad, y enseguida nombró á Muza gobernador de Africa, pues en esta época los gobernadores de esta provincia eran nombrados por los de Egipto. (1) Despues de haber conquistado á España, Muza repleto de riquezas, en el colmo de la gloria y del poder, continuó usurpando la parte del Califa con la misma osadía que ántes. Verdad es que todos entónces hacian negocios con la hacienda pública; lo malo de Muza fué hacer mas que otros, y no pertenecer al partido dominante. Walid, que desde algun tiempo tenia fija la vista en él, le ordenó venir á la Siria para que diese cuenta de su administracion. Muza mientras pudo eludió esta órden, pero obligado al fin á obedecer, dejó á España, y una vez llegado á la corte procuró desarmar la cóle-

(1) Ibn-Adharí, t. I, p. 24,25.

ra del Califa con magníficos presentes. Pero en vano. El ódio largo tiempo acumulado de sus compañeros, Taric, (a) Mogueis y otros, se desbordó, lo abrumaron con acusaciones que fueron perfectamente acogidas, y el infiel gobernador fué arrojado ignominiosamente de la audiencia pública. Pensaba el Califa nada menos que condenarlo á muerte, pero algunas personas de consideracion, á quienes Muza habia ganado á fuerza de dinero, pidieron y obtuvieron su vida, contentándose aquél con condenarle á una multa considerable. (1)

Poco tiempo despues, exhalaba Walid el último suspiro, dejando el trono á su hermano Soliman. La caída de los Caisitas fué inmediata y terrible. Haddjadj ya no existia. «Alá, concédeme morir ántes que el «príncipe de los creyentes, y no me deis por «soberano un principe sin piedad para mí.» (2) Tal era su ruego y Dios lo oyó; pero sus clientes, sus hechuras, sus amigos ocupaban aun todos los destinos y todos fueron destituidos al punto y reemplazados por Yemenitas. Yezid ibn-abi-Moslim, liberto y secretario de Haddjadj, perdió el gobierno

---

(1) Isidoro, c. 38-40.

(2) Tabari, «apud» Weil, t. I, p. 553.

(a) Se ha solido confundir lo mismo por los his-

toriadores cristianos que por los Arabes á Taric-ben Zeyad con Tarif Abu-Zara y sus respectivas expediciones. No estamos léjos de creer con el docto traductor español de Aben-Adhari, que entre los primeros haya podido dar origen á esta confusion, el siguiente pasage del Pacense: «*Nam adgregata copia exercitus adversus Árabes una cum Mauris á Muza missis, id est, Taric Abuzara et cæteris diu sibi provintiam creditam incursántibus.*» Aunque diferimos de su opinion en lo que respecta á pensar que Isidoro de Beja formó un solo nombre del «ism» del primero y de la «cunya» (alcurnia) del segundo, ignorancia que no parece propia de cronista contemporáneo á los hechos, y que tan bien los conocia, creyendo que en este pasage no hay mas que una trasposicion exigida acaso por la armonia de la frase debiendo leerse: *id est Taric, Abuzara et cæteris &c.* tanto mas cuanto que al citar estos caudillos, nada indica el ánimo de hacerlo por el orden cronológico de su venida á España. Sea de esto lo que quiera, ya en la Crónica Albeldense se hace la debida distincion: «*Regnante in África Ulit Amiralmauminin... ingressus est Abzuhara in Spania sub Muza duce &c.* dice en un lugar y mas adelante: «*Alio anno ingresus est Taric..*» Más esplicita aparece todavia en el libro «*De rebus hispanicis*» del Arzobispo don Rodrigo que dedica dos capítulos distintos á narrar estas dos entradas diciendo en la primera; «*Muza autem misit cum Iuliano quemdam Tarif nomine et cognómine Abenzarcha &.* (Lib. III, c. XIX) y en el segundo (Id. cp. XX) «*Post hæc Muza vocatus ab Ulit Miramumenino ivit in Africam, relicto in patria principatu Taric Aben Ziet, qui erat strabo.*» Por lo que, como oportunamente lo hace notar el señor Fernandez y Gonzalez, es estraño que en su Historia

del Irac, y fué encerrado en un calabozo de donde no salió sino cinco años mas tar-

Arabun haya podido confundir estos personajes diciendo (cap. IX) «anno imperil Ulit quarto, Muza Abennozayr princeps mililiæ Ulit regis misit Taric Abenzarca cum exercitu citra mare,» á no ser que haya habido aquí alguna interpolacion ó cambio del copista como sucede en una curiosa traduccion manuscrita del libro de Rebus Hispanicis que perteneci6 al marqués de Tarifa, y hoy existe en la Biblioteca universitaria de Sevilla, escrita en 1430 en que se traducen los textos citados mas arriba; E Muza envi6 con el conde uno que habia nombre Tarif é di6le cien caballeros &c. Envi6 Ulid por Muza que fuese á él á tierra de África, é Muza fué á el allá é dexo en la tierra por cabdillo á Tarif. El monge de Silos habla solo de Taric y la Cr6nica general de Tarif á quien aplican el calificativo de Tuerto que el monge de Silos y Rodrigo de Toledo, habian dado á Tarif, error adoptado en lo sucesivo por el Burgense, Ambrosio de Morales, Zurita, Garibay y Mariana hasta el punto de dudar el erudito Scott, si debia leerse Tarif en los casos en que se habla de Taric en la cr6nica del arzobispo D. Rodrigo.

Mas rara parece esta equivocacion en los historiadores árabes, y sin embargo Ibn-Jaldun ha confundido tambien las dos expediciones que aparecen distinguidas claramente en Ibn-Haiyan y Al-Hichari citados por Al-Makkari, Ben-Adhari y el Akhbar Majmua y Abdi-l-hakem autor de una Historia de Egipto que vivia en el siglo III de la hegira, (IX de J. C.) Biblioteca nacional de Paris Manusc, n. 655 y 785 segun Slane «Histoire des Berberes» t. I, no mienta siquiera á Tarif y distingue dos Taric uno hijo de Amr y otro de Abbad. Conde solo habla de Taric ben Zeyed (N. del T.

de, al advenimiento del Califa caisita Yezid II, para ser enseguida gobernador de África; (1) tan rápidos entónces eran los cambios de fortuna. Mas desgraciado que él, el valiente Coteba fué decapitado, y el ilustre conquistador, Mohammed ibn-Cassin, primo de Haddjadj, pereció en el tormento, mientras que Yezid, hijo de Mohallab que estaba á punto de sufrir la misma suerte en el reinado precedente, gozaba como favorito de Soliman de un poder ilimitado.

Solo á Muza, no aprovechó el triunfo del partido á que pertenecía. Por la vana esperanza de conciliarse el favor de Walid, habia ofendido gravemente á Soliman. Cuando Muza llegó á la Siria, Walid se encontraba ya tan gravemente enfermo, que podía pronosticársele una muerte proxima, y Soliman que codiciaba para sí los ricos presentes que Muza no dejaría de ofrecer á Walid, le habia hecho indicar que detuviese su marcha de modo que no llegase á Damasco, hasta que su hermano hubiera muerto y él ascendido al trono. No habiendo consentido Muza en ello, y heredando

---

(1) Abu-Alí Tanukhi, «Al faradjo bada 's chid-dati,» man. de Leiden, 61. p. 73.

por consiguiente los hijos de Walid, los regalos hechos á su padre, Soliman, que por esto le guardaba rencor, (1) no levantó á Muza la multa á que habia sido condenado y que por lo demás podía pagar fácilmente con ayuda de sus numerosos clientes españoles, (2) y los miembros de la tribu de Lakhm á que su esposa pertenecía. (3) Soliman no llevó mas léjos su venganza. Aunque haya acerca de la suerte de Muza, una série de leyendas más ó menos patéticas, han sido inventadas por los novelistas en una época en que se habia olvidado completamente cuál era la posicion de los partidos en el siglo VIII, y cuando nadie se acordaba ya de que Muza gozaba, como lo atestigua un autor tan antiguo como digno de crédito, (4) la proteccion y la amistad de Yezid, hijo de Mohallab, el favorito omnipotente de Soliman. Ningun motivo por especioso que sea, puede autorizar estos indignos rumores que no se fundan sobre

---

(1) Ibn-Habib, man. de Oxford, p. 153.

(2) Isidoro, c 40. Pro multa opulentia, dice este autor, parvum impositum onus existimat, atque mirá velocitate impositum pondus exactat.

(3) «Akhbár madjmua» fól. 62

(4) Beladhori, man. de Leiden p. 270.

ninguna autoridad respetable, y que se hallan en oposicion directa con el circunstanciado relato de un autor contemporáneo. (1)

Por una escepcion única en la historia de los Omeyas, el sucesor de Soliman, Omar II, no era un hombre de partido; era un pontífice respetable, un santo varon que odiaba los gritos de ódio y de discordia, que agradecía á Dios el no haberle hecho vivir en los tiempos en que los santos del islamismo, en que Alí, Aixa y Moawia, combatian entre sí, y no queria ni oír hablar siquiera de tan funestas luchas. Preocupado esclusivamente de los intereses religiosos y de la propagacion de la fé, recuerda á aquel excelente y venerable pontífice que decía á los florentinos: «No seais ni gibelinos ni güelfos, no seais mas que cristianos y ciudadanos.» Pero Omar II, no logró mas que Gregorio X, realizar su sueño generoso. Yezid II, que le sucedió, y que se habia desposado con una sobrina de Haddjadj, fué Caisita. Luego subió Hixem al trono. Al principio favoreció á los Yemenitas, y, habiendo reemplazado con hombres de este

---

(1) Este autor es Isidoro Beja.

partido, muchos de los gobernadores nombrados por su predecesor, (1) permitió á los que subian al poder, perseguir cruelmente á los que acababan de perderlo, (2) pero cuando por razones que mas adelante espondremos, se declaró por el otro partido, los Caisitas tomaron la revancha sobre todo en África y en España.

Como la poblacion arábica de estos dos paises, era casi exclusivamente yemenita, estaban de ordinario bastante tranquilos cuando gobernaban hombres de esta faccion; pero bajo gobernadores caisitas, se convertian en teatro de las mas atroces violencias. Esto fué lo que sucedió despues de la muerte de Biehr, el Kelbita, gobernador de Africa. Antes de exhalar el último suspiro, habia confiado el mando á uno de sus contributos que se lisonjeaba á lo que parece de que el Califa Hixem, le nombraría definitivamente gobernador. Se engañaron sus esperanzas: Hixem nombró al Caisita Obaida de la tribu de Solaim. Súpolo el Kelbita, pero se creia bastante poderoso para soste-

---

(1) En el Corasan por egemplo, el Caisita Moslim-al-Kilabí, fué reemplazado por el Yemenita Asad al-Casri,

(2) Véase Abu-'l-mahasin, t. I, p. 288.



nerse con las armas en la mano.

Érase la mañana de un viernes del mes de junio ó julio de 728. El Kelbita acababa de vestirse y se disponia á ir á la mezquita para presidir la oracion pública, cuando de pronto sus amigos se precipitan en su cámara gritando: «El emir Obaida, acaba de entrar en la ciudad!» Aterrado por el golpe, el Kelbita quedó al principio sumergido en un mudo estupor, y no recobró el uso de la palabra sino para esclamar: «Solo Dios es poderoso! Tan impensadamente ha de llegar la hora del último «juicio!» Sus piernas rehusaron sostenerlo y cayó en tierra helado de miedo.

Obaida, habia comprendido que para hacer reconocer su autoridad, le era preciso sorprender la capital. Afortunadamente para él, Cairawan no tenia murallas y, marchando con sus Caisitas por caminos estraviados con el mas profundo silencio, habia entrado de improviso, mientras que los habitantes de la ciudad lo creian aun en Egipto ó en Siria.

Dueño de la capital, maltrató á los Kelbitas con una crueldad sin igual. Despues de haberlos hecho encerrar en calabozos, los puso en el tormento y para contentar la

avidéz de su soberano les sacó sumas inauditas. (1)

Llegó su turno á España, pais cuyo gobernador era nombrado entónces por el de África, pero que hasta entónces no había obedecido á un Caisita mas que una sola vez. Frustradas sus primeras tentativas, Obaida envió al cabo, en el mes de abril de 729, al Caisita Haitham de la tribu de Kilab, (2) amenazando á los Árabes españoles con los mas rigurosos castigos, si osaban oponerse á las órdenes de su nuevo gobernador. Los Yemenitas murmurarían, acaso conspirarían contra el Caisita, este por lo ménos asi lo creía, y obrando con arreglo á las instrucciones secretas de Obaida, hizo prender á sus gefes, le arrancó, mediante horribles torturas, la confesion de un complot y mandó cortarle la cabeza. Entre sus victimas, se hallaba un Kelbita que gozaba de grau consideracion por su ilustre origen, sus riquezas y su elocuencia; era Sad, hijo de aquel Djauwas, (3) que habia echado en

(1) Ibn-Adhari, t. I, p. 36; Ibn-al-Abbar, p. 47, 49.

(2) Moharram 111. Ibn-Bahcowál «apud» Maccari, t. II, p. 10. Debe leerse «kilabi,» como se encuentra en Maccari, en Ibn-Kaldun &c., no «kinani», como se lee en otros escritores. En la escritura árabe es fácil confundir estos dos nombres.

(3) Véase la nota C, al fin de este tomo.

cara tan enérgicamente en sus versos al Califa Abdelmelic, su ingratitude para con los Kelbitas, cuya bravura en la batalla de la Pradera había decidido de la suerte del imperio y procurado el trono á Merwan. El suplicio de Sad, hizo temblar de indignacion á los Kelbitas, y algunos de ellos, como Abrach, secretario de Hixem (1) que no habían perdido toda su influencia en la corte, la emplearon tan bien, que el Califa consintió en enviar á España á un cierto Mohammed, con órden de castigar á Haithan, y dar el gobierno de la provincia al Yememita Abderramen-el-Ghafikí, que gozaba de gran popularidad. Llegado á Córdoba, Mohammed no encontró allí á Abderramen, que se había escondido para ocultarse á las persecuciones del tirano; pero habiendo hecho prender á Haitham, le mandó azotar y afeitar la cabeza, lo que entónces equivalía á la pena de marca, despues cargándolo de hierros y puesto sobre un asno con la cabeza hácia la cola y los brazos atados á la espalda, lo paseó por las calles de la capital, y luego que fué ejecutada esta sentencia, lo envió al África, para que el go-

---

(1) Véase Ibn-al-Abbar, p. 40, y Weil, t. I, página 654.

bernador de esta provincia decidiera de su suerte. Pero no podia esperarse que Obaida castigara á su vez á aquel que no habia hecho sino cumplir sus órdenes. Por su parte el Califa, creia haber dado á los Kelbitas una satisfaccion suficiente, aunque ellos llevasen mas lejos sus exigencias, no pudiendo ser expiada la muerte de Sad, segun las ideas árabes, sino por la de su matador. Hixem, envió pues á Obaida una orden en tal manera ambigüa, que este pudo interpretarla en beneficio de Haithan. (1) Esto fué para los Kelbitas un gran desengaño, pero no se dejaron acobardar, y uno de sus gefes mas ilustres, Abu-l-Khattar, amigo íntimo de Sad, y que en la prision en que le habia encerrado Obaida, acumuló contra este tirano y contra los Caisitas en general tesoros de odio, compuso este poema destinado á ser puesto en manos del Califa:

Permitís á los Caisitas derramar nuestra sangre, hijo de Merwan; pero si persistís en rehusar hacernos justicia, apelaremos al juicio de Dios que será mas equitativo para nosotros. Se diría que habeis olvidado la batalla de la Pradera, y que ignorais quién os procuró entonces la victoria; sin embar-

---

(1) Isidoro c. 57.

go eran nuestros pechos los que os servian de escudos contra las lanzas enemigas y solo nos teníais á nosotros por caballeros y peones. Pero despues que habiais conseguido el objeto de vuestros designios, y que gracias á nosotros nadais en las delicias, afectais no conocernos, hé ahí cómo desde que nos tratamos, obrais constantemente con nosotros. Pero guardaos de entregaros á una seguridad engañosa, cuandola guerra se encienda y vos sintais deslizarse vuestro pié sobre la escala de cuerda, puede que entónces las cuerdas que creais sólidamente torcidas, se destuerzan... Esto se ha visto tantas veces...

El Kelbita Abrach, secretario de Hixem, fué el encargado de recitar estos versos, y la amenaza de una guerra civil produjo tanto efecto sobre el Califa, que en el mismo instante pronunció la destitucion de Obaida, exclamando con una cólera fingida ó verdadera: «Que Dios maldiga á ese hijo «de cristiana que no ha obedecido mis órdenes.» (1)

---

(1) Véanse mis «Notices sur quelques manuscrits arabes», p. 47-49, 257, é Ibn Adharí t. I, p. 36, 37.  
Tomo I. 19

---

## X.

La lucha entre Yemenitas y Caisitas, no dejó de influir en la suerte de los pueblos vencidos, porque respecto á ellos y principalmente en lo que concierne á las contribuciones, cada uno de los bandos profesaba diversos principios, y en esto como en muchas otras cosas, Haddjadj era quien había trazado la ruta á su partido. Sábese, que en virtud de las disposiciones de la ley, los cristianos y los judíos que viven bajo la dominacion musulmana, quedan dispensados luego que abrazan el islamismo, de pagar al tesoro la capitacion impuesta á los que perseveran en la fé de sus antecesores. Gracias á este cebo ofrecido á la avaricia, la iglesia musulmana recibia en su gremio cada dia

una porcion de conversos, que sin estar enteramente convencidos de la verdad de la doctrina, se preocupaban ante todo del dinero y de los intereses mundanos. Los teólogos se regocijaban de esta rápida propagación de la fé, pero el tesoro sufría enormemente. La contribucion del Egipto por ejemplo, se elevaba aun bajo el califado de Othman á doce millones, pero pocos años despues bajo el califado de Moawia, cuando la mayor parte de los Coptos abrazaron el islamismo descendió á cinco. (1) En el de Omar II, bajó más aun, pero el piadoso Califas no se inquietaba por ello, y cuando uno de sus lugartenientes le envió este mensaje: «Si este estado de cosas se prolonga en el «Egipto, todos los dhimminis se harán musulmanes y se perderán así las rentas que «producen al tesoro del Estado,» le respondió: «Seria feliz si todos los dhimmis se hicieran musulmanes, pues que Dios ha enviado á su Profeta como apóstol no como «colector de impuestos.» (2) Haddjadj pensaba de otro modo. Se interesaba poco por la propagacion de la fé, y estaba obligado á

---

(1) Ahmed ibn-abi-Yacub, «Kitab al-boldan,» fól. 69 v.

(2) «Journ. asiat,» IV série, t. XVIII, p. 433.

llenar el tesoro para conservar la gracia del Califa. No concedió pues á los nuevos musulmanes del Irac, la esencion de la capitacion. (1) Los Caisitas imitaban constantemente y donde quiera el egemplo que se les habia dado y trataban además á los vencidos, musulmanes ó no, con insolente desden y con extrema dureza. Los Yemenitas por el contrario si no se conducian con estos desgraciados con mas equidad y dulzura cuando se hallaban en el poder, asociaban, por lo menos en la oposicion, su voz á la de los oprimidos para condenar el espíritu fiscal que animaba á sus rivales. Por eso los pueblos vencidos, cuando veian subir al poder á los Yemenitas, se prometian dias tejidos con seda y oro; pero sus esperanzas fueron burladas muchas veces, que no fueron los Yemenitas los primeros ni los últimos liberales que hayan experimentado que es fácil cuando se está en la oposicion gritar contra los impuestos, exigir la reforma del sistema financiero, prometerla para cuando se les llame á la direccion de los negocios y que cuando se ha llegado á ella, es difícil cumplir lo prometido. «Me hallo en una si-

---

(1) Nowairi en el «Journ. asiat.» III série, t. XI p. 580.



«tuacion difficilísima, decia el jefe de los Yemenitas, Yezid hijo de Mohallab, cuando «Soliman le nombró gobernador del Irac; toda la provincia tiene su esperanza en mí, «me maldecirá como ha maldecido á Haddjadj si la obligo á pagar los mismos tributos que ántes; pero por otra parte descontentaré á Soliman, sino recibe tantas contribuciones como recibía su hermano cuando Haddjadj estaba de gobernador.» Para salir de este apuro, recurrió á un expediente bastante original. Habiendo declarado al Califá que no podia encargarse de recaudar los impuestos, le hizo tomar la resolucion de confiar esta odiosa tarea, á un hombre del partido que acababa de caer. (1)

Por lo demás no puede negarse que hubiera entre los Yemenitas hombres estremadamente flexibles, que transigian sin trabajo con sus principios, y que para conservar sus destinos, servían á sus señores yemenitas ó caisitas con una adhesion sin igual y una docilidad á toda prueba. El Kelbita Bichr, puede ser considerado como el tipo de esta especie de hombres menos raros, á medida que las costumbres se cor-

---

(1) Ibn-Khallican, Fasc X, p. 116, ed. Wüstenfeld; Ibn-Khaldun, fól. 199 r.

rompian y que el amor de tribu cedía á la ambicion y á la sed de riquezas. Nombrado gobernador de África por el Caisita Yezid II, Bichr envió á España á uno de sus contributos llamado Ambeza, que hizo pagar dobles impuestos á los cristianos del pais, (1) pero cuando subió al trono el Yemenita Hixem envió otro de sus contributos nombrado Yahya, que restituyó á los cristianos todo lo que se les habia exigido injustamente. Un autor cristiano del tiempo llega á decir, que este «terrible» gobernador, (así lo apellidaba) recurrió á medidas «cruelles» para obligar á los musulmanes á devolver lo que no les pertenecia. (2)

En general, los Yemenitas eran menos duros que sus rivales para los vencidos, y por consiguiente menos odiosos. El pueblo de África sobre todo, esa mezcla, esa aglomeracion de poblaciones heterogéneas que los Árabes encontraron establecidas desde el Egipto hasta el Atlántico, y que se designa con el nombre de Berberiscos, tenia por ellos una señalada predileccion. Raza fiera aguerrida y celosa de su libertad, bajo muchos aspectos, como ya lo habia notado

---

(1) Isidoro, c. 52.

(2) Isidoro, c. 54.

Strabon, (1) los Berberes se parecian á los Árabes. Nómadas en un territorio limitado, como los hijos de Ismael, hacian la guerra del mismo modo, como lo atestigua Muza ibn-Nozair, (2) que tanto contribuyó á someterlos; acostumbrados como ellos á una independendencia inmemorial, pues que la dominacion romana estuvo de ordinario limitada á la costa, teniendo en fin la misma organizacion política, la democracia templada por la influencia de las familias nobles, llegaron á ser para los Árabes cuando intentaron someterlos, enemigos mucho mas temibles que los soldados mercenarios, y los oprimidos súbditos de la Persia y del imperio bizantino. Cada victoria, fué comprada por los agresores con una sangrienta derrota. Cuando ya recorrian en triunfo el pais hasta las orillas del Atlántico, se veian á lo mejor, envueltos y destrozados por hordas innumerables como las arenas del desierto. «Es imposible conquistar el África, escribía un gobernador al Califa «Abdelmelic, apenas una tribu berberisca «ha sido esterminada cuando viene otra á «ocupar su puesto.» Sin embargo, los Ára-

---

(1) II, 18.

(2) Ibn-Adharí, t. II, p. 20.

bes á pesar de las dificultades de la empresa y quizá á causa de los mismos obstáculos que encontraban á cada paso, y que el honor les mandaba superar á cualquier precio, se obstinaron en esta conquista con un valor admirable y una tenacidad sin igual. Á costa de setenta años de mortífera guerra, se logró la sumision de los Africanos, si por esto se entiende que consintieron en depouer las armas á condicion de que no se prevalieran nunca con ellos de los derechos adquiridos, de que se respetára su arrogancia puntillosa, y de que se les tratara, nó como vencidos sino como iguales, como hermanos. ¡Infeliz el que tenia la imprudencia de ofenderlos! En su loco orgullo, el Caisita Yezid ibn-abi-Moslín, quiso tratarlos como esclavos; ellos lo asesinaron: y Caisita y todo, el califa Yezid II fué lo bastante prudente para no exigir el castigo de los culpables, y para enviar á un Kelbita á que gobernase la provincia. Menos previsor Hixem, provocó una terrible insurreccion que de el África se comunicó á España.

Yemenita al principio de su reinado, y por consiguiente bastante popular, (1) ha-

---

(1) Qui Hiscam primordio suæ potestatis satis se modestum ostendens. Isidoro, c. 55.